

N. R Í O

PRINCESA DE FUEGO

A woman with long red hair, seen from behind, stands in a lush forest. She is wearing a voluminous, flowing green gown with a dark, sequined bodice. Her arms are slightly outstretched. In the background, a waterfall cascades down a rocky ledge, surrounded by dense green foliage and trees. The overall atmosphere is magical and ethereal.

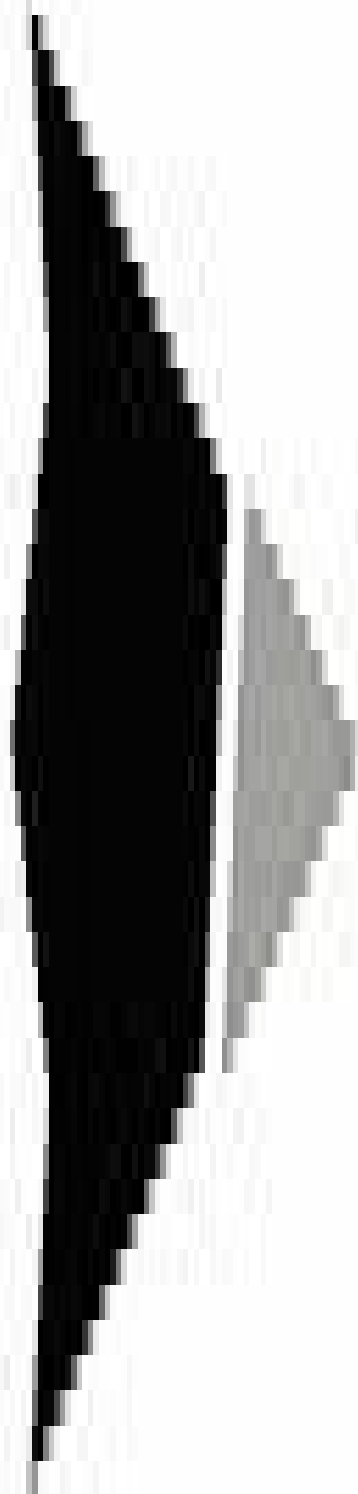
image-87LUCEQ3.jpg

Princesa de Fuego

N. Río

UNIVERSO

ALFAM



Princesa de Fuego

N. Río

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© N. Río, 2024

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2024

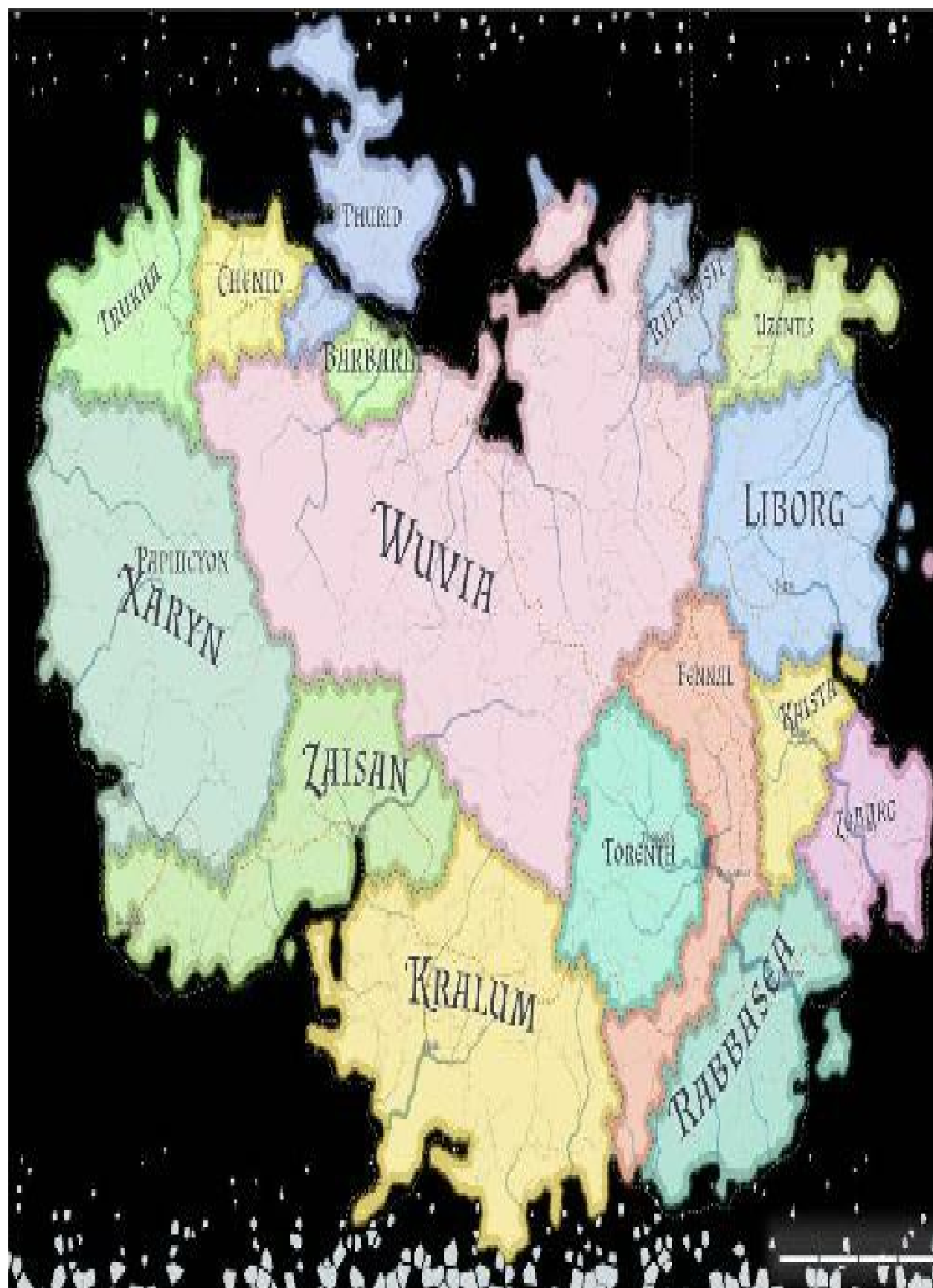
ISBN: 9788410276154

ISBN eBook: 9788410277144

*A mis padres,
por estar ahí en los peores momentos.*

*A mi hermano,
por su cariño incondicional, aunque no siempre lo muestre.*

*Al amor de mi vida,
por inspirar cada una de mis creaciones.*



Prólogo

Una niña daba saltos por el bosque. Su madre, enfermiza y liviana como una pluma, no podía salir de la cabaña en la que compartían lecho. La pequeña solo conocía a su madre y al bosque. También estaba aquel hombre al que su madre llamaba “amor”, pero ella sabía que aquello no era amor. Ese hombre solo aparecía de cuando en cuando para llevarles alimento y jugar con ella. No era un mal hombre, pero el amor no era eso.

El bosque era todo el mundo que la niña conocía. Cuando su madre dormía, lo cual ocurría demasiado a menudo, y el hombre al que su mamá llamaba “amor” no estaba cerca de regresar con comida, ella salía de la cabaña y exploraba el mundo a su alrededor. Nada le gustaba más que ir al claro junto al lago, aquel que había descubierto apenas aprendiendo a caminar, y tumbarse entre la hierba a admirar el cielo azul.

De vez en cuando veía dragones. Aquellas criaturas eran su mayor placer. Sus grandes alas, su cuerpo escamado envuelto en una armadura, sus múltiples colores y sus ojos brillantes como gemas la asombraban. Cada vez que veía uno de esos gigantes surcar los cielos algo se instalaba en su estómago y no podía dejar de mirarlos.

Se había fijado en un ejemplar mucho más grande que el resto. Los dragones estaban desapareciendo, eso lo sabía. Lo había escuchado de los labios del hombre al que su madre llamaba “amor”. Cada vez había menos, y ella lo sabía. Era un secreto a voces. No había nada del bosque que ella no supiera, y la disminución de moles voladoras en el cielo era un detalle que nunca dejaría escapar.

Pero aquel enorme dragón era la esperanza de muchos reinos, de muchas personas. Mientras él volase por los cielos, nada podría salir mal.

Había escuchado su nombre a escondidas de una de las conversaciones entre el hombre al que su madre llamaba “amor” y su enferma mamá.

Braxas. El indomable. La tormenta negra. El rey de la noche.

Lo habían llamado de muchas maneras.

Pero ella sabía que Braxas era su verdadero nombre.

La pequeña figura continuó su paseo hasta el claro donde tanto le gustaba dormitar mientras nadie cuidaba de ella. Algunas veces recogía hierbas, otras se bañaba en el lago. Ese día, sin embargo, solo pudo ver un grueso cuerpo armado de escamas, como tanto había soñado.

Se acercó despacio a la criatura herida. Sabía lo que era. Sentía un imán innato hacia ellos, hacia los dragones. Los respetaba. Los admiraba. Soñaba con surcar los cielos a lomos del más grande

de todos ellos.

Le hubiera encantado admirarlo con mayor lentitud, pero el movimiento del reptil le hizo sobresaltarse. Apenas contaba cuatro años de vida. No podía evitar ser curiosa, pero tampoco tener miedo de un ser tan gigantesco.

¿Sería aquel dragón de color oscuro alguna cría de Braxas? No sabía de dónde salían los dragones. Imaginaba que era como con los niños. Un papá y una mamá se quieren mucho y la mamá reza mucho a los dioses por un milagro. La mamá después se queda embarazada, y de ese embarazo sale un niño. O una niña, como ella. Eso es lo que le contó su mamá. Pero ella no tenía papá que hubiera querido mucho mucho a mamá.

Solo estaba ese señor al que mamá llamaba “amor”, pero lo que sentía ese señor no era amor.

Amor hubiera sido que se quedase cuidando a su mamá a todas horas. Amor hubiera sido que no solo les llevase verduras. Amor hubiera sido que las sacase de aquella cabaña medio derruida en medio del bosque y las hubiese llevado a su palacio, aquel palacio grandote en el que vivía.

Lo sabía porque le había seguido hasta el palacio.

Pero solo las llevaba comida y las mantenía vivas.

No llevaba medicinas para mamá, ni juguetes para ella. Solo comida.

La pequeña siguió curioseando alrededor de la criatura, con mayor cuidado pero con muchísima más curiosidad. El ser seguía vivo. Si se movía, es que estaba vivo, y despierto.

Mientras rozaba con los dedos aquel pequeño colgante que mamá le había puesto cuando nació, con su nombre grabado y con forma de dragón, se fue acercando despacio, cuidadosa de que los movimientos del dragón no le rozasen.

Se acercó a la zona donde el lago estaba, y las ondas en su superficie le hicieron notar que el dragón estaba bebiendo.

Y el tono rojo que iluminaba el sol en sus escamas le hizo notar que estaba sangrando.

Su sangre también era roja. Se sintió mucho más cerca de ellos cuando supo que la sangre que corría por sus venas tenía el mismo color.

Eran leyendas, pero también sangraban.

Su pensamiento errático hizo que pisara una ramita que resonó en todo el claro con un crujido.

De repente, el dragón dejó de beber agua, y su mirada esmeralda se clavó en la pequeña niña que daba vueltas en el claro a su alrededor.

Sabía que un insecto le rodeaba desde hacía unos segundos, pero jamás imaginó que sería aquella

diminuta humana delgaducha y pálida, con el cabello del color del fuego y los ojos verdes, como los suyos. Sintió instantáneamente una extraña conexión con la pequeña, como si de un imán se tratase, pero su dolor no le permitió más que acercar su morro hacia la pequeña, para oler su esencia.

Tenía un olor infantil, aún ingenuo, pero inteligente y fuerte. La niña era la viva imagen de su padre. El dragón sí conocía a su padre, o al menos lo había visto en uno de sus vuelos de reconocimiento.

Un dragón salvaje debe mantener su territorio a salvo de amenazas. Los humanos no eran ninguna amenaza, pero vigilarlos algunas veces no estaba mal.

A pesar de su estado constante de alerta, ahí estaba. Habían descubierto su nido, su lugar seguro. Y habían intentado cazarlo, hormigas con menos valor que el de aquella diminuta niña que lo miraba a los ojos. Y habían utilizado lanzas y espadas para intentar someterlo a sus deseos.

Había nacido en libertad. No iba a renunciar a esa libertad tan fácilmente. Unos cuantos soldaditos de madera no podrían con su fuego.

Vio ese mismo fuego en los ojos de la pequeña, que lo observaba, no con miedo, sino con amor. Amor de verdad. Como si hubiera sido él al que hubiera esperado desde que naciese. Como si hubiera esperado ver un dragón desde los anales de la historia.

Y el dragón sintió la emoción en sus pequeños ojos. Aquel valor, aquella fuerza. La manera en que sujetaba su colgante, con forma de dragón, nerviosa y al mismo tiempo deseando rozar con sus dedos las escamas que le cubrían.

No quería hacerle ningún daño. Solo quería vivir a su lado por toda la eternidad, como si los humanos no vivieran una ínfima parte de lo que podía llegar a vivir un dragón.

O un jinete de dragones nato.

Pensó en la posibilidad de que la pequeña fuera una jinete de una larga estirpe y por ello no tuviera miedo.

Tal vez había vivido entre dragones hasta entonces, aquellos que habían decidido vincularse con un humano con la capacidad suficiente para soportar el vínculo, y aceptaban una vida de aventura.

No tan tranquila como un nido en la cima de una montaña, pero aquel ya no era un lugar seguro.

Y se fijó en el colgante que los diminutos dedos de la pequeña sostenían con fuerza, como si fuera el origen de su valor.

Ese colgante confirmó sus sospechas. Uno de sus progenitores, ya fuera su madre o su padre, era un jinete de dragones Original, y el colgante era un receptáculo.

Una reliquia familiar que sólo había apreciado una vez, especialmente específica y especial, y que podía guardar en su interior la esencia de un dragón.

Los jinetes de aquella familia eran excelentes guerreros, con un valor y una fuerza inimaginables, y unos rasgos perfectos que los hacían portadores idóneos del don de vincularse con jinetes.

El resto de jinetes eran sus descendientes, más o menos fuertes, pero aquella familia era el origen del vínculo entre humanos y dragones.

Y sintiendo que no habría un lugar más seguro para él que con aquella niña, decidió en un instante seguir su instinto y confiar en la niña diminuta que sin duda tenía en sus venas un carácter especial.

La enorme lengua del dragón lamió la mejilla de la pequeña, haciendo que ésta sintiera cosquillas y soltara una risita. Un dragón había lamido su mejilla. Era el momento más feliz de su vida.

Se acercó aún más, viendo que la criatura no quería hacerle daño alguno, y tocó con las yemas de sus dedos las escamas del reptil que formaban su escudo. Sabía que muchas veces otras personas, que no creía que tuvieran un buen fondo, intentaban cazar a los dragones para venderlos al mejor postor, o domarlos contra su voluntad. Aquello la entristeció.

Saber que una raza gentil e inteligente, tan fuerte como los dragones, estaba sometida a tal presión por parte de su especie, le hizo rabiar y las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos.

El tono escarlata de la sangre del dragón impregnaba algunas de sus escamas. La herida era apenas superficial, pero su corta vida junto a su madre en una cabaña en el bosque le habían enseñado a aquella joven lo más básico para tratar heridas.

No podría curar a su madre con su escaso conocimiento, pero al menos sí podía curar las heridas sangrantes de aquella bestia gigante a la que tanto admiraba.

Miró a su alrededor, y localizó unas cuantas hierbas que servirían para hacer una plasta curativa de las que ella misma utilizaba para los cortes. Se separó de la gran mole corriendo hacia ellas, dejando confuso al enorme dragón, y recogió todas las que sus brazos pudieron sostener.

Llevó los materiales al lago, lavó bien las plantas y se encargó de mezclarlas con barro puro, hasta que quedó una masa de consistencia suficiente como para pegarse al cuerpo de la criatura y no desprenderse hasta que su piel hubiera sanado por completo.

Creó la mayor cantidad de amalgama posible, pues no sabía lo grandes que eran las heridas, ni siquiera las había visto. Pero sabía que estaban ahí, haciendo daño al ser que observaba cada uno de sus meticulosos movimientos.

Una vez hubo preparado aquella masa, mojada de sus lágrimas de rabia, la transportó con el borde de su vestido a modo de cuenco hacia el dragón, y buscó las heridas con el tacto de sus deditos.

Intuitivamente, pero de forma eficaz, encontró los cortes y pinchazos, muy cercanos al estómago descubierto del ser, y aplicó con el mayor cuidado posible el remedio de barro y hierbas sobre ellas. Pronto, la sangre dejó de brotar, y ella misma agarró algo de agua del lago para limpiar las escamas manchadas del tinte rojo y mantener la zona lo más limpia posible.

El dragón había analizado cada una de sus acciones, incluyendo las lágrimas que de sus ojos brotaban, y supo que había juzgado bien a la pequeña en cuanto sintió el alivio en sus superficiales heridas cuando ésta aplicó el remedio sobre ellas. Luego, al ver cómo le limpiaba las escamas, sintió afecto por la pequeña, que apenas levantaba un ápice del suelo, pero se preocupaba por él como si hubiera nacido para ello. Como si fuera una de sus crías, como si de verdad se hubieran conocido de siempre.

En ese momento tomó otra decisión, una que cambiaría la vida de ambos para siempre. Cuando las costras de barro y hierbas se desprendieron, unas horas después, el dragón de nuevo alzó sus alas, en una posición majestuosa. Nada le dolía, nada le pesaba. Sabía que era lo mejor que podría hacer por esa pequeña, que había encontrado por casualidad y compartía la noble sangre de los jinetes originales de forma pura.

Su enorme cuerpo se relajó en poco tiempo, y lamió las marcas de lágrimas que el llanto de la pequeña habían dejado en sus mejillas.

Y, tras un pequeño momento, la miró a los ojos, conectando ambas miradas del color de las esmeraldas más preciosas, y estableció ese preciado vínculo que nunca había deseado con tanta fuerza ni había valorado en absoluto.

La pequeña sintió un enorme fuego encendiéndose en su interior, como el calor de una hoguera, reconfortante y libre.

El dragón se deshizo en miles de motas de luz, y estas motas de luz se introdujeron en su colgante, el cual de alguna manera ahora emitía un calor diferente.

Se relajó al máximo, sintiéndose por primera vez tan completa como le era posible, y pronto escuchó una voz grave en su cabeza.

“¿Cuál es tu nombre, pequeña?”

—Mi mamá me llama bebé.

“¿Y el resto de personas?”.

—El señor que nos trae comida me llama Ali.

“¿Alice?”

—No. Cuando se enfada me llama Alana. Mi mamá también.

“Encantado, Alana. Mi nombre es Braxas”.

Capítulo 1

Alana

En el palacio, a nadie le importa mi presencia. Habitualmente, mi hermanastro me persigue, pero solo porque no es más que un idiota. Se hace el importante, diciendo que él será el heredero y yo no soy más que una pequeña bastarda sin fuerza ni poder.

Pero ambos sabemos que no tiene razón, y yo no tengo ganas de responderle lo más mínimo.

Ni siquiera compartimos padre. Es el hijo de la esposa de mi progenitor. Un bastardo, igual que yo, pero como ha nacido del vientre de la reina y tenía un órgano específico entre las piernas, tiene más derecho que yo al trono.

Mi padre solo se preocupa por mi en el Consejo.

Tras la muerte de mi madre en aquella cabaña, me trajo junto a sí al enorme palacio.

Me presentó como su hija, la princesa Alana de Wuvia, primera de su nombre y descendiente de jinetes de dragón. Han intentado vincularme sin éxito con crías cada vez más débiles, y las crías huyen de mi en cuanto me ven. Me creen una inútil, una bastarda con un título absurdo.

Preferimos que tengan esa impresión de nosotros.

“Eso es un acuerdo tácito”, dice Braxas habitualmente.

Yo no lo cuestiono.

Sé por qué las criaturas que intentan emparejar conmigo no se atreven a acercarse. Sé por qué no puedo vincularme con ningún otro dragón. Ningún jinete podría establecer un vínculo con más de un dragón al mismo tiempo.

También en el palacio circulan los rumores. Que si mi padre había mentido y no soy una descendiente de jinetes. Que si el verdadero heredero debería ser el jinete de Braxas, aquel “hombre” que se había visto en su lomo por los últimos años. Que si yo no soy más que una estúpida bastarda que no sabe nada de nada sobre política, economía o artes.

Que moriré sola.

Nadie sabe que es muy complejo hacerme morir, de por sí. Braxas y su vínculo me mantenían viva. Sólo si alguien nos ataca a alguno de los dos y muere de forma violenta, el otro fallecerá.

Hay muy pocas probabilidades de que suceda.

Y obviamente nadie sabe que yo nunca estoy sola.

Braxas y yo compartimos conversaciones constantes, pero sin intercambiar una sola palabra. Nuestra conexión es tan fuerte que después de quince años ya no me hace falta hablar en voz alta.

Él nunca habla con nadie que no sea yo. Tan pronto como nos trajeron al palacio, mi candente colgante no había parado de quejarse.

Al inicio, quería volver a su nido. Ver el destrozo que hace quince años hicieron aquellos ignorantes.

Sin embargo, no se lo permití. Sabía mejor que nadie cómo se sentía al respecto. El dilema que asolaba su alma. Y había decidido por él.

No quería ver su nido. Salvo que necesitásemos en algún momento un refugio, nunca volveríamos allí. Tenía imágenes recuperadas de su consciencia de cómo lucía antes del ataque que en algún momento nos unió.

Era hermoso. Un verdadero mundo completamente diferente al humano. Una caverna oculta en lo más profundo de un volcán, cuyo único acceso era la boca del propio volcán, envuelto en lava y lleno de diferentes tesoros y ofrendas que los humanos habían hecho al dragón más grande y fiero, a la leyenda de las historias de dragones que circulaban por el continente. Al salvador, el fin de las guerras, el único e inimitable Braxas.

A él aquellos tesoros le importaban más bien poco. Sólo quería que yo viera aquel espectáculo, todos aquellos tesoros y riquezas que había acumulado en una vida tan larga que no podría contarse ni en siglos.

Todo lo que él guardaba en su nido que pudiera tener algún valor era un diario. Los jinetes originales, mis ancestros, le habían rendido pleitesía como el dragón más grande de los anales de la historia. Quería que tuviera aquel registro de mi familia, mi verdadera ascendencia, saber si fue mi madre o mi padre quien me concediera el don de vincularme con él.

Pero a mi eso no me importaba, ni siquiera entonces. Sabía que aquellos soldados cobardes que habían osado herir al mayor tormento de mi vida se habrían llevado todo, por avaricia o por placer. Seguramente ese viejo libro sin aparente valor haya acabado en la biblioteca de un gordo noble, cogiendo polvo.

No me importaba en lo absoluto. De todos modos, tengo una conexión especial con Braxas. Lo conocí con apenas dos años de edad, aunque según él aparentaba algo más. Mi linaje sagrado hace que mi apariencia siempre fuera avanzada, hasta que alcance la edad adulta y mantenga esa forma durante el resto de mis días.

Ambos sabemos que ese momento llegará pronto.

Mis dieciocho años están por cumplirse, y cada vez que me miro al espejo, mi imagen me

devuelve una visión de Braxas, con sus ojos verdes intentando devorar los míos, justo tras de mí.
Nadie más lo ve. Solo nosotros.

Ante el espejo, puedo ver a mi montura con la facilidad que no he tenido desde hace días.

También puedo apreciar mi propia imagen. Una joven de pelo rojizo, más similar al rubio, como una llama prendida, y los ojos verdes como los de Braxas.

“Estábamos predestinados, pequeña”, repite cada vez que nuestros ojos idénticos se mostraban uno junto al otro en el reflejo.

Esta mañana, lo ha vuelto a decir. Que estábamos predestinados. Soy su jinete, y él mi dragón. Había esperado mi nacimiento desde el suyo propio. Nada podría separarnos.

Nada, en absoluto. Ni el espacio, ni el tiempo.

Una vez establecido el vínculo, Braxas y yo seremos uno por el resto de nuestros días.

“No hay duda de ello, Ali”, me dice con cariño, y yo sonrío a su imagen en el espejo.

Sé que nadie lo dudará nunca, ni dudarían de mi fuerza si lo supieran.

La dama de corte que mi padre me asignó aparece con un semblante serio y vacío. Braxas no desaparece del reflejo ni aunque la mujer, entrada en años, ocupe un espacio del mismo. Es como si estuviera tumbado en medio de mi cuarto, tranquilo y lejos del ruido.

—Su Alteza, debo atar sus cabellos. Tiene entrenamiento.

—Ya me encargo yo, Maggie.

La mujer solo se encoge de hombros y sale de mi cuarto, y Braxas me observa a través del reflejo con ojos divertidos.

Esa vieja rechoncha solo sabe soltar perjurios cada vez que encuentra un nudo en mi cabello y siempre intenta utilizar esas malditas tijeras sin mi consentimiento. A mi madre le encantaba mi pelo. Jamás dejaré que lo toque, y mucho menos que lo corte.

“Tu madre era una buena mujer”.

Lo era, Braxas. Era la mejor mujer que existía.

“Para soportar a tu padre pensando que la amaba de igual modo que ella lo amaba a él, tenía bastante paciencia”.

No, eso nunca fue amor.

Fue un capricho de Su Majestad por la belleza innata de mi madre.

Y sí, a estas alturas ya tengo claro quién me transmitió el enorme poder de la sangre de los jinetes originales.

“Después de quince años, me extrañaría que lo dudases”.

Tras las interminables lecciones sobre vínculos e historia, es imposible que lo haga.

Mi madre fue la portadora de este don, también. Pero ella no tuvo contacto con dragón alguno. Esa fue la causa de su muerte, de mi llegada aquí.

Un jinete original sin dragón no sobrevive más allá de los treinta años.

Su belleza cuando tenía veinticinco había cautivado al rey. Una simple sirvienta, sin mucho que ofrecer, pero su apariencia física y su carácter moderado habían sido determinantes para mi existencia. Después, el rey contrajo matrimonio con la bruja de la reina, y ella tuvo que esconderse.

Ya estaba en su vientre cuando la obligaron a recluirse en aquella cabaña en el bosque.

“A veces echo de menos nuestro claro”.

Volveremos, Braxas. Esta semana, tal vez.

“Bien. Estirar las alas no me vendría mal”.

Si el idiota de Jon nos da un respiro, te prometo que estaremos allí hoy mismo.

Pero supongo que hoy no nos dará un respiro.

Capítulo 2

Alana

Termino mis trenzas y las anudo a mi cabeza con un par de horquillas, dejando mi largo cabello como si fuese un casco para la guerra.

Necesito mover mis músculos. Con el título de jinete de dragones, viene el entrenamiento. Y con el entrenamiento, la musculatura absurda.

Mi cuerpo tiene una enorme tendencia a ser más musculado que el resto de cuerpos. Para soportar la fuerza de un dragón como Braxas, se ha preparado a su imagen y semejanza.

Por eso es por lo que mis piernas tonificadas y mis brazos marcados por los músculos quedan incluso aún más esbeltos de acuerdo con la altura que he alcanzado. El Rey, mi padre, considerado uno de los hombres más altos del reino, pronto quedará pequeño a mi lado.

“Ya lo hace, pero no se da cuenta”.

Una risita se escapa entre mis labios cuando la voz jocosa de Braxas resuena en mi cabeza, y la mitad de los soldados que comparten campo de entrenamiento conmigo me observan con inquietud.

Pocas veces me río frente a cualquier ser humano. Braxas es mi compañero, no puedo evitar ser yo misma con él cuando está metido en mi pecho. Sin embargo, todos estos intentos de jinete escasas veces me habían visto reír, salvo alguna broma de Braxas puntual.

Si bien es cierto que ninguno de ellos alcanza mi altura, no es como si no compartiésemos algunos genes. Si no, no podrían vincularse con un dragón.

La mayor parte de ellos vienen acompañados de criaturas casi de su mismo tamaño, apenas verdaderos dragones.

Desde la época de Braxas, ningún dragón ha sido tan enorme como él. Solo uno de ellos puede considerarse relativamente grande, y aun así palidece en comparación con el cuerpo gigantesco de mi montura negra.

Jon, el bastardo de la reina, me mira de lejos, pues él debe entrenar con los soldados normales. No tiene dragón, no es un jinete. El Rey no lo concibió, y por tanto no lleva la sangre de los jinetes en sus venas.

Y sí, mi padre también es un jinete. Obviamente, con la alta estima que se tiene de los dragones, sería extraño si el rey no fuese un jinete. Además, descendiente directo de los Jinetes Originales.

No es como si mi madre no lo fuera, pero me llevé lo mejor de los dos mundos.

“A mi”.

Efectivamente, Braxas es lo mejor de mi.

No me tengo en muy alta estima. Soy demasiado alta como para resultar atractiva. Soy una bastarda, una hija ilegítima del Rey de Wuvia. Estoy en uno de los eslabones más bajos de la corte.

Y si además el hijo que la reina lleva en el vientre llega a término y es varón, resultaré aún más molesta.

“Ese bebé no podría quitarte nada de lo que ya tienes”.

Tienes razón, Braxas. Te tengo a ti. Eres lo mejor con lo que podría contar.

“Lo mejor que tienes eres tú misma. Y ese vástago ni siquiera llegará a nacer”.

Braxas, llevas diciendo ese tipo de cosas desde que supimos que la reina estaba embarazada.

“Los dragones sabemos ese tipo de cosas”.

Pues tú sabrás.

Braxas no me responde. Solo infunde su fuerza en mi, intentando que me centre en el entrenamiento una vez el General llama mi nombre.

El lagarto verde de tamaño apenas similar a un árbol de mi oponente camina unos pasos atrás cuando yo llego a la arena, donde su dueño ya está preparando su espada corta.

Dudo al escoger arma, pues el entrenamiento de hoy implica la lucha con armas a elección, y barajo mis opciones frente a una espada corta. Otra espada corta sería injusto, pues nuestra fuerza es bastante mayor que la de un jinete común. Un mandoble, en cambio, es más complejo de manejar, pero suele agradarme más en cuanto a peso y maniobras. ¿Una lanza? No, ni de broma. Las lanzas dañan a los dragones, y estas criaturas tan magníficas no merecen sufrir ningún daño.

Tampoco suelen gustarme las dagas, por la misma razón.

Braxas sufrió por ese tipo de armas. No pienso hacer sufrir a criaturas tan nobles por herir a sus jinetes con ese tipo de armas.

Un mandoble, sin embargo...

Agarro el mandoble de madera más grande de los que se encuentran tallados lejos del puesto de armas, entre los juguetes para los hijos de los soldados que están entrenando a su manera. No quiero lastimar a mi oponente, pero tampoco quedará en ridículo.

El General ríe ante mi elección cuando llego al círculo de combate con un mandoble de madera, que me llega casi hasta el pecho y es de por sí pesado, pero no llega a ser un arma real.

—Para escoger ese tipo de armas, princesa, podría bien haber luchado con las manos desnudas.

—No lo había pensado, General—respondo, lanzando hacia el estante de los pequeños el mandoble. El juguete alcanza su destino con un golpe seco, haciendo resonar el resto de piezas de madera que se encuentran en la caja. El General suelta una carcajada limpia, y yo me encojo de hombros—. Lucharé con mis propias manos. Será más justo.

—De acuerdo, jovencita, pero no toleraré a tu padre si comienzas a sangrar.

—No permitiré que eso ocurra—los soldados a nuestro alrededor también ríen, pero creo que han malinterpretado mis palabras. No toleraré que me hagan sangrar.

Ante la orden del General, el soldado frente a mi, con una sonrisa de oreja a oreja, se lanza confiado empuñando su espada en mi dirección. Su dragón gruñe suavemente, como si fuera un ronroneo.

Ambos se están midiendo con Braxas y conmigo. Sé que es posible que la criatura, de tamaño similar a uno de los pinos que me rodeaban de niña cuando vivía en el bosque, esté midiendo sus fuerzas con Braxas en un duelo mental.

Sé que pierde cuando su cabeza baja suavemente, imitando una reverencia al rey de reyes. Sin embargo, su guardián aún no se ha dado cuenta, siendo que su embestida es continua. Ni ninguno de los jinetes a nuestro alrededor.

Yo esquivo cada uno de sus intentos de golpe con habilidad, simplemente previendo sus movimientos. Braxas ha pasado su esencia del colgante a mi pecho, con lo cual somos uno ahora mismo. Soy él, y él es yo. Tengo su velocidad, su fuerza y la posibilidad remota de transformarme en una guerrera con una armadura de escamas y las características de mi dragón impregnadas en mi cuerpo.

Sin embargo, ya probé esa posibilidad una vez. Es doloroso ver cómo las escamas salen de tu cuerpo y forman un escudo en cada milímetro de tu piel.

“Para ninguno de los dos fue realmente agradable”.

Continúo esquivando durante unos minutos, hasta que me aburre el combate. Con mis manos unidas en mi espalda, pues no deseo hacer daño a la fiera de color verdoso que se postra ante la simple esencia de Braxas, y con un pie con la bota de combate colocado estratégicamente, el jinete frente a mi pierde el equilibrio, y pateo su espada lejos antes de que caiga sobre ella. Su cuerpo en el suelo es vulnerable a mis pies, uno de los cuales se posa sobre su cuello con suavidad.

Es solo un entrenamiento. No deseo hacerle daño, solo mostrar mi superioridad.

El silencio envuelve el campo de entrenamiento. El General observa, con la boca abierta, como levanto mi bota de combate del cuello de mi oponente y simplemente camino fuera del círculo improvisado como arena de combate.

Esto ha sido un desafío para el pobre hombre. Sin embargo, la fuerza de Braxas, ya de vuelta en el colgante, es inigualable.

Y con el movimiento, nadie habrá sentido su esencia en mi. El resto de dragones probablemente sí, pero los Jinetes con los que se vinculan no.

Probablemente éstos soldados sean los únicos que me vean como una igual. Saben que soy una Jinete, como ellos al menos. Saben que tengo un dragón vinculado, pero no desean confesarlo. Sus dragones les habrán advertido. No es algo que deba saberse.

Solo seguiré soportando los intentos de mi padre de hacer que los dragones se vinculen por segunda vez conmigo y continuaré con mi vida.

Prefiero que piensen que soy inútil.

Capítulo 3

Alana

Un mozo de las caballerizas con el cabello revuelto llega al entrenamiento cuando éste casi termina. Retoma el aliento tras correr el camino completo desde la zona del criadero, supongo. Braxas, de vuelta en su colgante, me advierte:

“Viene por orden de tu padre. Tiene sangre original”.

Asiento al verlo, y me fijo en sus rasgos, con el objetivo de encontrar algo en relación con los Jinetes Originales. Sus ojos, del color del carbón, podrían bien deberse a su futuro vínculo. Su cabello, del tono del sol, sigue revuelto tras la carrera, y su cuerpo es lo suficientemente grande como para controlar un dragón con calma.

No sonrío al verlo, como se esperaría de una princesa oficial. Solo asiento con la cabeza al observarlo, y el chico inmediatamente alza su pecho y pone su mano derecha sobre su pecho.

Formalidades absurdas que nunca entenderé.

“Comparte la sangre de tu madre. ¿Un primo, tal vez?”.

No lo sé, Braxas, pero tampoco quiero averiguarlo.

El joven me informa de los deseos de Su Majestad de que acuda al criadero, y sigo al muchacho con paso lento. El chico merece al menos recuperar el aliento, no aparenta más de quince años.

No voy a forzarlo.

“Es posible que el dragón que quieran presentarte prefiera vincularse con él”.

Es bastante seguro. No lo dudes tanto, Braxas.

“Mi esencia les asusta”.

Pues que los aparte de mi. Yo solo podría vincularme con un dragón, y ese eres tú.

“Eres la mejor jinete que podría pedir un dragón. Solo la mejor merece lo mejor”.

Los cumplidos de Braxas me sacan una sonrisa suave justo antes de llegar al criadero. Las enormes puertas con aldabas del tamaño de mi cabeza con cráneos de dragones grabados me asustaron la primera vez que vine. Me parecieron incluso grotescas.

¿Quién piensa en la forma del cráneo de un dragón?

Yo no tengo tal curiosidad.

“Para un jinete es fácil saber cada milímetro del dragón que le acompaña”.

No pienso intentar averiguar la forma de tu cráneo, Braxas.

El muchacho abre las puertas, y me hace un gesto suave para que pase a través de ellas. Asiento con la cabeza, de nuevo sería completamente, antes de caminar hacia delante, como tantas veces he hecho antes.

El criadero parece un teatro. La arena sobre la que yo camino está bien cuidada, sin ningún tipo de huellas de dragón ni de Jinete. Sé que lo han limpiado todo justo antes de que la potencial heredera de la corona camine hacia la compuerta donde guardan a los dragones sin jinete.

En los asientos de lo alto, pues bien hay asientos colocados en torno a toda la arena, mi padre observa impasible mis movimientos lentos.

Su voz retumba en las paredes de la arena subterránea cuando llego al centro.

—¿Has vuelto a plantearte la vinculación, hija mía?

—No, padre—respondo suavemente, con la risa de Braxas en mi cabeza. Me esfuerzo por no reír de nuevo, y rozo mi colgante—. Solo el dragón más fuerte podría cumplir mis expectativas, padre.

—Ya sabemos que la Furia Oscura tiene un jinete, hija mía—mi padre comenta, hastiado—. Nadie sabe qué le llevó tras tantos siglos de soledad a vincularse con alguien, pero tristemente no puedo ofrecerte al Rey de los Cielos.

—Entonces, no deseo vincularme, padre.

“Dirás volver a vincularte”.

Me estoy dando aires de grandeza, Braxas. Déjame disfrutar de mi relación paterno—filial.

—Sé que podrías vincularte con facilidad, Alana—me está llamando por mi nombre completo. Uy. Está usando su aura de poder para intentar someterme a sus reales órdenes—. Y no permitiré que corras la suerte de tu madre, hija mía.

—No correré su misma suerte, padre—respondo, imponiendo mi propia autoridad nata sobre la suya.

—No serás feliz hasta que encuentres una montura apropiada, mi niña—intenta apelar ahora al cariño. Bah, no sé por qué me molesto—. Aeldri es lo mejor que me ha pasado en la vida, Ali. Sabes que tú podrías tener lo mismo.

“No diré que Aeldri sería una mala pareja de cría, pero no llega a mi tamaño”.

—Su dragona me preocupa sinceramente, su Majestad, mas no es ese tipo de vínculo lo que yo busco—declaro, haciendo que Braxas vuelva a reír ante el tratamiento que le doy a mi propio padre—. No deseo un arma para la guerra ni una hembra de cría. Preferiría un acompañante, un amigo y un confidente.

—Aeldri es la mejor dragona existente, y sus crías son grandes dragones. No puedes cuestionar nuestras decisiones.

—Igual que no permitiré que vos no respete las mías, su Majestad—un hálito ahogado sale de los labios de la figura junto a mi padre, que observaba desde el inicio la conversación con atención.

“No podía quedarse callada, no”.

—Princesa Alana, no responda así a su Majestad—la voz femenina de tono agudo que procede del anfiteatro es chirriante, pero sé que por dentro continúa riéndose por ver que continúo siendo una rebelde ante los ojos de mi padre—. Mi esposo solo desea lo mejor para usted.

—Reina Herminia, no deseo faltar al respeto a nadie con mis palabras—respondo, sintiendo su enfado a través de Braxas—. Usted no es capaz de entender la importancia del vínculo entre un dragón y su jinete.

Mis palabras parecen suaves por mi tono, pero mi madrastra absorbe aire, visiblemente molesta. No puede vincularse con un dragón, ni su bastardo previo al matrimonio con mi padre tampoco. Ya le gustaría.

“No somos tan idiotas como para permitir que una tirana como ella pueda llegar a acercarse a uno de nosotros”.

Una risita se escapa de mis labios inocentemente, pero sin embargo llega a los oídos de mi padre y de su esposa, en lo alto del anfiteatro. Aeldri incluso asoma su enorme cabeza por encima del propio anfiteatro, una especie de apertura propia para que los jinetes puedan despegar con sus dragones con facilidad.

El palacio está bien preparado para los jinetes, desde luego.

“Pues yo no entro por ahí”.

Bueno, para los jinetes que no monten a Braxas.

Supongo que Aeldri, la enorme y hermosa dragona dorada de mi padre, ha sentido a Braxas en mi interior, por lo cual siento un pequeño tirón en su dirección.

Braxas, ¿no querrás aparearte ahora?

“Es ella. Cada vez que la veo me provoca”.

Ya, ya. No utilices excusas. La próxima vez invítala a un paseo. Estoy segura de que estará

encantada de volar junto a ti mientras yo me duermo en nuestro claro.

“Al menos acordó no decirle nada a tu padre sobre mi”.

Eso es que le atraes, dragón inepto.

“Confirmaré eso la próxima vez que esté lista para el apareamiento”.

Ya, ya.

Mi padre continúa observándome con curiosidad. Sé que Aeldri no le ha dicho nada, pero también sé que al escuchar mi risita incontrolada ante los comentarios de Braxas ha comenzado a sospechar. Esto no me gusta.

—Princesa Alana, ¿abro la compuerta?

El muchacho de quince años interrumpe mi relato interno y mis conversaciones con Braxas sobre su potencial compañera, y en mi pensamiento viene una idea macabra, pero divertida.

Asiento con la cabeza, sintiendo a Braxas reír por haber leído mi mente.

“Tu plan tiene lógica, pero a tu padre no le gustará”.

Su Majestad puede opinar lo que guste.

“Pues hagámoslo”.

Capítulo 4

Alana

Observo cómo las compuertas se abren lentamente y con un chirrido. Sé que Aeldri no tiene a sus crías aquí, que tiene su propio nido en el palacio, en alguna de esas torres específicas. Sé que sus crías son capaces de elegir si desean ser monturas o dragones libres.

Mi padre creó esa regla.

Solo por eso, se merece un mínimo de respeto como Su Majestad.

Las crías que deciden ser monturas también deciden cuándo ser expuestos a un jinete que pueda potenciar su cuerpo, su mente y su fuerza.

Salvo Braxas, el resto de dragones salvajes viven a la deriva, tranquilos pero más débiles de lo habitual.

“Y cuando me vinculé contigo me hice más grande, gané musculatura y de repente me apetecía hablar constantemente”.

Mi dragón es un amor.

Admito que la dragona que aparece es una de las dragonas jóvenes más hermosas que he visto. Sus escamas blanquecinas y sus ojos oscuros observan su alrededor olfateando el aire, mientras aparece en la arena, saliendo por las compuertas como una verdadera princesa.

Sabe que Aeldri está cerca, de igual modo que sabe que hay otro dragón no identificado a su alcance.

Y que hay varios jinetes en la sala, tanto en la arena como en los asientos.

“Es joven, pero no es tonta. Está preguntándome con quién estoy vinculado, pero como quien reza a un dios”.

Eres el dios de los cielos, Braxas. Me sorprende que aún te asustes.

“Otros salen rugiendo de ese pozo e intentan desafiarme”.

Dudo que alguno de ellos pueda llegar a desafiarte de alguna manera.

“He dicho que lo intentan”.

Otra ligera risa sale involuntariamente entre mis labios, y sé que mi padre frunce más el ceño

aunque no lo esté mirando.

La joven criatura sale completamente de las compuertas, y puedo apreciar su hermosura total por fin, aunque no sea tan grande como Braxas ni de lejos.

“Sin embargo, no será precisamente diminuta”.

Ya cuenta con un tamaño considerable, eso es cierto.

Sus ojos se cruzan con los míos, e instantáneamente abro el enlace mental que Braxas dispone entre ella y yo.

“Tu dragón es poderoso, joven princesa”.

“Lo halagas. Ya bastante creído se lo tiene”, comento mentalmente, y ella continúa olfateando como un animal perdido. “Buscas al chico de corta edad que se oculta tras una de las compuertas. Aún no sabe que es un jinete”.

La dragona blanca me observa y asiente, y sus ojos negros se cierran al tiempo que su largo cuello se inclina ante mi. Una reverencia, no sólo hacia mi, sino también hacia Braxas. Mi compañero de vida le transmite su agrado, y yo bajo mi cabeza ante ella.

Es inteligente y respetuosa. Ayudará al desarrollo del joven muchacho antes de que él siquiera lo aprecie.

“No es hija de Aeldri, pero da lo mismo. Es una princesa digna de ser su cría”.

Lo es, sin duda.

La dragona ante mis ojos se inclina y con un golpe de su fuerte cola cierra las compuertas, tras las cuales el joven se ocultaba.

Observo con atención el respeto y la admiración en los ojos del muchacho. No se atreve a intervenir, a rozar a la dragona siquiera. Permanece congelado, cual estatua, mientras yo doy unos pasos atrás y me coloco junto a una de las paredes.

La arena es gigantesca, con lo cual tardo más o menos lo mismo en llegar a mi escondite actual que me permite ver a mi padre y al joven mientras ellos no me observan.

Su Majestad discute de forma obvia con la Reina Herminia. Mi madrastra mueve los labios de forma suave, pero contundente, y sé que de nuevo lo está manipulando para que permita a Jon intentarlo de nuevo.

“Ese niño malcriado no vale ni para mendigo”.

Mi padre lo sabe, Braxas. Por eso me digno a llamarlo así.

“Aeldri lo aconseja mejor que su esposa”, observa mi oculto compañero, y toco mi candente colgante para sentirlo más cerca. Su esposa, que bien podría haber sido mi madre. “Tu madre no tenía una cuna de oro por cama. Esta mujer sí”.

Y mi padre no amaba a mi madre, Braxas. Solo ama su trono. Si lo hubiera hecho, no nos habría ocultado en el bosque durante tres años.

“Solo quería proteger a su hija de esta basura”.

Y de su hijo de un matrimonio anterior con un noble de alto rango, también.

“Ese malcriado no merece siquiera ser mendigo”.

Estoy de acuerdo.

Cuando retorno mi atención a la dragona blanca, ella ha tomado la iniciativa. Su morro está rozando las manos del joven, que las ha alzado casi por instinto, y sus ojos están fijos los del uno en el otro.

Sé que están hablando sin palabras, conozco esa sensación. Ni siquiera pueden apartar la mirada el uno del otro.

Cuando un fulgor dorado envuelve a la dragona y se filtra en el pecho del joven, sé que es el momento del vínculo.

El vínculo es un instante, apenas efímero, pero eterno en la memoria. Cuando se vive, sientes calidez, vida, como si te inyectasen una dosis de una extraña hierba que te hace volar y sentir fuerte.

“Te sientes completo”.

Y cuando se ve desde fuera, es hermoso, un espectáculo digno de ver.

El brillo que sale de la dragona se instala en el pecho del joven de ojos negros, y ella ruge con fuerza tras el fin de su momento íntimo.

Mi padre se olvida de la discusión con su esposa por unos instantes, sólo porque siente el momento en que se produce el vínculo. Inicialmente sus ojos brillaban con esperanza, pero no puede evitar soltar un bufido cuando ve que el sujeto que se ha vinculado con la joven dragona blanca no es su hija, sino el joven mozo que había abierto las compuertas hoy.

Sonríó desde la calidez que Braxas me transmite. Cada vez que vemos algo así, recordamos el momento en que ambos nos unimos. Él captó algo en mí que ni yo reconocía. Me estuvo explicando durante el primer año de nuestra conexión cada milímetro de mi ADN, de la sangre que corría por mis venas, mientras mi madre agonizaba en un camastro.

Cada vez que salíamos a volar, en aquel entonces, Braxas me contaba su historia, su vida. Había

sido mi ídolo desde que nací, y llevarlo colgado al cuello junto a mi propio nombre era un sueño cumplido.

Pero la calidez, la unión de dos almas, la vida del uno en el otro, es indescriptible, sin duda.

Estábamos hechos el uno para el otro desde el inicio de los tiempos.

La intervención de mi padre saca mi corazón de su vilo, de su manera de entender el vínculo, y observo su frustración y alegría al mismo tiempo.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Soy Roger, Majestad. Hijo del cocinero, su Majestad.

—Eres el chico de los recados desde que cumpliste los ocho años, si no me equivoco—mi padre no se equivoca. Roger, el hijo del cocinero, fue el chico de los recados entre los jinetes desde que yo, que le sako unos tres años, contaba con doce años de edad. Pero claro, Braxas y su dragona continúan conversando, supongo que Braxas la está convenciendo de que no cuente nuestro vínculo a nadie—. ¿Tu padre está bien?

—Mi padre adora su trabajo, Su Majestad. Desde que mi madre murió, solo sale de las cocinas para descansar.

—¿Su esposa murió, entonces?—mi padre, pensativo, observa al joven, y luego su mirada se encuentra con la mía—. Cuando tú apenas eras un niño, imagino.

—Ella contaba treinta años, mi Rey. Yo no recuerdo nada sobre ella. Mi padre cuenta que dio su vida por la mía.

—Entiendo, entiendo— aprecia mi progenitor, y yo solo asiento en conformidad. La dragona comienza a comportarse como un cachorrito junto a su nuevo jinete—. Comenzarás el entrenamiento para Jinetes mañana, chico. Has tenido buena suerte. Laela es una de las mejores dragonas disponibles.

—Gracias, mi señor—asiente el chico, con una reverencia, mientras la propia Laela se enrolla en torno a él y casi oculta el cuerpo del muchacho—. Si me permite, debo ir a contarle a mi padre las nuevas.

Mi padre asiente con un ademán de su mano, y el chico hace el movimiento que todos estábamos esperando. Laela se inclina suavemente, y él ocupa su asiento sobre su lomo como un verdadero jinete. Su instinto guía sus movimientos, y se sujeta a las escamas de la dragona mientras ésta alza sus alas.

Cuando ella emprende el vuelo, el chico se sorprende, pero se sujeta bien a la dragona, aunque probablemente apenas y llegue al patio de las cocinas con los pantalones en buenas condiciones.

El General necesitará materiales para proporcionarle un uniforme de jinete acorde a las

circunstancias.

En el momento en que Laela sale del anfiteatro con su Jinete sobre ella, mi padre observa mi posición. Sé que es mi momento de salir de las sombras que me amparaban hace unos segundos, y enfrentar las consecuencias de mi plan.

Avanzo unos metros hacia delante, ocupando de nuevo el centro de la arena.

“Su Majestad parece furioso”.

No diría tanto.

“Eres la niña de sus ojos. No estará furioso como tal, pero frustrado sí”.

Teniendo en cuenta que el hijo del cocinero ha sido el protagonista hoy y yo no tengo dragón asignado aún, creo que hoy no será el día que volvamos a nuestro claro.

“Tendré que posponer mi vuelo con Aeldri, entonces”.

Ya sabía yo que era tu potencial compañera de apareamiento, Braxi.

“Princesita, escucha a tu padre”.

Sonrío suavemente ante las palabras de mi compañero, y soy consciente de que esta vez mi padre sabe que hay gato encerrado en todo esto de mi negativa a escoger un dragón como montura.

Él es quien toma la iniciativa de mandar a Herminia fuera del anfiteatro. La reina, en una de sus pataletas, intenta convencer y manipular a mi padre para quedarse a escuchar nuestra conversación, pero mi padre es implacable.

No la ama, tampoco. Solo necesitaba un heredero legítimo, pero hasta ahora solo existimos Jon y yo. Y Jon tiene padre conocido y no comparte sangre real, así que solo quedo yo.

“Y ese engendro no vive en el vientre de la reina”.

Si no fuera porque confío en ti, no pensaría lo mismo.

“Su expulsión del cuerpo de Herminia es inminente”.

De acuerdo, de acuerdo. Tendré que creerte.

Su Majestad ordena a todos los jinetes de su guardia personal salir del anfiteatro, al tiempo que Aeldri se posa con elegancia en la arena.

Capítulo 5

Alana

Cuando no hay nadie en el lugar que pueda escucharnos, mi padre baja suavemente a la arena, poniéndose a mi altura.

Su mirada, del color verde que mis propios ojos reflejan, se clava en el colgante de mi madre. Lo sujeto entre mis dedos inconscientemente, protegiendo la morada de Braxas de forma automática.

Escucho una carcajada en mi cabeza. Braxas puede defenderse por sí mismo, y Aeldri está de nuestra parte, pero aun así no puedo evitarlo.

—Me ha estado engañando, princesa Alana—comienza, sin retirar su vista del colgante—. No asocié las pistas en todos estos años, y eso me hace sentir como un tonto.

—No he engañado a nadie, padre—respondo, con sinceridad. No contar absolutamente nada no es lo mismo que mentir—. Nunca he ocultado nada.

—Ya tienes un dragón vinculado, jovencita—su reprimenda hace reír a Braxas. Aeldri baja la cabeza, casi también puedo escuchar como ríe en su fuero interno.

Sin embargo, la diferencia entre Braxas, que ríe a carcajadas en mi cabeza, y Aeldri, que decide adoptar una postura sumisa ante su jinete, es evidente. Aeldri sí que ha ocultado a mi padre la existencia de Braxas.

Yo, en cambio, nunca dije nada al respecto, y de hecho fui sincera incluso en los momentos en los que preguntaba mis razones para no desear vincularme.

Mi padre frunce el ceño esperando una explicación.

—Nunca dije lo contrario, Su Majestad—respondo suavemente, con mis ojos fijos en los suyos—. Solo dije que ningún dragón que pudiera salir de aquellas compuertas se compararía con el gran Rey de los Cielos.

—Mis consejeros me dijeron que se había visto la Furia Oscura con un hombre en su lomo—responde, siendo que sus ojos brillan con un especial vigor esta vez—. No entiendo por qué ocultarías ese tipo de información al escuchar que te denominaban “hombre” por un lado y que a tu persona la tildaban como inútil e impostora.

—No soy aquello que dicen de mi, padre—a este nivel, no hay nada que ocultar. Sabe quién es mi compañero, y Braxas aún ríe a carcajadas—. No me importan los rumores.

—Muéstramelo—exige, casi en un tono de súplica. Veo en sus ojos el ansia de observar al mayor dragón existente ante sus ojos, y observo el anfiteatro, caminando unos pasos hacia atrás. Braxas necesita espacio, y Aeldri ya ocupa una gran parte del espacio necesario para él.

—Aeldri, sube—pido suavemente, poniendo una de mis manos sobre sus doradas escamas. Ella entiende mi orden, y pronto alza el vuelo para subir a la zona por encima del anfiteatro, adaptada a su presencia.

Después, pido a Braxas que salga y muestre su cuerpo físico, y una luz me envuelve. Siento la calidez del vínculo entre nosotros, la unión y la vida. Alejo a mi padre inconscientemente del centro del anfiteatro, donde sé que Braxas ocupará un sitio honorífico por el día de hoy.

Y mi dragón se muestra en todo su esplendor, ante la luz del sol y tan sabio y hermoso como ha sido toda su existencia.

Sus escamas del color más negro posible absorben la luz y brillan con el tono de la obsidiana. Su cuerpo ocupa la mayor parte del anfiteatro, siendo que su largo cuello casi roza las escamas de Aeldri, en la parte alta del propio anfiteatro. Su cola derriba al aparecer parte de los asientos del anfiteatro, sin control ninguno, y las escamas punzantes de su lomo, que llegan hasta el lugar donde mi cuerpo suele ajustarse, reflejan el brillo del sol como un diamante bien pulido. El espacio del anfiteatro no permite que despliegue por completo sus alas.

Su cuello gira en mi dirección, y sus ojos verdes se clavan en los míos. La unión que compartimos es inigualable, fortalecida por los años, y tras mostrar todo su esplendor, Braxas recoge su cuerpo completo hasta tumbarse como un gato, haciéndose un nudo en torno a su gigantesco cuerpo y enrollando su cola en torno a sus patas, grandes como árboles, que se doblan con facilidad.

Al tumbarse, sé que quiere que yo me acerque, pues de esa manera es como habitualmente nos apoyamos el uno en el otro mientras pasamos tiempo a solas. Observa mi posición con anhelo, con las ganas de rozarnos en el plano físico al igual que estamos siempre unidos en el plano astral.

Me hace falta poco para acercarme y abrazarlo, rodeando con mis brazos su gigantesco cuello y dejando que su cabeza se apoye en mi hombro. No pone todo el peso de su cráneo sobre mi, pues fácilmente me aplastaría, ni mis brazos rodean completamente su cuello. Es un abrazo a nuestro modo, de forma suave y dulce, como solo podría reproducirse entre nosotros.

Adoro a esta criatura con todo mi alma, mi corazón y mi vida.

“Yo también te adoro, Ali”.

Cuando el propio cuello de Braxas me empuja a su lado, protegiéndome con sus escamas duras como el acero, recuerdo que alguien observa nuestras interacciones.

—Padre, le presento a Braxas. Braxas, ya conoces a Su Majestad, el Rey Pietro de Wuvia.

“Su principal consejero soy yo. Lo conozco casi tanto como lo puede conocer Aeldri”.

Sonríó al escuchar su comunicación. Sin embargo, al fijar mi mirada en mi padre, sólo veo respeto, admiración y miedo.

El miedo es fundado, pues Braxas tiene una reputación imposible de igualar. Sin embargo, la admiración gana al miedo, y pronto mi padre se acerca a nuestra posición, con paso cauto pero firme.

No por el miedo es el Rey de un imperio de dragones.

No evito que se acerque, pero Braxas comienza a echar humo por sus fosas nasales para que no se rompan sus límites. Si bien es cierto que no impediría que nadie se acercase a Braxas, pues sé que no pueden hacerle daño, él es muy protector conmigo.

Por ello fue que robamos un casco y una máscara de la herrería.

Mi padre frena al ver el humo de tono blanquecino, y no puede evitar que de sus labios habitualmente rectos escape una risotada.

—Este es el dragón que siempre mencionabas cuando venías a la arena, hija mía—comienza, con su mirada apreciando cada detalle de Braxas—. El Rey de los Cielos. Debo postrarme ante ti, Braxas.

“Llevo más siglos que él ocupando mi posición. Debería”.

—No inflés su ego, padre. No es necesario que lo halagues. Él sólo suele hacerlo.

“No seas aguafiestas. Deja que me reverencie como es debido”.

—No soy aguafiestas, Braxas. Su Majestad ordena sobre las personas, y tú ordenas sobre los dragones. Es una posición equivalente hacia diferentes criaturas. Probablemente deberías hacer tratados en favor de los dragones.

—Eso no sería mala idea, Ali—mi padre responde en lugar de Braxas, y yo solo me encojo de hombros. Braxas vuelve a hacer que sus fosas nasales expulsen humo, pero un pequeño capón hace que me mire y deje de hacerlo—. ¿Puedo tocarlo?

—Si él está de acuerdo, yo no tengo ningún problema.

“Permití que me tocaras cuando tenías dos años porque eras completamente inofensiva. Dile que nada de armas, y que sé que lleva una daga en la bota”.

Asiento entre risas y transmito el mensaje a mi padre. Él enseguida desata el cinturón en que lleva colgada la espada real, y se quita las botas dejando ver el brillo de la daga que guarda en una de ellas.

—Creo que eso es todo—responde suavemente, y se acerca a Braxas con cuidado. Casi puedo sentir a Braxas poner los ojos en blanco, con la calma de una montaña posada en el suelo, inmóvil y tenso.

—No le suele gustar el contacto físico con los humanos—comento mientras mi padre roza una de sus escamas y el resto de ellas se ponen en punta, en una posición defensiva—. Que te haya permitido siquiera rozarlo es un avance.

“¿Un avance? Lo hago porque es quien te dio la mitad de su genética. No por gusto”.

Río de nuevo, sintiéndome en casa.

Braxas es mi hogar, sea donde sea. Me hace sentir cómoda solo con su presencia, aunque esté encerrado en mi colgante. Su sola existencia me hace completa y absolutamente feliz.

—Es magnífico—comenta mi padre, y me cruzo de brazos. Todos sabemos la consecuencia de que un jinete monte a un dragón con el que no tiene un vínculo, con lo cual es fácil saber que no hará el intento siquiera de subirse. Sin embargo, su admiración comienza a molestarme.

“¿Estás celosa?”.

No puedo tener celos de un Jinete con un dragón que ni se compara a ti.

“Estás celosa”.

Si sigue mirándote así, le arranco los ojos con los pulgares.

“Fierrecilla, relájate. Tú eres mi jinete”.

—Padre, ya conoces al Rey de los Cielos. Ya sabes mi secreto. Me gustaría mantenerme en la posición en la que estoy ahora, si no le importa a Su Majestad—comento suavemente, tras acariciar el morro de Braxas de forma distraída—. Braxas prefiere mantener su libertad intacta, y yo prefiero mantenerme lejos de esos cortesanos interesados en el poder.

—No puedes evitar que se te acerquen, Alana—responde mi padre con la misma suavidad, ahora mirándome a mí en lugar de a Braxas—. Eres la princesa de Wuvia. Tu propio título hace que los caballeros de alta cuna quieran acercarse a ti y que las cortesanas te rodeen.

—No crea, padre—interrumpo, con media sonrisa—. He logrado pasar desapercibida todos estos años porque Su Majestad declaró que soy una Jinete, pero jamás tuve un vínculo con un dragón, al menos no que se supiera. Braxas ha permanecido oculto en mi pecho durante años.

—Y tu vínculo con él te convierte en la heredera de Wuvia.

—No deseo serlo, Su Majestad—abandono mi posición relajada, apoyada sobre Braxas, y cruzo mis brazos ante el Rey, manteniendo mis convicciones—. Deseo ser libre, no someterme a sus lecciones infinitas de historia y estrategia. Ya admití que me trajese al palacio, aun cuando el

cuerpo de mi madre yacía caliente en su lecho. No soy la hija de la reina. Solo soy una bastarda prematrimonial de Su Majestad.

—Pero ya no puedes evitarlo, Alana—mi padre de nuevo adquiere ese aura de poder que le rodea, que Aeldri le otorga—. Tu dragón y tú sois los herederos del trono de Wuvia. Y no hay más discusión.

—No lo seré, padre—aprovecho que Braxas se encuentra en su forma física para mostrar su propio aura de poder, mucho mayor que el de Aeldri—. No puede someterme. Nadie puede someternos.

Mi padre echa un paso hacia atrás al sentir mi aura, pero no cede en sus empeños.

—A tu madre le hubiera gustado verte gobernar.

—No hable de ella, Pietro—accedo a su nombre de pila para contrarrestar su intento de chantaje emocional—. Ella era feliz pensando que la amaba.

—Amé a tu madre una vez—suspira, y yo frunzo el ceño. Braxas comienza a soltar humo ante la afirmación—. Tu madre era lo más hermoso del palacio. La amé, pero me obligaron a dejar de amarla. Necesitaba una pareja adecuada a mi estatus, y la enfermiza hijastra de una criada no era lo más adecuado.

—Cuando yo nací, ya no la amaba—afirmo, sin dudar. Mi madre me confesó justo antes de morir que sabía bien que mi padre no la amaba. Que tal vez la había amado en algún momento, pero que ya no lo hacía. Que se sentía responsable por abandonarla en una cabaña cuando quedó embarazada, y que yo había sido el verdadero amor de su vida—. Yo amé a mi madre, con todo mi alma. Vos no la amasteis.

—Intenté convencer a mi propio padre de casarme con ella—suspira, suavemente, apenas en un susurro frustrado—. No se me permitió. Jamás haría lo mismo contigo, pequeña.

—¿Puedes darme esa seguridad?—rebato, con toda la frustración que puedo reflejar. Braxas echa aún más humo por sus narinas—. ¿Puedes crear una ley que diga que la princesa heredera puede elegir su destino libremente?

—Puedo hacerlo, e incluso tú puedes hacerlo, si lo deseas.

Dudo ante sus palabras, y miro a Braxas. Es mi mejor amigo, mi acompañante desde que tengo uso de razón, mi vida entera.

—¿Puedes afirmar que nadie se acercará a mi dragón? ¿Puedes confirmar que lo máspreciado de mi vida no será violado ni tomado como un arma? ¿Puedes asegurar su libertad?

“Eso nunca ha sido necesario, pequeña. Soy capaz de asegurar mi propia libertad con sólo un aleteo”.

Lo sé, Braxas. Pero mis argumentos comienzan a debilitarse.

“La mención de tu madre te perturba”.

Siempre lo hace. Solo permito que tú lo hagas.

“Nunca había osado a nombrarla antes”.

Eso es cierto. Debe desear demasiado que ocupemos el trono cuando Aeldri y él ya no puedan hacerlo.

“Yo ya ocupo un trono por mi mismo. Esta es tú elección”.

Capítulo 6

Alana

Supongo que la libertad es más cercana cuando tú misma puedes garantizarla, realmente.

“El poder puede ser una jaula o la llave que te libere de ella”.

El poder puede ser un arma de doble filo.

Suspiro, sin poder argumentar contra mi propio dragón, el alma en mi alma.

—Hija mía...

—Anunciará que seré la heredera en la próxima reunión del consejo, esta tarde—asumo, y los ojos de mi padre pasan del borde de las lágrimas a la completa felicidad—. Sin embargo, no mencionará a Braxas, ni mi vínculo con él. Quiero ganarme esa posición por mi misma, sin que sepan que existe una leyenda que me ampara.

—De acuerdo, será un secreto entre los Jinetes—afirma mi padre, y Braxas deja de soltar humo por sus fosas nasales—. Solo lo sabrán las personas de muy alto rango.

—No quiero que lo sepan ni la reina ni Jon—añado, como aclaración—. Quiero ver a ese niño malcriado retorcerse en su propia rabia.

—No podrá tocarte nunca más, mi pequeña—mi padre se acerca a mi suavemente, intentando no perturbar a Braxas, y por primera vez en mi vida posa sus manos en mis mejillas, mirándome a los ojos con pura sinceridad y un nuevo amor surgiendo en sus entrañas—. Tengo tantas preguntas que no sé por donde empezar.

—Nunca se ha interesado realmente por mí, padre—señalo, haciendo que las lágrimas que el Rey intentaba contener se derramen como una cascada—. Tu mayor empeño era crear un engendro con esa furcia y hacer de mi presencia un daño colateral. Solo Braxas ha conseguido hacer que Su Majestad me valore.

—Hija mía, jamás he querido ignorarte—aprieta mis mejillas con fuerza, pero utilizo parte del aura de poder para girar mi rostro y evitar su roce—. Eres mi primogénita, mi hija reconocida desde el inicio en que naciste. Nadie supo de tu existencia, pero nunca te negué. Nunca, jamás, quise herirte. Fueron mis antecesores en el trono, mis padres, y Herminia quienes evitaron que me acercase a ti.

—Han sido doce años, Pietro—respondo a sus intentos de acercamiento. Miro sus ojos llorosos, preguntándome si esto es lo que realmente siente. Braxas comienza a desplegar la luz que indica

que pronto volverá al colgante que llevo al cuello—. Si no hubiera tras de mi un dios, ¿seguiríais ignorándome?

—Herminia y mis asuntos reales han evitado que pase tiempo junto a ti estos doce años, Alana— intenta de nuevo rozarme, pero mi indignación y poder es mucho mayor cuando Braxas se instala en mi pecho en lugar de en mi colgante—. No he podido prestarte la atención que merecías.

—¿A mi, o al poder que ostento, padre?—resumo, evitando su toque con un paso hacia atrás. Braxas ha vuelto a mi interior, y ahora somos uno—. No somos un objeto al que puedas admirar o mantener en una vitrina. Hasta ahora habíamos sido invisibles a tus ojos.

—Lo siento, Alana, de todo corazón—comienza su disculpa, y Braxas me hace sentir la sinceridad que Aeldri le transmite—. Siento haberte apartado de mi. Herminia y mis primeros ministros hacían que me avergonzase de tu existencia.

—Pero me nombró consejera—argumento, y su cuerpo casi cae al suelo por el golpe—. Su principal consejera, según algunos de los miembros del Consejo.

—He querido decirte que te adoro desde que naciste, Alana. Eres sangre de mi sangre, carne de mi carne. Eres el fruto de mi amor efímero por Layla, pero del amor al fin y al cabo—sus lágrimas caen sin consuelo, y Aeldri baja de nuevo en busca de otorgarle consuelo—. Si Braxas y Aeldri son tan sabios como creo que son, te transmitirán mis sentimientos sin dudarlo.

Mi posición dura comienza a desvanecerse, y no puedo evitar comenzar a sentirme cálida por dentro.

Braxas, a veces nuestro vínculo es una maldición.

“Es sincero. Y ambos sabemos que una disculpa sincera vale más que nada”.

—De acuerdo. Aceptaré acercar nuestra relación, siempre y cuando vos cumpláis vuestra palabra. Ningún Jinete del palacio sabe que tengo a Braxas—admito, y mi progenitor comienza a recuperar su compostura—. Sus dragones saben que tengo un dragón vinculado, pero ninguno de los humanos de palacio saben de su existencia. El aura de poder de Braxas suele ser suficiente para convencerlos de no contarle, ni siquiera a sus compañeros. Quiero que eso se mantenga así.

—Te daré lo que me pidas, hija mía. Eres mi única familia, todo lo que me queda. Mereces tu lugar en este palacio.

“Ya era hora de que se diera cuenta”, comenta mi dragón, y le doy la razón con apenas un asentimiento de cabeza, aunque no me ve. “Tenía mucho que ver y lo apreciaba más bien poco”.

Démosle el beneficio de la duda, por un tiempo al menos.

“Yo fui quien te transmitió su sinceridad, pequeña. Yo me haré cargo si algo sale mal”.

Más te vale, Braxas.

Capítulo 7

Alana

Cuando mi padre abre las puertas de la arena y me hace un gesto para que salga, la visión que me recibe me provoca la risa, y Braxas comienza a soltar carcajadas infinitamente sonoras en mi mente.

Su Majestad la Reina, junto a su bastardo Jon, esperan en la puerta acompañados de los Jinetes de la Guardia Real. Supongo que Herminia mandó llamar a su ojito derecho para forzar a mi padre a probar que el imbécil intente crear un vínculo con un dragón.

—Su Majestad—bajo mi cabeza utilizando mi mayor sorna al referirme a Herminia, saludándola como es debido por una vez en toda mi vida. Esa mujer es horrenda—. ¿Cómo va su embarazo? ¿Siente la vida dentro de sí?

—Princesa Alana, cada vez está más cerca la fecha en que deje de ostentar dicho título— responde la Reina, de forma enigmática, mientras su hijo sonrío al verme aparecer sin un dragón a mis espaldas—. ¿De nuevo ha rechazado vincularse con ningún dragón?

—Oh, mi querida esposa—mi padre interviene, apoyando la mano sobre mi hombro de forma protectora. Por una vez, siento realmente que es mi padre, que no solo es quien me creó introduciendo su semilla en el vientre de mi madre—. Tengo unas noticias increíbles que compartiré posteriormente en la reunión del Consejo. ¿Qué hacéis vos aquí? ¿Acaso no os ordené marchar a vuestros aposentos?

—Querido, solo quise acercarme junto a Jon para ver si la prueba de Alana había tenido éxito o no—responde la reina, observándome con malicia—. Veo que aún no ha conseguido vincularse con ninguno de los dragones que le ofreciste, esposo mío. Una pena.

—Una pena sería si permitiésemos que Jon entrase siquiera al anfiteatro, mi señora—expongo, y su hijo me lanza una mirada de odio difícilmente discreta—. Es posible que al detectar su sangre puramente humana, un dragón pudiese arrancar su cabeza de cuajo.

—¿Cómo te...?!—comienza el bastardo de la reina, pero su madre no permite que continúe con su intento de agresión. Solo con ver la mano de Su Majestad sobre mi hombro, sabe que algo ha cambiado. Herminia no es tonta.

—No hemos comprobado aún si la sangre de los jinetes corre por sus venas, al igual que correrá por las venas de nuestro futuro vástago, querido—acaricia su vientre con suavidad, utilizando esa cosa que ya no vive en sus entrañas como un incentivo hacia mi padre. Sin embargo, Su Majestad permanece impasible ante sus movimientos—. Sólo es posible saberlo si un dragón se postra ante él y decide vincularse.

—Ah, pero los Jinetes sí sabemos detectar si una persona puede vincularse con un dragón o no, querida mía—mi padre, utilizando su zalamería más burda, señala a la dorada dragona llena de escamas que alza su cabeza en el anfiteatro, a nuestras espaldas, y que pensaba alzar el vuelo hasta que su Jinete le llamó mentalmente—. Si no me crees, puedes preguntarle a Aeldri su opinión al respecto.

“Si realmente pudiera quemar a ambos vivos, ya lo habría hecho”.

Braxas, las formas de palacio no son las nuestras. Habrá que irse acostumbrando.

“Sí, mi futura reina”.

No me llames así. Me da grima.

“Acostúmbrate. Las formas de palacio no son las nuestras”.

No utilices mis argumentos en mi contra, o no permitiré que salgas de ahí en una semana.

“También puedo salir del colgante en mitad de la sala del trono y hacerlo todo escombros”.

Braxas, a veces eres insoportable.

—Princesa, entonces, ¿no ha reafirmado aún su puesto?—la pregunta de Jon me saca de mi conversación con Braxas, mucho más entretenida que el sonido chirriante de la voz del joven bastardo de la reina.

—Mi posición en esta corte, como bien dijo su madre, pronto cambiará—afirmo, con una sonrisa en mi rostro. Miro a mi padre de forma inconsciente, cuya mano no ha dejado mi hombro, y su rectitud se rompe al devolverme la sonrisa cómplice sabiendo lo que ocurrirá después en el consejo—. Pero la vuestra también, hermano.

—No sé si desean algo más de mi hija o de mi, pero la Guardia Real no está a vuestra entera disposición, querida—mi padre observa a los guardias, cuyos dragones seguro observan desde la parte de arriba del anfiteatro. Tal vez incluso alguno de ellos esté comentando esta interacción con su jinete, dispuestos a reírse de las incoherencias de la reina—. Tenemos preparaciones que llevar a cabo antes de la reunión del Consejo de esta tarde, esposa mía. Desearía poder terminar con este tipo de formalidades antes de la comida, si me permite.

Con esto, mi padre da por cerrada la conversación, y con un gesto suyo lo sigo pasando por delante de la reina y de Jon con la cabeza alta.

Aún me pregunto si mi padre sabe que su vástago con la reina habrá salido del vientre yermo de Herminia antes de esta noche.

“No lo sabe. Aeldri ha preferido ocultárselo, aunque ahora creo que no le puede importar menos”.

Supongo que después de conocer sobre tu existencia y nuestro vínculo, esa cría no es relevante en ningún caso.

“No lo hubiera sido desde el inicio. La reina no puede dar a luz más vástagos vivos. Jon le destruyó el útero al nacer”.

No me sorprende. Ese inútil lo destroza todo a su paso.

“Seguramente tras el anuncio de esta tarde intenten enviar asesinos a tu recámara. Me mantendré alerta”.

Será fácil disuadir a la reina de matarme con tu aura de poder, Braxas.

“Eso también es cierto”.

Camino tras mi padre, que me guía de nuevo a través de los túneles subterráneos bajo el palacio. Sé que Aeldri ha vuelto a su nido, donde ni siquiera mi padre tiene acceso, así que mi padre y yo caminamos seguidos por la Reina, su vástago y la Guardia Real, aquellos Jinetes cuyos dragones estarán volando por encima del palacio para evitar ataques inesperados.

Camino unos pasos tras mi padre, siempre prevaleciendo su posición como Rey. Herminia, con sus zapatos incómodos y sus faldas infinitas, intenta combinar sus pasos con los de mi progenitor, pero éste no se lo permite. Su paso solo podría ser igualado por mis largas y torneadas piernas, pero yo tampoco deseo igualar su posición.

Jon simplemente camina tras su madre, intentando adelantarme, pero no consigue adelantar siquiera a la Reina, con lo cual sus intentos de carrera ante los pasos largos de los Jinetes que nos rodean siguen siendo tan ridículos como ellos mismos.

—Quiero que preparen los aposentos para el futuro heredero ya, antes de la Reunión del Consejo. En colores verdosos y oscuros, por favor—comienza mi padre a dar órdenes a sus guardias, y uno de ellos comienza a correr en una dirección diferente a la que nosotros seguimos—. Que adapten los nidos, el más grande de ellos será específicamente reservado para el futuro heredero de la corona.

Noto que evita mencionar mi nombre, y media sonrisa se posa sobre mis labios. No dice heredera, solo menciona futuro heredero.

No quiere que Herminia y Jon se pongan en mi contra desde ya. Quiere hacer que caigan sus esperanzas en un saco roto.

Y puedo sentir tras de mí los susurros entre la reina y su hijo prematrimonial. Jon piensa que se refiere a él, pues su cabello negro y sus ojos de color azulado dan lugar a dudas. Mi padre está actuando de forma discreta.

—También deseo que en la Reunión del Consejo se presenten todos y cada uno de los consejeros. Es sumamente relevante, el futuro del reino está en juego.

—De acuerdo, Su Majestad—responde uno de los guardias, y de nuevo gira en dirección a un pasillo que no reconozco.

—Hagan un pedido a la costurera, necesitamos diseños muy específicos y den al curtidor la orden de crear una montura particular. Con el escudo del Reino grabado, por favor—un tercer guardia sale corriendo, imagino a los aposentos de la costurera y del curtidor. Sé que ha transmitido las medidas y forma de la montura a Aeldri, y que ella, a través del dragón del guardia, ha transmitido dichas medidas al guardia que desaparece de nuestros ojos—. Ah, y coloquen una silla a mi derecha en el salón del trono. Con terciopelo de color esmeralda y madera oscura. Propia de un verdadero heredero.

—Sí, señor—esta vez, un quinto guardia desaparece por uno de los pasillos aledaños, al tiempo que nuestros ojos ya empiezan a apreciar las escaleras que suben al piso más bajo del palacio.

El piso donde se sitúa la puerta principal, y desde donde llegué hasta el Anfiteatro Dracontino.

Capítulo 8

Alana

Mi padre nos guía hasta el salón del trono, de tamaño considerable, y con ventanas por las que entran algunos de los dragones de los jinetes actuales. Los colores rojo fuego, similar al de mi cabello, y dorado, como las escamas de Aeldri, adornan todo el salón, y del mismo tono rojo y dorado es el trono de mi padre.

Junto a él, un asiento de tonos plateados y amarillentos se posa sobre el lateral izquierdo, correspondiente a la Reina Herminia. Ella escogió el amarillo cuando llegó para adornar el terciopelo de su asiento por su similitud con el dorado de las escamas de Aeldri. Sus ansias de poder en ocasiones superan a los dragones.

“Jamás me llegaría a acercarme a esa furcia si no es para matarla de un mordisco”.

Braxas, tiene que saber bastante amargo.

“Los humanos a la brasa saben igual que el tocino”.

Una risita de nuevo escapa de mis labios, sin poder evitarlo, mientras analizo la alfombra roja, representando el color del reino.

Los escudos con dos dragones rampantes de color oro y negro enfrentados sobre un fondo rojo y verde, respectivamente, me reciben por todas partes.

“El dragón oscuro soy yo”.

Y el dragón dorado podría bien ser Aeldri, Braxas. Hay muchos dragones de color oscuro, y muchos de color dorado.

“Los más poderosos tenemos las escamas de este color”.

Lo dices por ti, ¿verdad?

“Por supuesto”.

Mira Braxi, nuestro trono.

Dos mozos, supongo que cercanos al carpintero, están colocando a la derecha del trono un tercer trono, sustituyendo uno de los asientos de los consejeros habituales.

No suelo pasarme por aquí, así que no sabía siquiera que había asientos para los consejeros.

Uno de los taburetes envuelto en terciopelo rojo desaparece por completo, y el tercer trono se coloca a la derecha del trono de mi padre, algo por encima del de la mismísima Reina Herminia.

El calor me invade el pecho, y miro a mi padre. El tono del terciopelo del nuevo asiento es verde esmeralda, con un tono hermoso y elegante que comparten mis ojos, y los de Braxas, y también el escudo del reino. La madera que sostiene la estructura del real asiento se compone de una madera oscura, casi negra, y aunque no llega al tono de las escamas de Braxas, creo que es la mayor aproximación que podrían haber llevado a cabo los carpinteros del reino.

Miro a mi padre con incredulidad, sabiendo que ha puesto ese asiento a su derecha y por encima de la Reina para remarcar mi posición como heredera.

Es precioso.

—Querido, ¿por qué el nuevo trono ocupa la posición del mío? —la chirriante voz de Herminia resuena en mis oídos, como los golpes del martillo al metal en el taller del herrero, pero mucho más largos—. A la derecha del Rey ha de sentarse siempre la Reina.

—A la derecha del Rey ha de ocupar su asiento la persona en la que más confía, esposa mía— responde mi padre, su lengua viperina tan afilada como siempre—. Y si bien es cierto que con vos comparto lecho, será mi futuro heredero a quien le confíe todo mi legado.

—¿Todo vuestro legado?—Jon abre los ojos en exceso, con asombro y con las maneras que escasamente puede llegar a mostrar—. Pero, Su Majestad, el reino es vasto y amplio, y se extiende por más de la mitad del continente.

—Mi legado sólo puede traspasarse a una persona, y ese será mi heredero—mi padre declara como quien da una sentencia, y observo con lágrimas en los ojos su posición—. Ahora, vayamos a comer.

Mi padre se da la vuelta, y me dirige junto a su esposa y a su hijastro a comedor de palacio. La mesa principal ha sido especialmente preparada hoy, con sillones específicos para cada uno de nosotros.

El escudo del reino aparece en tres de las cuatro sillas dispuestas en la mesa central, y el escudo familiar del apellido de Herminia, con una serpiente enroscada en torno a un bastón refulgente, indicando que el origen de su nobleza se basa en los actos medicinales que sus ancestros llevaron a cabo en las Guerras Originales, en la última de ellas. De las cuatro, dos son de tamaño similar y las otras dos son más pequeñas, pero el único tamaño que se modifica es el del respaldo del asiento.

Mi padre se acerca a la silla con el respaldo de mayor tamaño, con el escudo de Wuvia en su espalda. La segunda silla más grande, también con ese escudo, va a ser ocupada por Herminia, como Reina vigente, pero los guardias se lo impiden.

—Mi señora, su asiento es este—indicando la tercera silla, Herminia frunce el ceño, y toma

asiento en diagonal con mi padre, lo más lejos posible de él. Habitualmente está sentada junto a él, pero esta vez ha decidido sentarla lejos, más lejos que nunca.

Jon se dirige hacia nuestros sitios habituales, junto a los sirvientes comunes, en las mesas lejanas al centro de la sala, y los guardias no se lo impiden. Sin embargo, cuando yo intento hacer lo mismo, uno de ellos se postra ante mí, sin ningún tipo de cuidado ni discreción, y me pide por favor que tome asiento en la silla junto a mi padre, con el escudo de Wuvia grabado.

Asiento suavemente antes de seguir sus instrucciones y tomar asiento a la derecha de mi padre, justo en la silla con el segundo respaldo de mayor tamaño.

La Reina Herminia muestra una cara de sorpresa excesiva, y con confusión se fija en la cuarta silla junto a ella. La más pequeña y cercana a ella, frente a mi padre, permanece vacía, y por tanto nadie en la sala puede comenzar a comer.

Jon, al verme sentada en la mesa principal, frunce el ceño en confusión, y observa como Roger, el hijo del cocinero, se sienta en el que antes era mi asiento habitual, junto a él, con una armadura nueva de Jinete en todo su esplendor.

El muchacho sonrío y me saluda, y le hago un gesto con la cabeza desde mi posición. Estoy segura de que Laela le ha hablado de Braxas, y por tanto desde mi posición parece que el joven está emocionado por preguntarme, pero no lo hace.

“Alabo su entereza para ser tan joven”.

Comparto tu opinión, Braxi.

Los murmullos en las mesas de nuestro alrededor comienzan tan pronto como mi trasero se sitúa en la mesa principal. Escucho algunos adjetivos absurdos, como “inútil” o “mentirosa”, pero también escucho a algunos jinetes mencionar la palabra “heredera” y “vínculo” entre sus conversaciones.

En nuestra propia mesa, apenas hay un suspiro. Herminia me observa furiosa, como si hubiera eliminado cualquier posibilidad de que su reinado continuase. Mi padre mantiene la compostura, como una estatua, observando en dirección a las puertas del comedor, y yo misma miro a mi padre, algo confusa.

Le pedí discreción, pero esta discreción ha terminado sin un solo anuncio aclaratorio. Continúo esperando a nuestro invitado especial pero no sabría decir a quién esperamos realmente.

Cuando de nuevo las puertas del comedor se abren, un hombre algo más joven que mi padre, con una cicatriz en un ojo y el escudo familiar en el pecho de la armadura, atraviesa su umbral, y los ojos verdes de mi padre y los suyos se cruzan al mismo tiempo que comparten una sonrisa.

Capítulo 9

Alana

Su Majestad deja las formalidades de lado, y abraza con cariño a nuestro nuevo acompañante, que le devuelve el abrazo de forma cálida y amable. Supongo que forma parte de nuestra familia, y Braxas me confirma que un dragón rojo de gran calibre espera en los nidos a su Jinete, frente a nosotros.

Su armadura llama mi atención, y aún más la de Braxas.

Utiliza una armadura de cuero, más propia de los aprendices que de los jinetes. Sin embargo, en su torso destacan refuerzos cosidos a mano, correas con armas varias y múltiples medallones en sus hombreras con refuerzo.

“Es una armadura muy similar a la de los originales”, comenta Braxas, y yo misma me sorprendo.

Los originales murieron hace siglos.

“Pero sus armaduras perduran”.

Aún mirando a mi padre abrazar al extraño jinete de especial armadura, observo como se separan el uno del otro con una palmada en la espalda, y mi padre vuelve a su sitio señalando al desconocido la silla frente a sí.

—Hermano mío, he aquí mi esposa, Herminia, y mi hija, Alana—presenta mi padre, de forma formal pero emocionada—. Alana, tú nunca has visto a Vector, mi hermano gemelo, ¿no es así?

Observo a mi tío, recién conocido, de una forma inquisitiva. Sí que es cierto que, de no ser por la cicatriz en el ojo izquierdo que parece ser bastante antigua, su rostro comparte muchísimo parecido con el de mi padre. Salvo la barba, que mi padre mantiene a raya y él parece haber liberado por completo, serían copias exactas.

Los ojos verdes que parecen llevar nuestros genes, la nariz recta y los rasgos duros y masculinos, idénticos a los de mi padre, son una gran muestra de que forma parte de la familia real, aunque su pelo largo y negro entrelazado en una trenza difiere con el corte de mi padre, apenas un suspiro que mantiene su corona sobre su cabeza.

—Encantada de conocerle, tío Vector—respondo, con un movimiento de cabeza. Braxas arde en mi pecho, sin decir una palabra, pero sé que está deseando informarme sobre el dragón de Vector—. Siento haberle conocido tan tarde.

—Es más bien culpa mía, sobrina—responde él, de forma educada y suave, muy diferente a su apariencia tosca—. Llevo bastante tiempo sin aparecer por aquí, aunque Nemyan me mantenía informado de todo. Los dragones comparten una red de información muy interesante, ¿sabes?

Sus ojos verdes no se apartan de los míos, y la voz de Braxas llega a mi cabeza en un suspiro.

“Nemyan, cómo no”.

¿Conoces a su dragón?

“Tuvimos una lucha territorial bastante fuerte de jóvenes. Lo llaman la Llama del Norte, aunque no llega a ser una leyenda. Decidió unirse a su Jinete tras conocerlo en una cacería, aunque no conozco más detalle”.

¿Es tan antiguo como tú, Braxas?

“Es algo más joven, pero Nemyan ostenta un tamaño bastante similar. Más pequeño, sin dudarlo, pero es más grande que Aeldri. No dudo que al sentir mi presencia está deseando volver a verme”.

Entonces, mi tío sabe que soy tu jinete.

“Lo sabe. Nemyan y tu tío parecen tener una verdadera relación, a diferencia de las estratagemas de los dragones de la corte, que ocultan a sus jinetes lo que ellos desean”.

De acuerdo. Tendré que ser cuidadosa.

—Cuñado, cuanto tiempo sin vernos—Herminia, de forma zalamera, observa a mi tío, y amaga a darle un abrazo, pero no es bienvenida y echa su cuerpo hacia detrás a tiempo de no quedar en vergüenza—. ¿Qué tal ha ido tu viaje? ¿Fue fructífero?

—Existen miles de nidos al norte, hermano—comenta al tiempo que su trasero se posa sobre el último asiento, más pequeño que el de Herminia pero más grande de lo habitual. La silla emite un ligero crujido, y una risita sale de mis labios de forma involuntaria—. Cierto es que mi costumbre de volar a Nemyan ha calado en mis huesos, hermano. Necesitaría algo de reposo, así que una temporada por aquí no me vendría mal.

—No te preocupes, hermano—sonríe mi padre, justo frente a él, y en mi diagonal puedo observar que su barba no esconde mal alguno—. Tus aposentos estarán listos tan pronto como sea posible. Las criadas siguen limpiando el desastre que mi hija ha dejado en ellos durante todos estos años.

—¿Cómo que desastre, padre?—me defiendo, frunciendo el ceño—. Al menos yo permito entrar a las pobres mujeres a limpiar mis aposentos. Deberías observar las habitaciones del resto de Jinetes. Eso sí que es un desastre.

—En eso estoy de acuerdo, querida sobrina—mi tío me sonríe entre sus barbas de color oscuro, observándome con sus ojos verdes iguales a los míos—. Los Jinetes en la corte tienden a evitar a

las criadas, por alguna razón.

Una carcajada limpia sale de sus labios, y el ambiente distendido llena mi pecho de nuevo de calidez. Poderoso, pero humano. Al final, es la persona que más familiaridad le ha provocado a mi padre, más humanidad y menos realeza. Y sé que, junto con su nuevo acercamiento, será más fácil para mi la vida en la corte.

—Volverás a ser mi consejero mayor mientras estés aquí, ¿no, Vec?—mi padre sonrío al observar a su hermano, y éste le responde la mirada con una calidez sobrehumana. Son hermanos, y se siente en el ambiente. La comida, ya servida, impide a mi tío responder inmediatamente, pues el muslo de pavo que degusta ocupa toda su boca—. Al menos ostentas dicho título, hermano.

—Por eso estoy aquí, Su Real Trasero—responde Vector tan pronto como engulle el pavo que tenía entre sus dedos—. Si no llega a ser por vuestro llamado a todos los consejeros, ni siquiera me habría molestado en aparecer de nuevo por aquí.

—Hermano, ¿tanto me odias?—el rostro de mi padre muestra cierta pena, pero Vector suelta una carcajada limpia de nuevo—. Ya, ya sé que estabas de broma, pero en ocasiones no puedo aceptarlo.

—Sabes que no te odio en absoluto, hermano, pero la vida de la corte no es para mí—una mirada de soslayo se fija en Herminia, que come de forma delicada y refinada, a diferencia de Vector y yo, que como buenos Jinetes en entrenamiento comemos con las manos y de forma burda y sin modales—. Aunque, ahora que conozco de la existencia de mi sobrina, probablemente me pase por aquí más a menudo, aunque solo sea de visita.

—Espero y me cuente sus aventuras en cuanto tengamos la oportunidad, tío—una amenaza velada se cuela entre mis labios sin poder evitarlo.

Solo él y yo sabemos lo que pueda haber pasado entre Nemyan y Braxas. Él sabe que yo monto a Braxas, y todo el mundo sabe que él monta a Nemyan.

Sus antiguas rencillas son las nuevas entre nosotros, pero siendo familia espero que se resuelvan solo con el diálogo.

“Hace mucho que mi aura de poder superó a Nemyan en todos los sentidos, pequeña. Tu tío no va a hacerte daño por ser mi jinete”.

Pero sigo queriendo saber por qué Nemyan y tú peleasteis en su momento, aparte del territorio.

“Esa será nuestra historia de esta noche, mi pequeña”.

Sonrío de forma suave, pero dulce, al notar cómo Braxas se refiere a mi.

Él ha sido más mi familia que cualquiera de las personas que me han rodeado en toda mi vida.

—Entonces, sobrina, asumo que vuestra posición en esta corte es lo suficientemente relevante como para ocupar la mesa central del comedor—con su plato terminado, casi con la misma velocidad con la que yo engullí para mi y para la esencia de Braxas nuestra propia ración, limpia su barba con una de los paños que colocaron para ello y me observa con las manos aún sobre la mesa.

—Mi posición como princesa y jinete es solo temporal—respondo suavemente, observando a Herminia, que parece fulminarme con sus ojos de color oscuro—. No soy hija de la Reina, y tampoco podría compararme con el vástago que ésta lleva en su vientre.

Una sonrisa triunfal adorna los labios de Herminia, hasta ahora disgustada por mi presencia en la mesa.

—Venga ya, hermano—mi tío observa a mi padre, y él le devuelve una sonrisa enigmática—. Si ahí dentro no hay nada vivo, y todos en esta mesa lo sabemos.

Una aspiración ahogada sale de la boca de Herminia, que observa a mi tío con estupor. Mi acción se basa en bajar la cabeza, ocultando de ese modo la sonrisa que se planta en mis labios a Herminia.

La Reina, su Majestad, observa a nuestro alrededor, pero la comida ya se ha terminado sobre las mesas y todos los sirvientes, guardias y personal de la corte nos observan, especialmente a ella, con una malicia renovada en sus ojos.

—¿Cómo osas aventurarte a decir ese tipo de cosas sobre mi futuro bebé, cuñado?—Herminia se indigna, pero Vector no se inmuta en lo absoluto.

—Verdades como puños, su Majestad—resuelve él, y su brazo derecho, que se sitúa más cerca de Herminia—. Lleva ahí un almohadón inútil que no hace más que avergonzar su situación como Reina idiota, cuñadita.

Cuando hace esa observación, ya frunzo el ceño, pues no sabía que realmente no llevaba un vástago en su vientre.

“Te lo dije”.

Pero no me habías dicho que lo perdió hace tiempo y que lleva un almohadón por panza.

“Yo te dije que ahí no había nada vivo, y que su útero era yermo como las tierras abrasadas por mis llamas”.

Pensé que simplemente su hijo con mi padre habría muerto.

“Nunca fue una amenaza, porque nunca existió”.

A veces odio tus acertijos, Braxas.

—Si tiene alguna acusación en mi contra, Consejero, dígalo ahora y no se ande con rodeos—
Herminia intenta salvar su trasero manteniéndose digna e impasible, pero Vector ha hecho su movimiento antes de que cualquiera de los ojos humanos pueda apreciarlo.

Mi tío tiene en su mano el cuchillo limpio con el que debería haber comido su comida, y apuñala a Herminia en el estómago con una facilidad asombrosa.

Todo el comedor queda en silencio. El cuchillo no deja de ser un cuchillo puntiagudo, apto para la carne, y todos esperan que la reina comience a sangrar profusamente tan pronto como mi tío lo retira tan rápido como ha apuñalado a Herminia.

Capítulo 10

Alana

Nada más que plumas salen de la hendidura, y el utensilio de cocina sale completamente limpio, salvo una gota de sangre rojiza en la punta del cuchillo.

Herminia observa hacia abajo, al lugar donde mi tío clavó el cuchillo, y solo puedo apreciar como las lágrimas mojan la hendidura en el almohadón poco a poco.

—Si de verdad hubiera habido en algún momento algo ahí dentro, el cuchillo no saldría tan limpio, y vos ahora mismo no continuaríais consciente—mi tío, con un soplido que empaña la plata del amago de daga que ha usado, deja el arma improvisada sobre la mesa, y observa directamente a la Reina—. Engañar al Rey haciéndole pensar que llevas un vástago suyo en tu vientre y dar falsas esperanzas al Reino de Wuvia por prometerles un heredero inexistente supone alta traición, su Alteza.

La voz de mi tío llena el comedor, y un montón de guardias rodean la mesa con una agilidad absurda mientras él mismo levanta su trasero del asiento.

—Su Majestad, con su venia, ordeno apresar a la Señora Herminia de Snakewound, hija de la Familia Snakewound, esposa del Rey Pietro, por alta traición e intento de engaño a la corona.

—¡NO! ¡Yo no hice nada!—Herminia, entre lágrimas, intenta salvarse, pero mi tío levanta su brazo como si ella fuera una pluma y la alza sobre sus tacones, haciendo que se ponga en pie y que el almohadón apuñalado quede visible ante todo. Después, agarra el almohadón a través de la hendidura en las extravagantes vestimentas de la Reina y lo arranca de su interior, exponiendo aún más la vergüenza de la mujer.

—Has ofendido al reino con tus mentiras, siendo que en tu posición una falsedad de tal calibre pudiera haber perjudicado al reino entero—interviene mi padre en la discusión—. Herminia de Snakewound, ante la Ley de Wuvia serás juzgada por tus actos.

—¡Querías un hijo legítimo, Pietro!—ella grita, mirándome a mí, cuando los guardias la rodean y el silencio sepulcral de la habitación se rompe—. ¡Querías desacreditar a mi propio hijo por no compartir tu sangre! ¡Querías nombrar heredera a esa bastarda!

—No llame bastarda a su princesa, cortesana—mi padre, con un tono autoritario y el aura de poder de Aeldri brillando a su alrededor, levanta también su cuerpo de la mesa, y ese es mi signo para seguir sus pasos—. Ella nunca intentó haceros daño, mas vos deseasteis siempre usurpar su posición. Poner a vuestro hijo, que lejos de compartir la sangre de los Jinetes no es más que un inútil que no sirve ni para mozo de cuadra, sobre el trono.

—¡Ella no lleva la sangre de los Jinetes en sus venas!—alza Herminia la voz de nuevo, y sonrío de medio lado ante sus mentiras. Todos los Jinetes en la sala se levantan, con la intención de hablar y mencionar la verdad, pero con un movimiento de mi mano callan, simplemente ellos agarrando sus armas.

Este gesto, lejos de pasar desapercibido, provoca en Herminia un cortocircuito mental, haciendo que sus ojos se abran al máximo y me observe con mucha atención, como si pudiera matarme solo al hacerlo.

— ¿Ha conseguido un vínculo?—murmura, casi en un susurro, pero en el silencio de la habitación se escucha como un grito—. ¿Es verdaderamente una Jinete?

—Lo soy, desde que tengo uso de razón, mi señora—admito, y toda la sala absorbe un hálito de vida del aire del comedor—. Nunca pude vincularme con uno de los dragones que me presentabais, no por mi voluntad ni por falta de capacidad, sino porque ya había un vínculo en mi alma. Desde antes de que llegase al palacio mi dragón me acompaña.

—¿Cómo es posible...?—de nuevo, sus susurros llenan la habitación como si fuera un grito—. ¿Dónde...? ¿Cómo...?

—Está en esta sala, con nosotros, y se oculta ahora como se ha ocultado todos estos años, en mi pecho—admito, ya siendo que la verdad sale a la luz—. No era muy complejo de adivinar, pues nunca lo intenté ocultar realmente.

—Pero... pero...

—Fue usted quien convenció a toda la corte de que yo era una inútil y no tenía sangre de Jinetes en mis venas—respondo a sus insinuaciones—. El resto solo tuvo que ver lo que usted quería ver, y comentarlo por los pasillos. Yo solo tenía que continuar con mi vida como si nada, entrenar con el resto de Jinetes y mantener el secreto oculto.

—¡Mentirosa! ¡Traicionera!—en sus ojos, la total confusión se transforma en locura, llevada por el odio—. ¡Bastarda! ¡No mereces perdón alguno!

Y, sin previo aviso, pero de forma mucho más lenta de la que cabría esperar de un Jinete, agarra su propio cuchillo de la mesa y se lanza hacia mi con ánimo de matarme. Noto como una de las horquillas de mi cabeza se desprende, tras tanto tiempo sin reforzarlas, pero eso es lo que menos me importa.

Mi cabello rojo es lo único que su cabeza atraviesa mientras ella misma cae al suelo cuando me aparto, con el cuchillo resbalándose lejos de sus manos.

Apenas ha sido un paso lateral, nada que no pudiera hacer, mucho menos cuando el mismísimo Braxas me traspasa su aura de poder.

Sé que ahora mismo el brillo que me envuelve es verde, del tono de mis ojos y de los de Braxas, y que puedo aplastar su garganta con una sola de mis manos, cuyas uñas se han vuelto garras de

color oscuro.

Braxas quiere matarla por intentar acabar con mi vida, y sin querer nos hemos fundido en uno solo.

La transformación es mucho menos dolorosa cuando él toma la iniciativa por furia pura.

Su voz retumba en la sala, saliendo de mi garganta, por primera vez en toda mi vida.

“Nadie que se atreva a dañarnos puede salir vivo”.

Todos los Jinetes en la sala, antes sujetando sus armas, se postran ante el aura de Braxas, incluyendo a mi tío y mi padre, e incluso las amplias ventanas del comedor se ven llenas de dragones que se asoman para presentar sus respetos al Rey de los Cielos.

Herminia permanece en el suelo, inmóvil. Creo que se ha abierto la cabeza al caer de frente. No me preocupa en lo absoluto, la verdad. Me preocupa más contener la fuerza que se apodera de mí e intenta asesinarla frente a toda la corte.

Braxas, no lo hagas. La Justicia Real hará su cometido con esta furcia. No merece nuestra pena.

“Ni nuestro perdón”.

Morirá de todos modos, tarde o temprano. Dejemos que sufra en las mazmorras y que su hijo y su apellido se vean arrastrados por el lodo.

“De acuerdo, mi pequeña cabeza roja, pero porque tú me lo pides”.

Pronto veo de nuevo mis manos, y no las garras de mi unión con Braxas. Siento como las escamas van desapareciendo de mi cuerpo, hasta que no queda rastro, y cómo Braxas, en su esencia, vuelve a mi colgante, que vuelve a arder al tacto.

El silencio total envuelve el comedor. La única figura que se atreve a moverse es Jon, quien, preocupado por su madre, salta de su asiento y corre a atenderla con miedo en sus ojos.

—Aún respira—murmuro, y coloco mi cuerpo de forma elegante tras los Guardias Reales, que sujetan a Herminia por ambos brazos y arrastran su cuerpo inerte fuera del comedor, seguidos de cerca por Jon, que se abstiene de suplicar por su madre hasta que vuelven a cerrarse las puertas del comedor.

El silencio sepulcral envuelve el lugar, de nuevo mientras yo hago que mi padre y mi tío vuelvan a levantarse, viendo que aún hincan rodilla ante mi presencia.

—¿Cómo es posible...?—mi padre comienza, balbuceando con algo de confusión al ver cómo mis manos siguen siendo las manos encalladas por el entrenamiento, y no esas garras de color negro afiladas como dagas que Braxas me había prestado—. ¿Cómo has...?

—Los descendientes de los Jinetes Originales pueden fusionarse parcialmente con sus dragones y tomar la forma que antiguamente era conocida como Guerrero Dracónido, según las necesidades y la capacidad del humano con el que se vincule el dragón y el poder del propio dragón—responde mi tío, con la admiración descrita en sus ojos—. Nunca he visto a un descendiente de los Originales hacer eso con su dragón, sin embargo. ¿Tu madre biológica...?

—Layla, hija de la costurera. Hace doce años que murió.

—Con treinta, imagino—añade mi tío suavemente, y asiento con suavidad. La costurera, que toma asiento junto a algunas criadas, me observa con nuevos ojos. Sé que soy su sobrina, pero nunca antes había mencionado el nombre de mi madre. Según me ha contado Braxas y los rumores del palacio, eran medio hermanas. Compartían madre, pero eran hijas de diferentes matrimonios. Mi madre era la mayor—. Layla era descendiente de los Originales, ¿no es así?

—Por obra y gracia de su padre, así es—resumo, según lo que me ha contado Braxas—. Ella me otorgó un don sin igual.

Mi tío asiente conforme a mis explicaciones, y yo observo de soslayo a la actual costurera. Es mi tía, y nunca lo había sabido.

Sé que puede sonar cruel, pero he evitado pasarme por su taller durante todos estos años. No la había visto en persona, pero sí comparte algunos rasgos con mi madre.

Sin embargo, no siento esa familiaridad con ella que debería proceder de mi propia sangre.

“Tu sangre ha recibido los mayores dones que podría haber recibido, tanto por tu rama paterna como por tu rama materna. Apenas compartes genética con esa mujer”.

Lo sé, Braxas. Me lo has repetido mil veces.

No he querido establecer un vínculo emocional con ella porque realmente nunca he sentido que perteneciese a mi familia.

“Lo hace, y si ella así lo desea deberías permitir que se acerque”.

Eso ya no es decisión mía.

Capítulo 11

Alana

Mi tío mantiene su mirada fija en mi, como si fuera un espécimen al que analizar profundamente. En cambio, yo mantengo mi cabeza alta, como una verdadera princesa.

Nunca había querido asumir que soy la única hija del Rey, la única posible heredera. Nunca había deseado ese puesto, y aún no lo deseo.

Solo asumo mi posición actual, e intento dar la talla.

“Ya era hora”.

Braxas, calla.

—Si no necesitan más mi presencia, me retiraré a mis aposentos...

—Hija, te guiaré hasta tus nuevos —comienza mi padre, y yo frunzo el ceño—. Los que has usado hasta ahora eran de tu tío en sus años de entrenamiento, y creo que disfrutará de volver a utilizarlos, si no le es inconveniente.

—Estoy deseando ver esa hendidura donde guardaba las cartas de amor de las criadas, hermano —mi tío sonrío, con sorna de nuevo, y sale de la sala como si fuera su casa.

Al fin y al cabo, ha vivido aquí durante gran parte de su vida. Obviamente sabe dónde está la habitación.

Mi padre camina justo tras él, y salimos del comedor con agilidad, dejando atrás todos esos murmullos que insinúan que soy la heredera perfecta para el trono.

El silencio de nuevo nos envuelve, y solo el ruido de nuestros pasos, de mis botas embarradas y rotas por las garras de Braxas y de las vestimentas de mi padre rozando entre sí preceden al desastre.

No creo que los aposentos que mandó hacer hace unas pocas horas estén listos ya, ¿no?

Sin embargo, cuando llegamos al tercer piso, en su sala este, siento cómo mi estómago vibra en anticipación.

“Hay algo ahí dentro”, comenta Braxas, y yo asiento. No sé qué es, pero algo nos espera tras el enorme portón que aparentemente llega a mi nueva habitación.

—Hija mía, te he preparado una sorpresa—comienza mi padre a hablar, y pronto mi estómago da

un vuelco—. Ordené a la costurera crear algunos vestidos para ti, acordes con tu nueva posición en el reino, y además... Bueno, el mozo de los recados quería darte algo en compensación por revelar su naturaleza como Jinete.

—No era necesario, padre. Tengo vestidos para las ocasiones importantes, y mientras tanto no suelo usar más que la armadura de entrenamiento.

—El chico no pudo resistirse a intervenir en tu nuevo cuarto, Alana. No pude decirle que no, y Laela puede llegar a ser muy insistente con Aeldri— sonrío mi padre, y yo solo asiento con una expresión neutra. No sé lo que me espera ahí dentro, sólo sé que hay algo discordante—. Princesa Alana de Wuvia, heredera de todos mis territorios y mi poder, he aquí tu nueva habitación.

Abre la puerta con una llave de color plata, específica para dicha puerta e imposible de duplicar, por lo que puedo llegar a notar, y un ladrido me da la bienvenida.

“¡Un lobo!”.

El cachorro que se abalanza sobre mis piernas apenas levanta dos palmos del suelo, pero ya se nota su ansia de jugar y mantener una relación dulce con el aura poderosa que emite Braxas.

A mi compañero de vida le hace extremada gracia que la idea del hijo del cocinero fuera regalarnos un lobezno, supongo que de sus partidas de caza junto a los guardias para buscar la comida que posteriormente sirven en nuestros platos.

Probablemente mataran a su madre y el pequeño quedó solo a la intemperie, y se apiadaron del cachorro como quien ve a un bebé tirado en medio del bosque.

No puedo fijar mi vista en mi habitación mientras el pequeño cazador, apenas recién nacido, comienza a mordisquear el cuero roto en mis botas, culpa de Braxas, mientras escucho las contagiosas carcajadas de mi amigo en mi cabeza.

El regalo le ha encantado, desde luego.

“¡Los lobos bien entrenados son compañeros de caza excepcionales!”, consigue articular el dragón entre carcajadas, y yo me río junto a él. “Aunque parece que a éste le falta todo el entrenamiento posible”

Sigue riendo, y yo me uno a sus risas mientras inclino mi cuerpo y recojo al pequeño, que intenta mordisquear mis dedos al hacerlo.

El lobezno juega como buen cachorro, con una energía interminable, y observo su pelaje, aún grisáceo, y sus pequeños ojos castaños. Tiene unas patas de tamaño considerable, considerando que aún es un cachorro, y sus colmillos están bien desarrollados. Supongo que ya habría dejado de mamar y estaba comenzando a aprender a cazar de su madre.

Por eso se lanzó contra mis botas como un desquiciado.

—Si quieres, puedes morder este desastre todo lo que tu quieras, pequeño—resuelvo con una sonrisa, señalando a las botas rotas y a los brazales de cuero que parecen haber sido atravesados por un erizo—. Es culpa de Braxas, así que es todo tuyo.

Mis palabras dulces hacia el cachorro parecen surtir efecto, pues deja de mordisquear los ya destrozados brazaletes y me observa con la cabeza ligeramente girada. Braxas, en mi cabeza, continúa riéndose.

—Conocerás a Braxas más pronto que tarde, así que más vale que vayas escuchando hablar de él, pequeño—mi padre sonríe al lobezno, pero solo obtiene un gruñido bajo y grave mientras el cánido se aproxima a mi pecho—. Vale, vale. Admito que aún no confiáis del todo en mi, lo entiendo, pero tampoco es para ponerse así.

“Parece que ya ha escogido a su nueva mamá”.

—Apuesto a que cualquier descendiente de los Originales le causa la misma sensación que yo—respondo a las insinuaciones de Braxas, pero en el fondo sé que este cachorro ya es de mi propiedad y nadie puede separarlo de mi lado—. Hay que ponerle nombre, ¿no?

“Yo apuesto por Braxas”.

Egocéntrico.

—Tal vez Pelusa le vaya bien—dice mi padre, en un intento de acercamiento que resulta en el pequeño acurrucándose aún más en mi pecho—. Tal vez Pelusa no le guste.

—No creo que Pelusa sea lo suyo, padre—respondo suavemente, y su instinto vuelve a aparecer mientras mordisquea de nuevo los brazaletes de cuero—. ¿Qué tal Colmillos?

El pequeño suelta un gruñido agudo al escucharme, lo cual me da a entender que tampoco le agrada ese nombre.

“¿Y si le pregunto a él directamente?”.

No es una mala idea, pero no deja de ser un bebé. Dudo que la comunicación entre lobos implique nombres como tal.

“Yo voy a intentarlo”.

Mi colgante ardiente comienza a calentarse, y el pequeño lobezno deja de mordisquear los brazaletes para fijar su vista en la morada de Braxas. La figurita del dragón llega a tornarse de color rojo por las temperaturas, pero el material del que está creada es imposible de fundir.

Solo está llamando su atención. La cría observa el colgante de forma fija, pero no se aparta, sino que acerca su hocico apenas notorio para olisquearlo.

“Parece que le gusta”.

Céntrate, Braxas. Es un nombre lo que buscamos.

“No hay nombres en su descuidada mente. Solo gruñidos, y significados de gruñidos”.

Era de esperar.

—Mmm...—comienzo a pensar tan pronto como el cachorro vuelve a perder interés en el collar rojizo y vuelve a mordisquear los brazaletes—. Algo más elaborado, propio de la mascota del Rey de los Cielos. ¿Sky?

“No va a volar”, resuena la voz de Braxas en mi mente, y pongo mis ojos en blanco. “¿Lobo?”.

Un gruñido bajo sale de las entrañas del lobeño, y sé que ninguna de las opciones le está gustando.

—¿Y Side?—el cachorro pone sus orejas en punta, y me observa con una atención renovada—. Ese sí te gusta, ¿no?

“¿Por qué Side?”.

Va a ser nuestro compañero de aventuras. Side es un nombre corto, apto para llamarlo apenas en un segundo, y también está muy relacionado con los dragones.

“Cierto, recuerdo a aquel lagarto de color gris que tu padre intentó que montaras cuando tenías ocho años”.

Y va a ser nuestro camarada.

“Pues Side será”.

Sonrío al mirar a Side, y él parece aceptar su nuevo nombre con gusto, propinándome un húmedo lametazo en la mejilla que no podría haber esperado.

Mi padre, a mi lado, ríe.

—Side me parece un buen nombre para la mascota de dos reyes, la verdad—sonríe, y yo al mismo tiempo mientras dejo al cachorro en el suelo de nuevo. Side fija de nuevo su atención en mis botas, que retiro de mis pies por comodidad.

No es agradable que un lobeño esté mordisqueando tus zapatos rotos durante quién sabe cuánto tiempo.

Capítulo 12

Alana

Tras quitarme las botas y agarrarlas con mi mano, haciendo que el pequeño Side me siga dando saltitos intentando alcanzarlas para jugar con ellas de nuevo, fijo mi mirada en la habitación.

En mis nuevos aposentos, todo es verde y oscuro, como Braxas, con algunos tintes rojos y dorados que dan a entender mi posición como heredera de Wuvia.

La cama es mucho más ancha que el camastro que tenía en las habitaciones de los Jinetes. Tanto como la del propio Rey, que a mi lado observa el trabajo bien hecho. Una estructura de madera casi negra con adornos dorados deja caer a los laterales del colchón envuelto en seda del color de las esmeraldas doseles de tonos dorados y verdosos, casi como si el sol mismo se reflejara en las hojas del bosque.

Los muebles también se componen de madera oscura con adornos dorados, incluyendo el arcón justo a los pies de la cama, con forma de sillón, pero muy apto para ocultar cosas a simple vista.

En la misma recámara hay un armario gigantesco, de madera oscura adornada en oro, con vestidos de diferentes colores y formas colgando de él, y en un segundo compartimento, diferentes tipos de armaduras, mayormente de cuero, muy similares a la que traía mi tío Vector pero mucho más cuidadas, completamente nuevas, en tonos verdes y oscuros.

También hay mesitas de noche, velas e incluso un escritorio con un cuaderno completamente nuevo y un juego de plumas junto a un bote de tinta oscura.

Además, hay dos recámaras más, una puerta cerrada a la izquierda, justo junto al armario, y un arco suave que abre una habitación a la derecha.

La habitación de la derecha tiene una mesa redonda, con unas cuantas sillas, del mismo tono de madera que el resto de muebles. También hay un muñeco de pruebas en el otro lado de la habitación, junto con un pequeño armario lleno de armas recién forjadas y con el emblema de la familia real en sus empuñaduras.

Sonrío al darme cuenta de que el mandoble, mi arma favorita, se encuentra enfundado, y hay un cinturón colgando del muñeco de entrenamiento, perfecto para llevar todas las que desee.

Los detalles son impresionantes, en oro y rojo, pero acompañando al principal verde y a la madera más oscura posible.

Supongo que la otra habitación es el baño.

—Gracias, padre—me giro, y al ver su sonrisa de oreja a oreja me lanzo a sus brazos. Es la primera vez que lo abrazo en toda mi vida, y siento sus lágrimas en el hombro semidesnudo de la armadura destrozada que llevo puesta—. Esto es increíble.

—Hija mía, debí haber visto hace tiempo que esa furcia me engañaba—comienza, entre lágrimas, e incluso soltando algún hipido entre sus palabras—. Debí haberte nombrado heredera cuando llegaste, y no ahora. Hay tantas cosas que hemos perdido...

—Padre, relájese. Hay una reunión del Consejo en unas horas, y debería recomponerse para entonces—sonrío al separarme de él, y me observa con sus ojos idénticos a los míos—. Yo tampoco permití que se me acercase antes, padre.

—Pero debí...

—Déjelo por ahora, y descanse en sus aposentos hasta la reunión. Yo he de retirar estas ropas de mi cuerpo—respondo suavemente, aun sonriendo a mi padre—. Si me permite, su Majestad, salga de mis aposentos mientras me cambio y me convierto en una princesa, en lugar del mendigo que parece que soy ahora.

—De acuerdo, de acuerdo...—mi padre, girando la cabeza y limpiando sus escandalosas lágrimas con un movimiento de su brazo, deja de llorar y me observa fijamente—. Perdóname por todos estos años, hija mía.

—Lo perdoné en el anfiteatro, padre—respondo, y suspira fuertemente—. Venga, vamos. Deseo darme un baño y dormir unos instantes en esa cama magnífica.

—Enviaré a alguien para traer el agua, hija—mi padre no ha dejado de llamarme así desde que hablamos en el anfiteatro, o Princesa Alana, y el calor de nuevo me envuelve—. No tardarán demasiado. Posiblemente haya agua en la tina del baño, pero esté fría.

—Padre, no es necesario que esté caliente antes de que yo me sumerja—sonrío, rozando mi colgante con los dedos—. Braxas se encargará.

—De acuerdo, pequeña, entonces solo enviaré a alguien con agua para rellenarla.

—Vale, padre. Revisaré el baño para comprobar si hay agua. Si no, llamaré yo misma a las criadas.

—Te he reasignado algunas cortesanas para que te atiendan. La vieja Maggie es un poco...

—Amarga—resumo, mi padre sonriente.

“Esa anciana que intentaba cortarte el cabello cada día que aparecía por tu recámara no era amarga. Era una imbécil”.

Braxas, por favor.

“Era una persona asquerosa y repugnante”.

Eso también lo comparto, pero vamos a comportarnos según las formas adecuadas.

“Aguafiestas”.

Cuando mi padre por fin desaparece de la habitación, me siento libre de desnudarme por completo y abrir la puerta de madera oscura que lleva a mi propio baño privado.

Por fin, un poco de descanso.

Capítulo 13

Alana

Despierto de mi maravillosa siesta cuando la puerta de mis aposentos resuena como los pasos de Braxas cuando camina por el bosque derribando árboles a su paso.

“Prometo que yo solo estaba dormitando, por una vez”.

Los lametazos del pequeño Side me acompañan mientras me despierto completamente, y la voz de Braxas me saca de mi ensueño.

Debo vestirme, pues tan pronto como salí de la tina llena de agua y tras quitarme la arena y el polvo del campo de entrenamiento me lancé en cueros a la cama y sólo estoy cubierta con la sábana de seda verde, dejando mi cuerpo a la vista.

Aunque no tengo ningún pudor, sí que debería tenerlo ahora, como heredera del trono, así que grito pidiendo tiempo para embutirme una de esas fajas y cubrirme con la ropa interior propia de una princesa.

Pronto he arrancado los lazos de la faja y he desistido de atarlos, pues para cortar mi respiración ya está el aire cuando vuelo a lomos de Braxas.

Solo envuelvo el primer vestido que cogí del armario y lo coloqué en torno a mi cuerpo, con una velocidad absurda para la complejidad del vestido, y algún que otro juramento para atar los lazos de la espalda.

Como si no fuera suficiente con intentar que me ponga un corsé, también me siento embutida en uno de estos vestidos de vueltas imposibles.

Cuando por fin consigo colocar la última pieza del vestido en su sitio, escondo bajo sus largos faldones unas botas de cuero, similares a las que destrocé antes en el comedor, y pronto Side, que está obsesionado aún con los brazaletes de cuero rotos que me quité antes del baño, ladra intentando atacar estas.

Sin embargo, antes de que sus afilados colmillos en proceso de erupción se claven en mis botas nuevas, bajo los faldones, dejando al cachorro ciertamente confuso durante unos segundos, tras lo cual vuelve a agarrar uno de los brazaletes y a acomodarse en el cojín junto a mi cama que le ha colocado mi padre a forma de camastro.

Tras colocar debidamente las telas que me envuelven, abro la puerta con suavidad, revelando a la pobre costurera al otro lado. La mujer, mi tía, se asoma a los aposentos, y le permito el paso con un ademán antes de pronunciar palabra.

No esperaba su visita, pero no estoy acostumbrada a mostrar mi sorpresa, ni ningún tipo de sentimiento en mi rostro.

—Su Alteza—comienza la mujer, temblorosa, y yo asiento con la cabeza cuando entra en mi habitación. Indico la habitación contigua y le pido que tome asiento en una de las sillas de la mesa que mi padre preparó, y llamo a las criadas con el cordel atado a una campana para que traigan algo de té—. Espero no molestarle, pero...

—Sé que tiene preguntas a las que yo misma debo responder, y no me avergüenzo en absoluto de los orígenes de mi madre.

—Su madre fue mi hermana, su Alteza—comienza, suavemente, al mismo que por la puerta abierta pasa una de las criadas trayendo una bandeja con el té. Tan pronto como aparece, sujeto la bandeja de sus manos y yo misma sirvo el té, haciendo que la joven muchacha se sonroje.

—Es costumbre entre la soldada que las criadas no sirvan el té, y me he criado durante los últimos años al lado de esos hombres malolientes y su único baño—explico a la criada, y ella me mira con atención—. No me trataban diferente por ser mujer, y tampoco por ser la hija de Su Majestad. No creo que deba cambiar mis costumbres de trato solo porque cambiaron mis aposentos por unos mejores y mi título en la corte.

—Sí, su Alteza—responde la criada, bajando la cabeza. Es joven, apenas unos años mayor que yo, y alzo su cabeza con mis dedos.

—¿Cuál es tu nombre, amiga?

—Jen, su Alteza—la criada está temblando ante mi toque, y retiro la mano antes de que piense que voy a ahogarla.

—Jen, no me llames “Alteza” todo el rato—suspiro, y la chica me mira con nuevos ojos—. No seré una de esas niñas malcriadas de turno. Mi madre me educó mejor que eso.

—P—pero...—la joven comienza a balbucear, y yo solo me encojo de hombros—. La señora Herminia...

—Borra a esa furcia de tu mente, Jen—respondo impasible, con el mismo tono suave y ella por unos momentos deja de temblar—. No soy ella, ni de lejos. Intentaré hacer vuestro trabajo, que fue el de mi madre, lo más ameno y suave posible mientras estéis conmigo.

—Gracias, su Alteza—la chica me reverencia con rapidez y se va corriendo de la sala, con una sonrisa implantada en el rostro.

—Eso es lo que tu madre hubiera hecho—responde mi tía, cuya presencia habría olvidado por completo de no ser porque es la única otra persona junto a mi ahora mismo.

Side se acurruca junto a mi, mordisqueando el brazalete, y al tomar asiento con el vestido claramente mal puesto el animal salta hacia mi regazo con agilidad, provocando en mi interior un

calorcito de sabor dulce y un movimiento involuntario de mi mano, que se adentra en su pelaje.

Pronto, el cachorro se ha adormilado en mi regazo.

—Mi madre me crió desde que nací hasta los cinco años—respondo suavemente, sin decir nada más, mientras a la mujer frente a mí, se tensa ante mi presencia, y sus ojos comienzan a brillarle llenos de lágrimas—. No pudo hacer más por mí, pues los descendientes de los Jinetes Originales mueren tan pronto como cumplen los treinta años si no han establecido un vínculo para entonces.

—Es decir, que cuando desapareció con veinticinco años...

—Sí, me llevaba en su vientre y temía, tanto ella como Su Majestad, que los anteriores regentes atentaran en contra de mi vida—añado, y tomo un sorbo del té que ha traído esa muchacha—. Su Majestad, mi padre, le proporcionó un refugio en el bosque, en el que crecí durante cinco años.

—Y ella...

—Ella enfermó pronto al llegar a los veintiséis años. Apenas podía levantar su cuerpo de la cama, y su cuerpo estaba cubierto de escamas y heridas, como si un dragón quisiera salir de su cuerpo—resumo, sabiendo que mis ojos son como una ventana oscura. Nunca había hablado de esto con nadie—. Nadie debería pasar por eso.

“Solo quiere conocer a la hija de su hermana, Alana. No seas dura”.

¡No lo estoy siendo! Braxas, estoy siendo realista, y contándole la historia que ella no sabe sobre su hermana.

—Mi pobre Layla...—la mujer en algún momento ha comenzado a sollozar, y yo no puedo hacerlo, pero comparto su sentimiento—. Mi hermana...

—Mi madre siempre me contaba historias sobre su vida en palacio—resumo, con media sonrisa mientras observo el té en mi taza—. Cómo de niñas jugaban a ser espadachines, cómo comenzó como criada y mi padre se fijó en ella, cómo le contaba todo...

—Te enseñó cómo funcionaba el amor de verdad—resume mi tía, y asiento suavemente—, que a ella le sobraba. Te mostró el mundo en su mejor forma, como sólo ella sabía hacer.

—Además, al ser descendiente de los Jinetes Originales, mi cuerpo solía desarrollarse algo más rápido de lo habitual, y las pocas veces que podía salir de ese camastro mi madre me mostraba como era sobrevivir en el bosque—suspiro, y observo cómo sus ojos se iluminan—. Me enseñó a vivir, a disfrutar de los pequeños detalles y a no juzgar a las personas por su posición.

—Esa era Layla—suspira, limpiándose las lágrimas de sus mejillas y tomando un sorbo de su té—. Me da igual que no compartiésemos padre, mi madre hizo lo que pudo por ambas y Layla era la luz en la vida de cualquier persona que se cruzara.

—Fue mi luz durante mis primeros cinco años de vida, y ojalá lo hubiera sido muchos años más

—suspiro, observando la taza de té casi vacía—. La sangre de los Originales es una bendición y una maldición al mismo tiempo, y espero ayudar a todos los descendientes que pueda en mi vida. Nadie se merece pasar el calvario por el que mi madre pasó antes de morir.

—Veintiséis años y empezó a sufrir...—la mujer frente a mi mira su propia taza, con los ojos perdidos. Sus lágrimas al recordar se habían convertido en rabia contenida—. Esa sangre que corre por tus venas es una maldición, aunque en tu caso creo que no pasará lo mismo.

—Un Jinete Original sin dragón no es nada, y por eso mueren al cumplir los treinta años— respondo suavemente a su pregunta implícita—. He estado vinculada a mi compañero desde que cuento dos años, apenas recientes. Él me eligió a mi, y no lo cambiaría por nada. No correré su suerte, pero tampoco quiero que nadie lo haga.

Miro a mi tía, frente a mi, a los ojos, y observo sus oscuras ojeras y sus arrugas junto a los ojos. Una vida más larga que la de mi madre, pero mucho más llena de preocupaciones.

—Vine a conocer a mi sobrina, por un impulso, pero he conocido a la mejor heredera que Wuvia podría tener—mi tía, frente a mi, sonríe suavemente, y se levanta de su asiento—. Ven, te ayudaré a escoger un vestido más adecuado para la reunión, y también te enseñaré a colocarte todas las telas.

—Gracias, tía.

—Es mi trabajo, como costurera, mostrar a las criadas como colocar toda esta tela en torno a una mujer—responde, con esa sonrisa melancólica aún en su rostro—. Encantada, Alana, sobrina mía. Soy tu tía, Grace.

—Encantada, tía Grace—sonrío mientras ella se deshace del desastre que había hecho con el vestido y rebusca en el armario, concienzudamente, sabiendo que hay algo perfecto para la reunión del Consejo.

Supongo que estos vestidos se hicieron en su taller, y por tanto no es tan difícil saber que conoce todos ellos al dedillo.

Al final, saca del armario un vestido largo, verde y simple, sin faldones ni florituras, solo terciopelo y un camisón blanco largo para cubrir mi escote.

Descarta pronto el tejido brocado que había sacado yo del armario, y me enseña cómo colocarme el camisón en primer lugar y después el vestido de terciopelo, ajustado pero no demasiado, que me resulta cómodo por la suavidad del tejido y por la flexibilidad con la que me permite moverme.

Las mangas acampanadas son lo más incómodo, y los adornos dorados en torno al escote y a la cintura son preciosos, pero lo mejor es que es un vestido de cola, que llega hasta el suelo y me permite llevar las botas de entrenamiento debajo sin ningún problema.

Cuando observo mi imagen en el espejo del tocador, mi tía sonríe, y yo observo la suavidad del

vestido en torno a mi cuerpo.

Está hecho a mi medida, y nunca mejor dicho. No puedo evitar sonreír al ver mi reflejo, sintiéndome como una verdadera princesa, como nunca antes me había sentido.

La tela se adapta a cada curva de mi cuerpo, y en la cintura un cordón de hilo dorado hace las veces de cinturón. Mis piernas no se ven en lo absoluto, y las mangas acampanadas no ocultan mis manos, sino que solo provocan el mismo efecto que las alas de un dragón al aire cuando me estiro. Y el escote, recatado, aún realza mis atributos femeninos con facilidad.

Agradezco a mi tía ser mi ayuda de cámara por esta vez, y ella sonríe de vuelta.

—Es lo menos que podía hacer por la heredera del trono e hija de Layla—responde, con una suavidad y sus ojos brillando con una nueva emoción—. A ella le hubiera encantado verte tan hermosa, tan mayor y con tanto poder en tus manos.

Poder...

Pienso en el poder que a partir de la reunión obtendré, y no puedo evitar sentirme algo abrumada.

No sé cómo acepté esta responsabilidad.

—No sé si el poder es para mí.

—Eres la persona con mayor poder en sus manos que he visto sólo siendo tú misma, sin siquiera el título o el trono cerca—responde ella, y suspiro—. Si no fueras princesa, e incluso aunque fueras una simple criada o lavandera, tendrías la misma capacidad de hacer todo lo que deseas y mucho más.

—¿De verdad lo cree?—suspiro, observando su imagen, la mía y la de Braxas en el espejo. Ella sólo trenza mis cabellos rojos, en una sola trenza sencilla, y agradezco que no juzgue lo largo de mi melena. Braxas me mira a los ojos, y yo solo noto una chica normal frente a un espejo y con un cachorro a su lado adormilado cual bebé.

“Tu poder era notorio desde niña, Alana. Nadie podría haberlo dudado”.

Gracias, amigo. De verdad eres el mejor compañero de vida que podría tener.

“Te elegí a ti por una razón. Tras tantos siglos, he conocido a tanta gente que te sorprendería, pero tú fuiste la única que despertó en mí las ganas de vincularme. Eres única, Alana”.

Sonrío levemente rozando con los dedos el colgante de mi madre, donde Braxas continúa alojado, y él mismo hace que el colgante se encienda ligeramente hasta transmitirme su cariño.

Mi tía comienza a observar mis movimientos suaves, mi sonrisa dulce y el colgante que sostengo entre mis dedos, y sonríe de vuelta.

—Ese colgante era el bien máspreciado de tu madre. Decía que era una reliquia familiar. Me sorprende que no se perdiera con el tiempo.

—Es imposible que se perdiera—murmuro, con Braxas dándome la razón—. Grabó mi nombre en él cuando nací, aún no sé cómo.

—Tu madre conocía casi todo sobre las hierbas, las piedras y los metales que la rodeaban— responde mi tía, aún trenzando mi cabello—. Fácilmente podía curar heridas graves con una mezcla absurda de hierbajos y barro.

—Imagino que haría algo similar con el colgante mientras yo seguía en su vientre.

Ella asiente, y yo continúo rozando mi nombre grabado con la yema de mis dedos.

Tan pronto como termina de trenzar mi cabello del color del fuego, lo enlaza con una cinta de color dorado, en un lazo sencillo de lo más hermoso. Le agradezco que me haya peinado y levanto mi trasero del asiento del tocador, observando aún los ojos verdes de Braxas en el reflejo.

Con un abrazo suave, casi apenas un roce, mi tía sale de la habitación tan pronto como se lo indico, y por una vez permito que Braxas se pase del colgante de mi madre a mi estómago.

Capítulo 14

Alana

Me gustaría volver a experimentar la fusión, la unión entre Braxas y yo, pero sin dolor.

“No sé si pueda volver a hacerlo. Mi fuerza procedía de tu rabia”.

Conque rabia, ¿no?

“La fuerza de las emociones está subestimada, y tú tienes un control extremo de las tuyas”.

Eso es por haber crecido en este sitio rodeada de críticas y de malas lenguas. Prefiero redimirlo a soltarlo.

“Pero la mención de tu madre por Herminia...”.

Generó rabia.

“Y esa rabia era compartida. Fue un momento de unión de emociones, y de unión de mentes”.

Realmente fue muy intenso, Braxas.

“Y no fue intencional, en lo absoluto”.

Tenemos que aprender a unirnos de forma intencional, a controlarlo.

“Estoy de acuerdo, pero por el momento podemos mantenerlo en espera”.

Creo que es cierto.

Cuando Braxas y yo llegamos a un acuerdo, salgo de mis aposentos y los cierro con la llave de plata que guardo en mi escote justo al momento.

Me gusta mi apariencia y me siento cómoda ahora mismo, además de que no llevaré el mismo vestido marrón envejecido de siempre a las reuniones.

Por una vez, camino por los pasillos del palacio con confianza, sin intentar esconderme, mis pasos guiándome hacia el salón de reuniones.

Sé dónde está la Sala del Consejo de memoria. Llevo yendo allí desde que vivo en el palacio, todos los días al menos una hora, escuchando desde una silla en las sombras cada una de las ideas de los Consejeros de mi padre.

El Rey siempre intenta mantener la paz y velar por su pueblo, a pesar de las sugerencias de sus imbéciles consejeros. Salvo un par de ellos, no suelo aguantar mucho sus palabras y las rebato desde mi posición casi excluida, haciendo que mi padre muchas veces sonría en mi dirección de forma suave.

Era la única forma que tenía de reconocirme.

Hasta ahora.

Cuando entro en la sala de reuniones, todos los consejeros bajan la cabeza en reconocimiento, y junto al asiento de mi padre, que aún no ha llegado, hay dos sillas vacías. Una de ellas, a su derecha, está cubierta en terciopelo verde, y a su izquierda, el terciopelo rojo destaca en la madera oscura que cubre todas las sillas.

El mapa del reino destaca en la mesa como un lienzo en blanco, con unas pocas líneas que marcan nuestras fronteras y posibles conflictos.

Los consejeros aún contienen su reverencia, todos en pie, y observo a mi alrededor, buscando mi asiento en las sombras, como de costumbre.

Sin embargo, no veo la silla por ninguna parte.

—Su Alteza, su asiento—uno de los pocos consejeros que tienen mi favor señala la silla de terciopelo verde, y frunzo el ceño al tiempo que me acerco a la silla, que el hombre ya ha retirado.

—Gracias, consejero Hudson—respondo con media sonrisa, sin ser capaz de sacar una palabra más de mis labios mientras el hombre entrado en años se levanta de su asiento para retirar el mío.

Nunca me habían recibido de esta forma, ni mucho menos me habían permitido sentarme a la mesa del consejo.

Tampoco habían mantenido silencio ante mi aparición, ni me habían reverenciado antes.

Muchos de ellos incluso estaban convencidos de que no era más que un estorbo. Especialmente los más jóvenes.

“La demostración de esta tarde de lo que eres capaz los asustó”.

Posiblemente, pero tampoco es habitual ver tantos rostros en torno a la mesa.

“Tu padre convocó a todos los consejeros de forma presencial. Eso es nuevo”.

Y por eso hay caras nuevas, supongo.

“Muchos son Jinetes que estaban en expediciones varias en nombre del reino. Han vuelto hoy tan pronto como les ha resultado posible para la reunión”.

Entiendo.

Cuando mi padre entra, por costumbre alzo mi trasero del asiento, al igual que el resto de consejeros, para reverenciarlo. Su Majestad ríe a carcajadas, seguido de mi tío Vector, que inmediatamente toma asiento en la silla roja frente a mi.

Sonrío ante su presencia, y él me guiña su ojo derecho antes de tomar la misma posición que el resto de consejeros, con una media reverencia ante su hermano.

Mi padre, sonriendo, hace un ademán con la mano para que todos tomemos asiento, y yo cruzo mis manos entrelazando mis dedos. No quiero que nadie vea lo nerviosa que me pone estar exactamente en el centro de atención, justo junto a mi padre.

—Tengo buenas noticias para el reino, y he de decir que es una decisión irrevocable y no cabe protesta en su contra—comienza mi padre, manteniéndose de pie ante la silla que se encuentra a mi izquierda, posicionándose como líder en la mesa—. He escogido finalmente un heredero, o más bien heredera.

Alza su mano derecha, en mi dirección, y miro a sus ojos de forma suave pero consciente. Sujeto su mano, que me obliga a alzarme en pie ante su agarre que ejerce fuerza hacia arriba.

—. Nombro oficialmente a la Princesa Alana de Wuvia, Protectora del Reino y Jinete de Dragones, como mi heredera de pleno derecho, ante este Consejo y ante todas las personas del Reino de Wuvia—continúa Su Majestad, provocando algunos gruñidos apenas audibles entre los consejeros más beligerantes—. Es mi única hija, sangre de mi sangre, y además muestra un poder excepcional, mucho mayor que el mío. Es la única opción para el futuro de Wuvia.

—Su Majestad, a pesar del incidente de Herminia...—comienza el Consejero de Guerra, un joven jinete que apenas ha salido de palacio—. No creo que una mujer sea la mejor opción para...

—No hay peros, consejero Thompson—responde mi padre con facilidad, pero con el aura de poder de Aeldri respaldándole—. El aura de poder del dragón de mi hija supera el de cualquier dragón que haya conocido. Incluso el mío.

—Entiendo, su Majestad—responde el Consejero Thompson, con un rostro inexpresivo.

Conozco a su dragón, ese lagarto de color bronceo que no llega al tamaño de un árbol centenario, de nombre Grimal. Si bien es cierto que Braxas es demasiado grande, tengo mis dudas de si eso es realmente un dragón o un lagarto mal hecho.

—Entiendo sus dudas respecto a mi nombramiento como heredera—comienzo, observando al Consejero Thompson en concreto—. Sin embargo, podría preguntarle al mismo Grimal quién lo dirigió hacia usted en primer lugar. Creo recordar que antes de vincularse con usted, era un dragón salvaje nacido en uno de esos nidos moribundos de las montañas.

El Consejero me observa desde su asiento, con los ojos muy abiertos, como si esa información no estuviese a mi alcance desde que lo conozco.

—Esa es solo una muestra de su poder, mi querido Consejo—añade mi padre, con una sonrisa mientras me observa—. Es capaz de sentir los genes de los Originales en la sangre de las personas, y lo que es más, asignarles el dragón idóneo para su vida como Jinetes. También ha sobrevivido en el bosque por sí misma desde su nacimiento hasta que tuvo casi cinco años, y pronto cumplirá los dieciocho años. Ha tomado sus clases de protocolo, historia y combate. No podría pensar en una mejor sucesora que ella.

—Incluso Nemyan ha reconocido su poder y la profundidad del vínculo que comparte con su montura—comparte mi tío, observándome con un brillo especial en sus ojos—. Desde mi posición, Princesa Alana, Protectora del Reino y Jinete de uno de los dragones más poderosos de la historia, le doy mi enhorabuena por su nombramiento y le juro mi lealtad como Caballero hasta el día de mi muerte.

Mi tío, con sus ojos verdes brillando con emoción, levanta su asiento, agarra la mano que mi padre sostenía y la besa, casi inclinado por completo, durante apenas una milésima de segundo. Sin embargo, ese simple gesto me transmite que su dragón y él estarán de mi lado durante el resto de sus vidas.

El resto de consejeros, ante su acción, siguen sus pasos, y forman una fila para jurarme lealtad, de forma suave, siendo que los Jinetes recién llegados de sus expediciones son los primeros en postrarse ante mí.

Ellos, al igual que mi tío, saben quién es mi dragón. Conocen mi posición real. No quieren revelarlo, pero no por ello me muestran menos respeto.

“Todos ellos saben que estoy aquí. Prácticamente nos están reverenciando a los dos”.

Es lo que deben hacer. El Rey de los Cielos no merece menos.

“Ni tú tampoco”.

Sonrío ante las palabras de mi dragón, y continúo recibiendo los gestos de lealtad de los diferentes Consejeros de mi padre. Tengo claro cuáles quedarán y cuáles no cuando me corresponda reinar, que espero sea dentro de muchos años.

No quiero perder mi libertad tan pronto.

Una vez toman de nuevo asiento, yo hago lo mismo, y el primer tema a tratar, que fue mi nombramiento como Princesa Heredera, pasa a ser secundario ante el resto de temas.

La paz con los bárbaros del norte, las arcas del reino y la escasez de dragones son noticias a la orden del día, prácticamente acompañadas del “misterioso” jinete de Braxas y de su implicación en la escasez de nuevas crías.

“Prometo que yo no tengo nada que ver”.

Lo sé, pero suelen pensar que el hecho de que no te hayas apareado nunca da mala suerte.

“Eso tiene fácil solución”.

Sonríó ante sus palabras no tan indirectas por una vez, y continuó prestando atención a la reunión por una vez en mi vida.

Capítulo 15

Alana

Las palabras de uno de los consejeros más ancianos me sacan de mi estupor, pues realmente no estaba pensando más que en esos nidos del norte y del este que pueden ser amplios y solucionar la escasez de dragones.

—Deberíamos organizar un baile por el nombramiento oficial de Su Alteza como heredera de la Corona—sonríe Hudson, y lo fulmino con la mirada antes siquiera de articular una palabra—. Invitar a los herederos del resto de reinos y proporcionarle una visión más amplia de sus opciones de matrimonio.

—No es mi intención contraer matrimonio próximamente, Consejero Hudson—el hombre, ya entrado en años, es el Consejero Real oficial, ya que su avanzada edad le impide salir del castillo y no tiene lo que es necesario para formar un vínculo con un dragón—. Mi principal objetivo ahora es que el pueblo me conozca como heredera y acercarme a los súbditos de mi padre de forma pacífica y amable, intentando solucionar sus problemas lo mejor que pueda.

—No es un baile de cortejo a lo que me refiero, su Alteza—comienza el Consejero, y frunzo el ceño cuando se dirige a mi padre—. Ofrezco a Su Majestad abrir las puertas del palacio a todo el pueblo, y anunciar a todos nuestros ciudadanos la presencia y el poder de la Princesa Alana. Sí, también ofrezco una invitación diplomática a todos los reinos y zonas que nos rodean, incluso aquellas con las que tenemos rencillas.

—Podría ser una forma útil de llevar la diplomacia del reino más allá de sus fronteras sin dragones implicados—comienza mi tío, Consejero Mayor y principal de mi padre—. Además, Alana ha estado encerrada en este palacio durante doce años, y si no me equivoco, pronto cumplirá los dieciocho años.

—Podríamos celebrar su cumpleaños con su presentación como heredera del Reino, y así también celebrar su nombramiento y el futuro de Wuvia—añade el Consejero Económico, un joven con problemas de visión y un don especial para los números, un segundo hijo que mi padre vio más allá de su familia—. El nombre de la Princesa debería reconocerse en todos los reinos del continente.

—Y me apresuraría a decir que mucho más allá del continente—uno de los Jinetes, consejeros de mi padre, que no reconozco de forma inmediata, mas sé que forma parte del Consejo aunque no ocupe una silla como tal—. Es posible difundir la noticia con Nemyan y otros dragones de forma fácil, ofrecer a los reinos de más allá del mar una invitación al evento y hacer que nuestra heredera sea reconocida por multitud de reinos.

—Estoy de acuerdo—pronuncia mi padre, con un dulce brillo en sus ojos que me da escalofríos

—. Sería el momento perfecto para afianzar nuestras relaciones diplomáticas y una oportunidad para la Princesa Alana de conocer a todos mis homónimos en diferentes reinos, incluso más allá del mar.

Todos ellos asienten, siendo yo la única en contra.

—Si tal evento se va a celebrar, no deseo que se limite a los nobles y reyes de otros reinos— manifiesto de forma firme, manteniendo mi postura recta pero sin destacar mi voz. El tumulto de voces planeando el banquete y el baile cesa de forma abrupta, y todos los ojos se enfocan en mi —. Quiero que todos los ciudadanos del reino estén invitados también. No quiero que mi pueblo piense que no lo tengo en cuenta.

—Podemos hacer que el evento sea un evento abierto por completo—propone mi tío, y yo asiento—. Que cualquier persona pueda entrar, siempre que no lleven armas ni formen alborotos.

—Alborotadores incluidos—suspiro, y sus ojos se agrandan—. Ni mi padre ni yo estaremos en peligro. Normalmente se teme más a los dragones que a cualquier espada, y al fuego que a cualquier arco. Créanme, no será un peligro permitir las armas dentro del evento. Incluso podríamos organizar un torneo. Los caballeros lo agradecerían.

—Un torneo dentro del evento de celebración no es una mala idea—mi padre coge mi mano, y yo asiento con una sonrisa—. Tanto de caballeros draconinos como de soldados a caballo. Podríamos enfrentarlos entre sí, dar un espectáculo con nuestros ciudadanos como espectadores. Permitir que cualquiera se inscriba al torneo.

Asiento estando de acuerdo.

No deseo que el pueblo me tome como una heredera centrada únicamente en las relaciones diplomáticas con el resto de reyes y nobles. Quiero que sepan que estoy ahí para ellos, que formo parte del reino y no estoy por encima de nadie.

“Realmente estás por encima del resto de ciudadanos, pero nadie tiene por qué sentirse inferior a nadie”.

No estoy por encima de ninguno de mis súbditos, Braxas. Solo tuve suerte.

“Tus padres decidieron bien cómo aparearse y te dieron los mejores genes que podían darte”.

Pero sigo siendo un ser humano común y corriente.

“Inmortal, pero común”.

Ya, ya. Eres muy molesto en ocasiones.

“Solo digo la verdad”.

Tras mis escasas intervenciones en el plan de celebración de mi cumpleaños, los consejeros se

ven emocionados hablando del evento, estableciendo que se lleve a cabo en una semana entera que se declare festiva en todo el reino.

Sonríó al darme cuenta de que realmente me gustaría celebrar mis dieciocho años a lo grande, y que a mi padre le hace mucha ilusión presentarme a la sociedad el mismo día en que alcanzo la mayoría de edad.

El evento se planea con un montón de ideas, de las cuales uno de los Consejeros toma nota con celeridad, y pronto parece todo resuelto.

Solo falta mi revisión de las circunstancias, de la semana entera, y esa será mi primera tarea como Heredera del Reino.

“No he escuchado ideas muy descabelladas, así que solo tendrás que matizar las ya existentes”.

Tendremos, Braxas.

“Se me olvida en muchas ocasiones que la ruptura de mi cascarón y tu nacimiento tuvieron lugar el mismo día”.

Pienso incluirte en todas las celebraciones de manera simbólica. Serás el verdadero centro de atención, utilizándome como espejo para obtener el homenaje que mereces.

“Merecemos”.

Sonríó y rozo con las yemas de mis dedos el colgante, que se pone al rojo vivo cuando Braxas me transmite su calor interno.

No se me escapa la mirada que los consejeros, callando inmediatamente, le dirigen al colgante, y yo alzo mis ojos con fiereza.

No van a investigar el colgante, ni saber que Braxas se encuentra junto a mi. Es mi límite.

—Su Alteza, ¿el colgante...?

—Es el alojamiento habitual de mi compañero, Consejero Thompson—respondo de forma sincera, sin que haya ninguna razón por la que debiera mentir a nadie—. Vos sabéis que Grimal se encuentra en los nidos, y yo sé que mi dragón ha vinculado su esencia con mi colgante.

—De acuerdo, su Alteza—sonríe Hudson, observando el colgante con nuevos ojos—. Ha de ser una reliquia muy antigua.

—Pertenece a los Jinetes Originales, y procede de la línea de ascendencia de mi madre— contesto al Consejero de forma ruda, siempre protegiendo la visión del colgante con mis dedos—. Nunca lo he retirado de mi cuello, aunque no sería necesario que lo hiciera. Mi dragón puede transmitir su esencia a mi cuerpo, como bien observaron en el comedor hace unas horas.

El silencio toma la sala ante mi velada amenaza, y mi padre de nuevo aprieta mi mano. Mi tío me guiña un ojo, eliminando gran parte de la tensión de mi cuerpo, pero aun así continúo protegiendo el colgante con mis manos.

No permitiré que nadie lo toque.

—Entonces, en cuanto al torneo...—mi tío vuelve a la charla amena en un segundo, proponiendo enfrentamientos entre dragones y caballos, que yo no aprecio justos y nadie aprueba. Un mohín sale de sus labios, y yo agradezco que haya desviado la atención del colgante que envuelve mi cuello.

No puedo evitar continuar cubriéndolo con mis dedos, sin retirar mis yemas de mi nombre grabado en él.

Mi único ansia es proteger a Braxas, y el suyo protegerme a mi.

El colgante es solo un medio de protección, pero es un bien valioso por proceder de mi madre.

No quiero perderlo nunca.

Capítulo 16

Olympus

—¡Oly! ¿¡Dónde estás!?

La voz de mi abuela, ya entrada en años, da lugar a pensar que intenta dar con mi paradero, pero aún me encuentro en el patio de nuestra desvalijada casucha, intentando practicar con la espada.

Mi sueño, obviamente, sería ser un Jinete de Dragones si supiera algo de mis padres. Pero no, la Abuela Norberta no suelta ni prenda.

He de decir que nunca he visto un dragón de cerca. La oportunidad de ir al palacio por el cumpleaños de la nueva princesa va a ser la primera vez que pueda apreciar a uno.

—¡Oly! ¡Necesito un chico fuerte que me ayude con estos sacos de semillas!

Oh, sí. Mi abuela Norberta se dedica a la venta de cereal, y yo soy su fiel escudero. Escudero, porque ayudante y buey humano no cuenta como título y no es tan elegante.

Dejo mi espada de madera clavada en el suelo, con fuerza pero sin llegar a mantener una postura vertical, y me adelanto hacia la parte delantera de la casa, donde mi abuela está llenando sacos de cereales de diferentes tipos y clasificándolos con imágenes que son fáciles de comprender.

—Yaya, los sacos están bien marcados—respondo con la voz cariñosa que utilizo siempre con ella, aunque de vez en cuando me explote—. Podrías habérselo pedido al carretero.

—No te quejes tanto y súbelos a la carreta. No creo que Greta aguante el viaje como los aguantaba antes—mi abuela, fornida incluso para su edad, palmea el trasero de nuestra mula, que da un saltito al despertarse repentinamente de su siesta—. Tenemos que llegar a la capital en dos días, y el viaje es costoso.

—Si tu mula fuera un animal rápido, probablemente llegaríamos allí en un día y no en dos, y podríamos alcanzar a ver a la Princesa más de cerca.

—No me interesa la Princesa en lo absoluto—mi abuela no siente curiosidad por nada—. Será una de esas cortesanas estiradas de turno que no pueden levantar su gordo trasero de la cuna de oro en la que han nacido.

—No crea, abuela—comienzo, rememorando lo acontecido hace un par de días—. El caballero que trajo las invitaciones al pueblo dijo que había nacido en el bosque, como yo. Que se vinculó con un dragón a los dos años y que nadie lo sabía porque ella había querido ocultarlo. Y que se crió en los barracones con el resto de soldados hasta hace cosa de un mes.

—Recuérdame que le diga a Jonathan que no vuelva a permitirte ayudarlo en la taberna—mi abuela me revuelve el pelo oscuro, y me da una palmada excesivamente fuerte en la espalda. Mi cuerpo no es pequeño, pero la fuerza de mi abuela en ocasiones me sorprende—. Deja de creer las historias de los caballeros, hijo, y sube esos puñeteros sacos al carro. Tenemos que irnos.

Asiento con un movimiento de cabeza y subo las sacas de cereal una a una al carro desvencijado de mi abuela, que pronto está subida agarrando las riendas de Greta y me ordena que cierre con fuerza la puerta, utilizando la llave de color cobrizo para evitar a los ladrones.

No hay nada de valor en esta casa, pero mi abuela es un poco paranoica.

De igual modo que me subo a la parte de atrás de la carreta, con los sacos de cereal, mi abuela comienza a hablar del palacio y de sus escasas y cortas estancias allí.

Sus órdenes son firmes, pero está claro que voy a saltarme todas y cada una de ellas.

—No te acerques a un solo dragón, por muy pequeño que sea—comienza, y a partir de ahí es un no parar—. Las armas de los caballeros son completamente intocables para un simple comerciante, Oly. La Princesa será todo lo misteriosa que te hayan dicho, pero es mejor no llamar la atención de los cortesanos. Vamos a dedicarnos a nuestro comercio, a la venta de cereales en el Gran Mercado que se organice, y por ello vamos unos días antes, pero no por eso puedes hacer lo que te venga en gana. Ah, y nada de atender al torneo.

—Sí, abuela—consiento de forma dócil, mientras mi mente ya maquina cómo participar en ese torneo sin ser un caballero.

—Ah, y recuerda, los dragones son bichos salvajes y peligrosos. Solo hacen caso a sus jinetes, y cuando están vinculados a alguno. No se te ocurra acercarte si no quieres acabar hecho cenizas—comenta, su odio hacia las aladas criaturas cada vez más profundo en su alma—. No me dejes sola, tampoco, soy una anciana y la capital está llena de rebeldes y maleantes.

—Abuela, no pongas la excusa de los rebeldes y maleantes para mantenerme vigilado mientras tú haces tus chanchullos de siempre—respondo, de forma contundente a pesar del tono suave—. Ambos sabemos que tú eres capaz de tumbar a cualquier idiota que se atreva a intentar algo en contra de tus cereales.

—Mis cereales no son lo único que llevo valioso en este viaje, hijo—mira hacia atrás, permitiendo a Greta guiar el camino, y yo sonrío de vuelta, entre los sacos de heno y de trigo—. No quiero que te pase nada, Olympus.

—Lo sé, abuela, pero ya he cumplido los dieciocho años y quiero algo más de libertad—sonrío desde la parte de atrás del carro, aunque ella no lo ve—. Quiero salir y disfrutar, no quedarme en el pueblo por el resto de mi vida.

Mi abuela guarda silencio ante mis palabras, y yo mismo decido tumbarme en la parte de atrás de la carreta y observar los cielos.

Últimamente, desde la frontera del norte, donde se sitúa nuestra aldea, se ven miles de Jinetes volviendo hacia la capital.

Sus magníficos dragones son diferentes, tanto en color como en tamaño. No hay dos dragones iguales, pero tampoco son tan distintos entre sí.

Ojalá pueda ver uno de cerca en la capital.

Capítulo 17

Olympus

Tras dos días de trayecto sin incidentes, la capital del reino se muestra ante nosotros en todo su esplendor. El palacio, blanco como la nieve por fuera y apoyado en una montaña que sirve de nido para los múltiples dragones de los Jinetes al servicio de Su Majestad, es impresionante, con sus almenas y sus torres adornadas con tejas en dorado y rojo.

Los banderines adornan las calles principales de la ciudadela en torno al palacio, llena de casas de diversos tamaños y permitiendo a los sirvientes y a los nobles vivir codo con codo.

Nadie diría qué casa pertenece a cual, pues un noble de brillante armadura ha entrado ante nuestros ojos en una de las casas más pequeñas que he visto, aunque mi abuela mantiene que debe tener muchos espacios subterráneos.

Muchísimos dragones revolotean sobre el palacio y sus alrededores, especialmente colocando guirnaldas de tamaños imposibles y adornos por todo el lugar.

La capital es asombrosa para un simple chico de pueblo.

Cada dragón que pasa por encima mío, aun llevando a cabo las preparaciones para la enorme celebración, es aún más hermoso que el anterior.

Ojalá ser un Jinete y poder experimentar el vuelo.

—Recuerda lo que te dije durante el viaje, Oly—mi abuela dice en voz alta, y luego baja la voz para que solo yo pueda escucharla—. Los dragones están completa y absolutamente prohibidos para ti. Los nobles también. Salvo que algún Jinete o algún ricachón venga a comprarnos, nada de eso es para nosotros.

—Sí, abuela—de nuevo, asiento dócilmente, sabiendo que no cumpliré mi palabra.

Mi abuela se queda tranquila, por el momento, mientras yo disfruto de las vistas a mi alrededor.

El bullicio, la gente por las calles y los pocos carros llegando al Gran Mercado organizado para la ocasión hacen que mi cuerpo vibre en anticipación.

Quiero verlo y vivirlo todo, o al menos hacerlo mientras mi abuela no está atenta.

Una vez llegamos al Gran Mercado, un hombre vestido con una túnica agarrando una pluma y unas cuantas hojas de papel se muestra ante la entrada, custodiada por dos caballeros de brillante armadura junto a él.

Sus canas dan lugar a pensar que tiene una edad avanzada, aunque no tanto como la de mi imponente abuela, que para a Greta ante él como si la mula no fuera tan vieja como ella.

Ese es mi momento para bajar de la parte trasera del carro y observar a los soldados, que aun estando propiamente entrenados apenas me llegan a la barbilla.

Sí, reconozco que mi altura es algo a envidiar.

—Consejero Hudson, para ayudar a todo comerciante que desee establecerse en el Mercado—el hombre hace una ligera reverencia, como si los importantes fuésemos nosotros, y comienza a revisar sus papeles—. Díganme su nombre y el objeto de venta, por favor, y les asignaré un puesto específico.

—Agradezco sus modales, pero no son necesarios—mi abuela, haciendo gala de su gran educación, habla con el hombre con una sonrisa y pone su mano en su cadera—. Norberta Granweath, del poblado de Heathmaw. Traigo grano y cereales para el consumo. Este es mi nieto, Olympus Granweath.

—De acuerdo, señora Norberta—el consejero Hudson la observa de arriba a abajo, y luego me mira a mí, encendiéndose una chispa en sus ojos al mirarme—. Si me permite decirlo, su nieto sería un gran Caballero.

—Con mis achaques y mi edad, necesito un chico fuerte y joven que me ayude con las sacas, Consejero—mi abuela muestra su dentadura, en una sonrisa forzada, mientras palmea mi espalda con fuerza—. Mas si por él fuera ya estaría montando a una de esas bestias aladas.

—Las pruebas para los próximos Caballeros comenzarán bajo la supervisión de la mismísima Princesa tras su cumpleaños, chico—el Consejero me observa, y un escalofrío recorre mi espina dorsal—. Plantéate quedarte en la capital, si te gusta todo esto.

Mi abuela me observa, con una mezcla de orgullo y pena en sus ojos, mientras que yo mismo observo directamente al Consejero de ojos grisáceos.

—Por el momento, el Mercado es nuestra prioridad—decreto, y mi abuela suspira antes de que el Consejero nos diga el número del puesto que se nos asigna.

Arrastro el carro hasta allí por mi mismo, y me doy cuenta de que es una de las zonas principales del Mercado. Asiento y descargo las sacas de cereal mientras mi abuela se encarga de Greta, y tras colocarlas debidamente, la yaya vuelve al puesto y coloca los colchones que había traído para cuidar de la mercancía en las noches.

Sé que yo seré el encargado de las noches, salvo el día del baile.

—Tenemos que ir a la costurera—dice mi abuela, una vez ha cerrado la tienda y nuestros cereales están a salvo de cualquier ladrón—. El baile tiene lugar en algo más de una semana. Hay que encargarte algo para ese cuerpecito endeble.

—Abuela, el sarcasmo—río mientras me arrastra fuera de la zona asegurada del mercado, donde comerciantes y mercaderes se sienten a salvo con los soldados alrededor—. Sabes que no tengo nada para el baile y quieres que lo disfrute.

—No vas a ponerte la ropa de cargar sacas, jovencito—cuando Norberta se pone seria, es lo más insistente que puede existir.

Sin embargo, pronto me lleva hacia una de las calles principales, de las que se dirigen al palacio, y frunzo el ceño. Solo cuando hemos pasado las murallas externas y estamos junto a los talleres reales puedo ver dónde se dirige mi abuela.

Capítulo 18

Olympus

No es cualquier costurera la que busca, sino la mismísima Costurera Real.

—¡Norberta! La mismísima e inigualable, ¡cuánto tiempo!—la mujer entrada en años, más joven que mi abuela, que parece estar al mando se acerca a mi Yaya, que con su habitual desdén hacia el mundo observa el taller—. ¿Quién es este chico tan guapo que te acompaña?

—Gracey, tu madre me debía unos cuantos favores—comienza, sin muchos saludos—. Sabes que vengo a cobrarme uno de ellos, ¿no?

—Dame el encargo, y yo tomo las riendas personalmente—la costurera entra en el taller, seguida de mi abuela, quien observa las telas con gusto—. ¿Es un vestido para ti? ¿Atenderás al baile de cumpleaños de Alana?

—Conque la princesa se llama Alana—mi abuela rumia, y yo pongo mis ojos en blanco—. No, hija, es para mi nieto. Necesita un buen atuendo para la ocasión, ya que han invitado a todo el mundo.

—Oh, conque es tu nieto, ¿no?—la costurera me observa, de forma concienzuda, calculando mis medidas en su mente—. Alana ha decidido que antes que los diplomáticos iba el pueblo, así que el baile será público.

—¿Por qué no la tratas como su Alteza? ¿No es el protocolo por aquí?—pregunta mi abuela con los ojos achinados, y frunzo el ceño. Sé que mi abuela no solo mueve cereal, sino que es una de las personas con más contactos del reino entero. Su red le proporciona información a cambio de favores, que luego ella cobra proporcionalmente—. Pensé que Su Majestad no permitiría a su hija por sorpresa recibir un tratamiento tan...

—¿Cercano?—la mujer frente a nosotros ríe, apartando un cabello rojizo de su frente al tiempo que comienza a tomar mis medidas—. Ha sido decisión de la princesa. Además, deberías saber algo que tal vez limpie muchos de los favores que mi madre te pidió para dar con Layla.

—Soy toda oídos, mi querida Grace—responde mi abuela, en tono confidente, y sé que está haciendo de las suyas.

—La Princesa Alana es mi sobrina, la hija de la mismísima Layla—la mujer frente a nosotros comienza a lloriquear, sus ojos abnegados en lágrimas, y busco un paño con el que limpiárselas en los bolsillos de mis pantalones—. ¿Recuerdas que Layla desapareció con veinticinco después de tener un romance con Su Majestad?

—Sí, y que Lady Herminia apareció poco después para reclamar la mano del Rey en matrimonio en virtud de su estatus nobiliario, para felicidad de los Reyes anteriores—resume mi abuela, con un tono suave pero inquisitivo.

—Mi hermana estaba embarazada de Su Majestad por aquellos tiempos, y el mismísimo Rey decidió ocultarla para salvaguardar su seguridad y la de su bebé—resume la costurera, al tiempo que prueba sobre mi cuerpo diferentes tejidos de texturas y amplitudes diferentes—. Así que sí, Alana forma parte de nuestro mundo. Es la heredera idónea para Wuvia.

—Conque las tonterías que me dijiste eran ciertas, Oly—mi abuela me observa con otros ojos, y yo me encojo de hombros mientras la costurera frunce el ceño—. La nueva Princesa es una hija extramatrimonial del Rey.

—Ah, y se me olvida la mejor parte—continúa Grace, emocionada por la historia—. Lady Herminia fingió su reciente embarazo para que el Rey no nombrase a Alana como su heredera y mantenerlo ocupado con sus mentiras, y durante meses ha estado fingiendo estar embarazada para que el Rey creyese que había en su vientre un heredero legítimo, todo ello mientras intentaba intrigar en contra del Rey y nombrar a su propio hijo, el joven Jon, como heredero al trono. ¡Y mientras tanto ella era yerma como la mugre, y el chico ni siquiera podía acercarse a un dragón sin que le temblaran las piernas! Por suerte, el Consejero Vector supo de su engaño por medio de su dragón y descubrió sus intrigas ante toda la Corte.

—Sabía que esa furcia no era de fiar—mi abuela suelta sus insultos como una fiera, sin reparos—. Imagino que habrá sido condenada por Alta Traición.

—Sí, y casi es la mano de la Princesa la que pone su cabeza en bandeja de plata—de nuevo, la mujer se ve emocionada—. En pleno comedor, mi sobrina se fusionó con su dragón, de escamas negras como el ópalo, y estuvo a punto de aplastar con las garras de la criatura la cabeza de Herminia.

—¡Los Poderes de los Originales!—mi abuela suspira, casi en un susurro, aunque mi oído capta la indirecta—. Y las escamas negras...

—Nadie sabe cómo se llama el dragón con el que está vinculada, salvo su propio padre y su tío. Ni siquiera los Jinetes de la Guardia Real saben cuál es.

—Vaya, una nueva laguna por resolver—mi abuela, con aires intrigantes, le resume a la costurera la cantidad de favores que ha resuelto con esa información—. He de darte las gracias, Grace, por contarme todo esto.

—Te ibas a enterar tarde o temprano, Norberta— comenta Grace, aparentemente satisfecha con un trozo de tela negro y grueso—. Le haré la mejor vestimenta del baile a tu nieto, siempre que prometas que no venderás la información de la relación de mi sobrina con los Originales a nadie—como condición, le da un trozo de la tela con la que aparentemente hará mi traje—. Trae este trozo de tela dentro de dos días, y te entregaré la ropa.

—Eso está hecho, Gracey—mi abuela toma el trozo de tela y lo guarda en su jubón, mientras de nuevo me arrastra fuera de los muros de palacio sin que pueda observar un solo dragón más de cerca—. Oly, camina.

—Entonces, ¿tenía razón?

—La Princesita ahora tiene más a su favor, mas vas a ser mis ojos y mis oídos en el baile— responde mi abuela, con su eterno tono inquisitivo entre los labios—. Más te vale acercarte a ella, de cualquier manera posible.

—¿Soy libre de atender al Torneo y visitar los nidos?—mi abuela asiente con un mohín, aunque no esté contenta, lo hace por el bien de su negocio clandestino de información—. ¡Gracias Yaya!

—No vayas a ser una distracción para los caballeros, quiero que seas discreto—dice mi abuela una vez llegamos al mercado, abriendo su puesto y tomando su lugar como mercante en el lugar asignado—. Si alguien te pregunta, estás allí por Norbi. Y nada de peros, solo escucha lo que te cuenten, sin preguntas.

—De acuerdo Yaya—respondo emocionado, y antes de que cambie de idea me encuentro fuera del mercado, dirigiéndome hacia la principal calle por donde antes me ha llevado al palacio.

Si algo he aprendido en mis años en el pueblo es el sentido de la orientación, ya sea en un bosque o en una ciudad llena de gente.

No llevo nada de valor, como bien me ha enseñado la Yaya, ni tampoco tengo nada que perder con mi daga favorita en mi brazo.

Aunque habitualmente no me resulta necesario sacarla, es una buena herramienta para todo.

Me planto en el patio delantero del palacio con celeridad, recordando el camino a la perfección, y la costurera me saluda con un sutil ademán con su cabeza. Sabe que estoy aquí por orden de mi abuela, pero no me preocupa.

Capítulo 19

Olympus

Vine a ver a los dragones.

Sin embargo, una figura llama mi atención entre el tumulto de personas que entran y salen del propio palacio, no porque verdaderamente llame la atención, sino por el instinto que mi abuela me ha inculcado de fijarme en los detalles.

Una joven con el cabello de fuego trenzado bajo la capucha de una capa raída y con las vestimentas de un simple recadero sale del palacio bajando su capucha, intentando que nadie la vea.

La curiosidad mató al gato, según mi abuela, mas no puedo evitar seguir de cerca a la figura que intentando hacerse pequeña huye del palacio en dirección al bosque tras el mismo, el coto de caza de Su Majestad.

La vida en Heathmaw me ha enseñado a ser discreto, y más aún el trabajo en la taberna. Oír, ver y callar, ordena siempre la Yaya. Así que simplemente camino de forma silenciosa tras la joven que intenta ocultarse y que pronto se funde en las calles de la ciudad.

Cuando llego al borde del bosque, he perdido a la joven de vista, sabiendo que se ha internado en el bosque. Intento poner en práctica mi experiencia en búsqueda de huellas, o al menos lo que un cazador borracho me contó al respecto en la taberna, pero no consigo encontrar una sola huella mientras los árboles se hacen más y más densos y me envuelven, ocultando el lugar por el que entré.

A pesar de mi buen intento de orientarme de nuevo, no logro salir de este bosque maldito en un buen rato.

La joven me ha engañado.

Siento ira, pero no puedo soltarla contra cualquier cosa, así que continúo mi camino trazando con la daga marcas en los árboles que ya he visto, siendo concienzudo en las marcas y sin dañar más que la corteza más externa de los árboles.

No puedo evitar sentir que solo estoy dando vueltas, más aún cuando los árboles que he marcado vuelven a envolverme de igual manera que si se movieran.

No sé por dónde voy, no puedo salir y no puedo girar, así que realmente continúo hacia delante, sin más pensamiento en mi mente que el de salir de aquí.

—Parece mentira que procedas de una aldea y no sepas orientarte en el bosque—tras lo que creo una eternidad, una voz femenina, dulce pero firme, resuena en mis oídos, haciendo que pare en seco en mi huida hacia delante. No sé cuánto tiempo he estado caminando—. Las marcas en los árboles son molestas, ¿sabes?

—¿Quién eres y por qué te ocultas?—grito, sabiendo que la persona oculta entre los árboles debe ser la misma persona a la que seguí desde el palacio.

—Soy el viento que te trajo hasta aquí—mi interlocutora utiliza el sarcasmo para reírse de mi situación, y la rabia me envuelve—. ¿Qué te hizo seguir a una persona encapuchada al centro del bosque?

—¿Qué clase de trabajador de palacio huye del palacio para venir al bosque?—respondo a su pregunta con otra, comenzando a liberar mi ira.

—El palacio puede ser una jaula de oro en ocasiones—resume la figura, que ahora veo claramente en la rama de un árbol, ocultando su rostro con la capucha raída—. Es tu turno de responder, chico.

—La curiosidad—respondo de forma sincera esta vez, con una voz honesta—. En el tumulto del patio interior del palacio, cualquiera podría pasar desapercibido simplemente caminando entre la gente, mas vos intentabais ser completamente invisible.

—He conseguido ser invisible en numerosas ocasiones antes de que cierto joven de pelo oscuro me siguiera al bosque—declara, con orgullo en su voz.

—Yo no soy cierto joven de pelo oscuro—resumo, ante sus acusaciones—. Tengo un don que me permite ver lo que no quiere ser visto.

—Entonces tu colaboración podría ser interesante—un movimiento apenas perceptible provoca un parpadeo y levanta algo de polvo del suelo del lugar, y veo a la figura de nuevo, esta vez sin la capucha—. Ali, un gusto.

—Olympus, encantado—respondo, sin más dilación. Observo los rasgos finos de la joven, que aparenta ser una serpiente por dentro y por fuera.

Sus ojos verdes llaman mi atención como una polilla que se siente atraída hacia la luz, y sus gruesas pestañas son del mismo color que su cabello, rojas como el fuego. Su rostro redondeado está perfectamente delineado, como si fuera esculpido por los dioses, y una naricilla respingona descansa sobre unos labios rosados gruesos que invitan a rozarlos.

Ali me observa con curiosidad, con un brillo extraño en su mirada, y su cuerpo cubierto con ropas de hombre raídas se filtra en las curvas más pronunciadas, mostrando también que mantiene un buen cuerpo.

Lo más llamativo de su atuendo, sin embargo, es el colgante dorado que pende de su cuello, delgado y largo, pero fuerte como un roble.

El colgante con la forma de un dragón brilla con un tono cobrizo, aparentemente sin valor, pero es muy similar en su forma a cierta reliquia que guardo con cariño y de cuya existencia ni siquiera mi abuela conoce.

—El colgante—señalo, de forma burda pero clara, y ella lo roza con los dedos, ocultándolo a mi vista—. ¿De dónde lo has sacado?

—Es una reliquia familiar—responde de forma vaga, sin más detalles, pero aún cubriéndolo ante mi—. ¿Cuál es tu pensamiento, joven Olympus?

—Es similar a mi brazal—respondo, mostrando el lugar donde escondo habitualmente mi daga favorita. Tanto el brazal como la daga estaban en la cesta donde me encontró mi Yaya, y no me he separado de ellos desde que tengo uso de razón, aunque con diez años casi me obligó a tirarlos—. Y a mi daga.

—Vaya, conqué eres uno de los nuestros—observa con atención la joven, tomando con rapidez la daga y observando su empuñadura, grabada con el mismo símbolo del dragón que cuelga de su cuello—. Y dos reliquias en lugar de una. Un chico con suerte.

—¿Sabes lo que significa?—observo sus ojos brillantes analizando mi daga, siendo que ella muestra mucho más conocimiento que yo. Sin embargo, pronto me tiende el filo, antes de lo que pueda imaginar, y ella suelta su colgante antes de sujetar mi muñeca con fuerza—. Oye, ¿qué...?

—Ven conmigo—ordena, sin que pueda rechazarlo por alguna fuerza extraña que me arrastra tras la chica, además de su propia fuerza tirando de mi brazo—. Necesitamos solucionar algo urgentemente.

Algo dentro de mí me urge a seguir su camino, y lo hago, descubriendo una zona donde los árboles no tienen marcas a nuestro paso.

La chica me arrastra prácticamente por el bosque, un largo camino adelante, y mantiene el silencio al mismo tiempo que arrastra mi muñeca con fuerza. Sigo su paso con facilidad, teniendo en cuenta que mi altura supera la suya por media cabeza, y simplemente observo nuestro alrededor con curiosidad.

No sé dónde vamos, pero de alguna manera confío en ella, aunque antes estuviera rabioso por haberme perdido.

La joven me arrastra hasta un claro del bosque, donde algunos tocones con varios años muestran signos de violencia. Un lago de tamaño considerable llena el lugar, y bajo el sol poniente es una escena completamente idílica la que forman los árboles de un verde vibrante, el lago reflejando el cielo anaranjado y la chica, con su cabello rojo trenzado y su mirada verde esmeralda centrada en el lago.

La joven me hace sentarme en uno de los tocones, uno de los más maltratados, y mientras tanto toca su colgante, que comienza a emitir un tono rojo vivo que pronto se convierte en un brillo

dorado que toma forma poco a poco.

La chica se ve en paz, con sus ojos cerrados y una sonrisa, mientras el brillo dorado se hace sólido y se convierte en un dragón gigantesco de color negro, casi completamente, salvo sus ojos de color verde esmeralda, idénticos a los de la chica. Ambos se miran a los ojos, con un cariño inmenso reflejándose en el cruce de miradas, y ella se lanza hacia su cuello, abrazándolo como si no se hubieran visto en décadas.

Mi cabeza está a punto de explotar.

—¿Cómo has...?

—Las reliquias como mi colgante, o tu brazal y tu daga, son reliquias de los Jinetes Originales— comienza la chica, con un brillo especial al ser rodeada por el dragón más hermoso e imponente que he visto en mi vida—. Pensé que sólo se conservaba mi colgante, pero ahora veo que no.

—Vaya, conqu reliquias de los Originales...—suspiro, observando con nuevos ojos mi daga. Por ello en mis dieciocho años de vida el óxido y la mella no han dañado su filo. Por ello, mi nombre continúa grabado en ella como un suave recuerdo de quién soy—. ¿Y por qué yo tengo una de ellas?

“Porque eres el último descendiente de una de las familias de Jinetes Originales que pueden quedar en el mundo”.

Una voz grave resuena en mi cabeza, y busco su procedencia, hasta que me fijo en el segundo par de ojos de color esmeralda fijos en mi figura.

“Sí, ha sido el lagarto gigante el que habla en tu cabeza. No busques otra explicación”.

—Eh... encantado, supongo. Soy Olympus.

“Lo sé”.

—Tu dragón es un poco impertinente—suelto sin pensar, mirando a la chica, y ella ríe. La voz grave en mi cabeza cesa, y la criatura comienza a echar humo por sus fosas nasales—. Lo eres, y lo sabes además. No te ofendas por ello.

—Lo es, sin duda—la bestia empuja con una de sus alas a la joven, que ni se inmuta—. Venga ya, sabes que eres un impertinente y algo molesto cuanto te lo propones. Y no, no me contestes así, no es un insulto. Sabes que me encantan tus frases míticas.

El dragón cesa su humareda, excesivamente larga para mi gusto, y la chica blanquea los ojos mientras ríe a carcajadas.

Su risa parece un río brotando de las montañas, como un flujo incesante de vida.

Oly, céntrate. Eres un Jinete. Tu sueño se está cumpliendo.

—. Y ahora hemos llegado a la parte difícil de tragar de saber que eres descendiente de Jinetes Originales—dice la joven, antes de que el dragón alce sus alas y tome vuelo aun sin su Jinete en la grupa—. Necesitas un vínculo. Los descendientes de los Originales sin un vínculo mueren a los treinta años.

—¿Cómo?—susurro, con apenas un hilo de voz. La chica ríe de nuevo, como si fuera un simple chiste, mientras se acerca a mí—. ¿Estás diciendo que me queda menos de la mitad de vida?

—Para tu suerte, me has encontrado—sonríe ella, y su sonrisa perfecta me deslumbra, de algún modo—. El imán que tienes hacia las personas invisibles es determinante en este caso, porque ahora mismo mi dragón está buscando a tu vínculo idóneo y trayéndolo aquí.

—Pero si se ha ido—respondo, aún confuso.

¿Cómo es posible que las mismas personas que pueden fusionarse con dragones mueran tan jóvenes?

Deberían tener unos genes excepcionales en todos los sentidos. No enfermar, no morir. Llegar a una edad extremadamente avanzada, no sé. Ser normales, al menos.

—Volverá en unos minutos—responde ella, con su sonrisa intocable plasmada en el rostro—. Eres la primera persona que encuentro que aún guarda reliquias de los Originales, ¿sabes?

—No sé cómo—suspiro, aún algo abrumado—. Nunca he visto un dragón de cerca. No conocí a mis padres. Mi abuela siempre me ha dicho que me encontró en su puerta con la daga y el brazal en mi cuna. Que lo ocultó porque era apenas un bebé, pero cuando empecé a crecer demasiado rápido no pudo evitar que jugara con ellos.

—Los descendientes directos de los Jinetes Originales suelen crecer más rápido de lo habitual—explica Ali, con su colgante en la mano—. Parece que hemos encontrado tu destino, Olympus, aunque no sé si te va a gustar lo que ves.

—¿Cuál es el problema ahora?—bufo, aún en un estado especial de estupor—. No puede ser peor que morir antes de los treinta años.

—Que tardará un ratito—resume la muchacha, y yo hundo mis manos en mi rostro—. Los dragones tienen una red inmensa de comunicación entre sí. Tanto los dragones salvajes como los dragones con Jinete se comunican a través de la telepatía, y por ello pueden hablar entre sí con mucha facilidad.

—Y, ¿cuánto podría tardar un dragón en recorrer la distancia que debe recorrer mi compañero?—pregunto, con curiosidad—. He visto a Jinetes montando un dragón en una milésima de segundo.

—Normalmente los dragones vinculados son más fuertes y más rápidos. Por lo que me cuenta mi buen amigo, el tuyo será un poco lento, más por la distancia que por su propia voluntad.

—¿Tu buen amigo?

—Mi compañero de vida, mi dragón, mi montura. Llámalo como quieras—responde ella, sonriendo—. Todo el mundo lo conoce, aunque todos le dan un nombre diferente.

—Vaya, tu dragón debe ser algo más—respondo, saliendo de mi decepción inicial y dejando paso al nerviosismo—. ¿Es posible que un chico de pueblo conozca su nombre?

—Sería raro que no lo hicieras—ríe ella, mientras la figura negra que se marchó antes vuelve echando humo a través de sus fosas nasales—. ¿Qué tal ha ido?

“Este chico ha tenido una suerte que ni él puede creerlo. Un dragón legendario quiere un compañero descendiente de Originales para ya”.

—Vaya, eso debe ser curioso—responde ella, aparentemente habiendo escuchado cada palabra que también se ha reproducido en mi mente—. Solo había escuchado sobre un dragón legendario por aquí.

—¿Hablas del Rey de los Cielos?—pregunto, intrigado, y una risita involuntaria escapa de sus labios—. Solo he escuchado historias sobre él y la fuerza de su fuego.

“Espero que hablen bien de mi”.

La voz grave en mi cabeza me hace observar a la mole oscura de ojos verdes, y la chica sonríe.

—Sí, ya, deja de ser tan egocéntrico, Braxi—Ali sonríe, acaricia su cuello y sonríe en su dirección—. Otra de las escasas personas que sabe nuestro secreto solo porque tú has decidido soltarlo.

“Solo tenía curiosidad”.

Mi cuerpo empieza a temblar ante la visión.

Un dragón negro tan cerca de mi, con los ojos de color verde, y el tamaño de una montaña por sí mismo, observa con atención mis movimientos, como si pudiera escapar de su fuego.

En realidad, tengo miedo. El dragón legendario del reino de Wuvia se encuentra ante mi, observándome, y con curiosidad intrínseca. Y su jinete es una joven que aparenta mi misma edad, si no me equivoco.

—Braxas puede dar un poco de respeto al principio, pero prometo que es un sol brillante cuando lo conoces bien—dice ella, en su mirada el cariño mientras acaricia el morro del ser gigantesco frente a mi—. Todos los que lo conocen quieren acariciarlo.

Yo personalmente prefiero abstenerme de hacerlo, mientras miro al cielo despejado del claro.

Me acabo de enterar de que un dragón legendario viene en camino sólo para vincularse conmigo,

así que estoy esperando ver algo, un indicio de su existencia o algo.

Estoy apenas soñando.

“Tranquilo, llegará en cualquier momento. Aunque no es un dragón común, con lo cual tendrás que borrar tus ideas sobre los dragones hasta ahora”.

—¿Cómo que no es un dragón al uso, Braxas?—la chica frunce el ceño, las líneas en su frente marcándose ligeramente con el gesto—. Tienes que explicarme eso.

“Es mejor que lo veáis por vosotros mismos. No es un dragón de Wuvia”.

La chica continúa frunciendo el ceño, y yo imito su gesto mirando a la Tormenta Oscura comportándose como un gatito bien amaestrado ante la joven frente a mí.

En verdad ella es una diosa, siendo capaz de domar algo así siendo tan joven.

“A mí no me ha domado nadie, chaval. Solo acepté estar con ella por el resto de nuestras vidas porque exuda poder por todas partes”.

—Braxas, no seas malo—ríe ella, con una sonrisa, mientras acaricia su morro y el dragón continúa comportándose como un cachorro—. Braxas se vinculó a mí cuando yo tenía poco más de dos años. No puedes decirle qué hacer o cómo pensar, sólo lo hace y ya.

—Vaya, no pensé que se pudiera establecer un vínculo tan joven.

—Se puede, si el dragón es Braxas y la Jinete tiene sangre de los Originales—ella casi muere a carcajadas, y yo le devuelvo media sonrisa, aún pensando en las múltiples posibilidades de dragón que puede aparecer en el cielo—. Braxas, en serio, ¿por qué dices...?

Pronto, un vendaval completo da un espectáculo, de forma que un dragón del mismo tamaño que Braxas aparece en medio del claro, con sus alas extendidas.

Sus escamas son lo primero en que me fijo, diamantes casi transparentes pero duros como la mismísima piedra preciosa. Sus ojos, del color del hielo, son idénticos a los míos, y su forma no se parece en absoluto a la de Braxas. Es muchísimo más elegante, sin esos molestos picos en la espalda, sino que parece que lleva cabello en lugar de escamas tan duras como rocas.

Su capa de pelo en la tripa parece el pelaje de un oso, pero en el mismo tono polar que el resto de su efigie, y sus garras blancas como la nieve se clavan en la tierra provocando algo de escarcha a su alrededor.

No puedo evitar admirar al dragón que se posa en el claro, con una hermosa barba que lo hace parecer sabio, y sus alas casi transparentes reflejando todos los colores del arcoíris al permitir el paso de la luz a través de ellas.

Me siento atraído hacia la bella criatura como una polilla hacia la luz. Es más hermoso de lo que

jamás pensé que podría ser un dragón, y mucho más grande de lo que he visto por los cielos.

Ya me he levantado y camino hacia la hermosa bestia en apenas un par de pasos, y sus ojos glaciales se posan sobre mi en un simple suspiro. Me quedo congelado ante su mirada, mas veo calidez en el fondo de esos ojos gigantescos de color azul helado.

“Hola, amiguito”, dice de forma dulce una voz femenina en mi cabeza, y frunzo el ceño.

—¿Tú eres una dragona?

—Nunca había visto ninguno así—susurra la Jinete del Terror Nocturno, con admiración en su tono—. Es cierto que no es uno de los dragones de Wuvia.

“Ali, Olympus, os presento a mi antigua amiga Suhn’ra”, establece la voz de Braxas en nuestras mentes, y pronto noto su cuerpo desaparecer y fundirse con el colgante de la muchacha en un brillo apenas considerable.

“Oh, Braxas, después de tanto tiempo sin vernos y lo primero que haces es ocultarte de mí”, la voz de la dragona en nuestras mentes se torna seductora, en cierto modo, y la joven suelta una hermosa risa que no puedo evitar compartir. “Conque tú eres el Descendiente perdido, chico”.

Asiento tímidamente, planteándome su forma de existencia. Tan grande, tan hermosa, y tan sola.

—Me llamo Olympus, aunque todo el mundo me llama Oly—me presento, con suavidad, y casi haciendo una reverencia a la diosa frente a mi.

“Olympus, llevaba buscándote años”.

—¿A mí? ¿En concreto?

“Los dragones del norte no nos vinculamos más que con Descendientes, pero yo no quise vincularme con un Descendiente inútil, sino que buscaba al dueño de esa daga”.

Sus ojos cristalinos se clavan en el brazal que mantengo entre mis manos, haciendo que mire la antigua daga aparentemente vinculada con ella.

Creo que puede llegar a notar mis dudas, porque incluso la muchacha suspira antes de que exista una explicación razonable para todo esto.

“Los dragones legendarios, como Braxas o yo, nos acostumbramos hace siglos a la soledad, pero sabemos que la mayor forma de proteger nuestra existencia es vincularnos a un Heredero de Reliquia, en la que poder ocultarnos y mantener a nuestro Jinete a salvo”.

“A mí no me metas, dragona insolente”, suena la voz de Braxas en mi mente, y mi confusión aumenta. “Nacimos al mismo tiempo, pero en diferentes continentes, y nuestros Jinetes se han conocido antes de lo esperado. Enhorabuena, Suhn, has ganado. Ahora desaparece de mi vista”.

“No entiendo tu enfado, Braxi, si yo no hice nada”, de nuevo, la voz melosa de Suhn’ra aparece en mi cabeza, como si yo mismo estuviera escuchándola con mis oídos.

“Casi congelas un pueblo entero solo por curiosidad, Suhn. No hiciste nada bueno”.

“Fue un error de novata, Braxas. Nunca me perdonarás aquello”.

“¡Fui yo quien tuvo que sacar a los pocos Originales que quedaban allí y quien tuvo que controlar su fuego para no abrasar lo que había debajo de tu hielo!”, exclama Braxas, casi en un rugido que palpita en mi cabeza.

—Ya basta, vosotros dos—la voz de la chica saca a los dragones de su discusión, absurda y al mismo tiempo cómica, y noto la incesante autoridad que emana de ella—. Estamos aquí por un motivo, y debo regresar a palacio antes de que se den cuenta de que huí.

“Tú y yo nos vamos, Ali. Deja a estos dos con sus cosas”.

Pronto, la chica se ha ido, y solo quedo yo en el claro, con la dragona de cristal frente a mi. Ella baja su morro, y toca con él la daga que está en mis manos, provocando en mi pecho un frío intenso que causa incluso calor. Comienzo a tiritar, pero el frío es momentáneo, viéndose reemplazado por una sensación de plenitud cálida y agradable. Miro a la dragona, y ella ha aumentado algo más su tamaño, con sus escamas brillando aún más y envueltas en ese halo de luz que ha sacado a Braxas de su escondite.

—Conque Suhn’ra, ¿no?—comienzo, al sentirla dentro de mi, parcialmente oculta pero completamente expuesta—. Creo que vamos a ser buenos amigos.

“Encantada, Oly. En el norte recibo muchos nombres, pero tú puedes sólo llamarme Suhn”.

—Braxas me dijo que eras una leyenda, como él—murmuro, y escucho su risa femenina en mi cabeza—. No conozco las leyendas del norte.

“Me llaman por muchos nombres allí, pero hay alguno más destacable que otros”, comienza, como quien cuenta una historia a un niño. “Suhn’ra es el nombre que quise tener, más el adjetivo con el que mejor se me conoce allá en mi tierra natal es otro”.

Y en mi cabeza queda grabado un nombre, en un idioma desconocido, pero cuyo significado de alguna manera entiendo a la perfección.

Granizo, ventisca.

La Reina de las Nieves.

Capítulo 20

Alana

Conque la Reina de las Nieves en presencia ha decidido entrar en una reliquia y vincularse, ¿no?

“Esa dragona impertinente está loca. Tienen costumbres muy raras”.

Sí que tenías razón diciendo que era diferente, pero mucho. Es casi tan grande como tú.

“Dependiendo del clima, algunos huevos salieron diferentes a otros. Yo eclosioné en un volcán, así que escupo fuego y soy del color del hollín o del carbón. Ella eclosionó en un iceberg, así que...”.

Es puro hielo. Entiendo, Braxas, aunque he de decir que sus zarpas son más bonitas que las tuyas.

“Ese muñeco de nieve ha vivido toda su vida en su nido, en ese iceberg impoluto y completamente hostil para los humanos. Solo salía cuando era más joven para hacer trastadas que luego yo tenía que limpiar”.

Habrà una razón por la que haya decidido cambiar su nido por una daga.

“Su ego”.

Dijo el dragón más humilde del universo.

“Al menos yo no niego ser un ególatra”.

Lo haces, Braxas, y con frecuencia.

Su silencio me muestra su molestia mientras camino por el palacio, sus pasillos brillantes con muchas ventanas rodeados de dragones.

Llevo uno de los vestidos cómodos que me señaló mi tía en esta ocasión, un vestido de escote pronunciado pero de color negro esta vez, con adornos en tonos verdes y dorados, perfecto para la ejecución que dará comienzo a mis festejos de cumpleaños.

No he vuelto a ver al chico de la dragona de cristal, y ha pasado algo menos de una semana desde que me persiguiera hasta el bosque.

No creo que siga por aquí. Posiblemente haya ido con su dragona hasta el nido de ella, donde están tranquilos sin tanto ruido ni bullicio.

“Esa metomentodo sigue en mi ciudad. Siento su presencia”.

Pues el chico seguirá por aquí, pero preferiría no cruzármelo.

Continúo caminando en mi camino hacia las mazmorras, donde Herminia ha estado encerrada todo este tiempo.

Desde su arrebato en el comedor, la mujer ha estado encerrada en una celda oscura y fría, con su atuendo roto de aquel día y el miedo pintado en sus ojos.

Sabe lo que le espera, pero no quiere aceptarlo.

Es el primer día que paso por delante de las barras metálicas que separan su prisión de la libertad, donde me esperan mi padre, observándola con un odio especial, y mi tío, que sujeta a su hijo con ojos fríos y sin sentimientos.

Yo llego con la misma expresión fría que ellos, pero la mujer reacciona únicamente ante mi presencia, cuando me planto frente a ella.

—¡Monstruo! ¡Eres un monstruo!—Herminia, con su cabello rubio antes impoluto y ahora lleno de polvo y enredado, me observa con los ojos que comparte con su hijo mientras en ellos se refleja un odio visceral—. ¡Mi hijo debería reinar!

—Está como una cabra—suspiro suavemente, hacia mi padre y mi tío, y mi tío muestra en sus fríos ojos algo de diversión—. Ya ha perdido la cabeza del todo.

—Pronto la perderá literalmente—añade Vector, observando su imagen a través de las barras—. Jon, te dejaremos elegir la muerte de tu madre. ¿Prefieres que la decapiten o que la queme el dragón de Su Majestad? Aeldri tiene ganas de soltarse, la verdad.

—¡No mate a mi madre, se lo ruego!—el chico, claramente desequilibrado por su cambio de posición en la corte, cae sobre sus rodillas y se intenta arrastrar en dirección a mi padre, que apenas lo aparta con una patada—. ¡Sus intenciones no eran traicionarlo!

—No ha traicionado al Rey, chico—mi tío Vector observa a Jon arrastrarse cual rata, y yo hago lo mismo sin sentimientos hacia él ni empatía—. Ha traicionado al linaje real. Ha manipulado a Su Majestad, lo ha alejado de su única hija y ha intentado modificar la línea de sucesión a favor de su familia. Eso es por lo que se le juzga, no por traicionar al Rey.

—Entonces, Alana, por nuestra hermandad hasta ahora—el chico se arrastra hacia mi, con su cabello castaño y sus ojos azules observándome con insistencia—. No ordenes la muerte de mi madre. Permite que viva, y me la llevaré lejos de Wuvia, la sacaré del reino e incluso viviremos una vida de mendicidad. Pero por favor, es mi madre.

—Tú no eres mejor que ella, Jon—respondo suavemente, de nuevo apenas susurrando su nombre maldito—. Has manifestado en múltiples ocasiones tu desdén hacia mi persona, y presumiste sobre cómo lograrías ocupar el trono por encima del Linaje Real. No te juzgamos a ti, pero no

me des razones para hacerlo también.

El chico calla, observando mis ojos verdes con miedo en lugar de respeto esta vez, y observa a mi padre, cuya mirada del mismo color que la mía no se retira de la mujer gritando la palabra “Monstruo” de forma enloquecida y con los ojos fijos en mi.

—El chico será despojado de su apellido y de todos sus títulos, y tendrá que encontrar un oficio diferente al de caballero, pero lejos de la capital—la voz de mi padre resuena con fuerza en las mazmorras, por encima de los gritos de Herminia, que se apagan poco a poco.

—¿Cómo?—balbucea Jon, en su intento de mantenerse entero—. Yo no...

—En virtud de mi potestad como heredera del Trono, te declaro en exilio y ordeno a los Jinetes de la Guardia Real acompañarte hasta las lindes del reino, donde no podrás acceder sin romper las leyes y ser condenado por Alta Traición—declaro de forma firme, con mi barbilla levantada y los ojos fijos en su figura apenas similar a la que recuerdo se metía conmigo a diario—. Así decreto como Princesa Real, en mi propio nombre, como Alana de Wuvia, hija de Su Majestad y Jinete de Dragones.

—Da gracias que no te ha sentenciado a muerte como tu madre—añade mi tío sin ningún remordimiento, y arrastra al chico hacia la puerta, donde los Guardias Reales esperan que sus dragones le pongan las garras encima.

Suspiro cuando escucho el portazo que indica que de nuevo los Guardias se han llevado al bastardo, y mi mirada recae de nuevo sobre la locura personificada, que parece que ha calmado sus ánimos de gritar y ha vuelto a bajar la cabeza.

—Ha enloquecido por el poder—declara mi padre, con solemnidad, y aparta su mirada de ella para dirigirla a mí—. He estado casado con esa manipuladora durante años, y sólo tú has hecho que me dé cuenta de sus telarañas y enredos. Gracias, hija mía.

—No fui yo, padre, quien le clavó aquel cuchillo en el vientre para demostrar que no estaba embarazada—respondo con suavidad, señalando a Vector, que hace una ligera reverencia y media sonrisa adorna sus labios—. El tío Vector es muy competente.

—Solo cumplía mi deber, sobrina—declara mi tío, irguiendo su cuerpo de nuevo y clavando sus ojos en mí, similares a los míos pero con un brillo de picardía—. ¿Damos comienzo a tus celebraciones de cumpleaños?

—Si esto se puede considerar una celebración, que así sea—declaro, con la misma solemnidad que mi padre antes, y escucho una voz grave riéndose en mi mente.

“Estás muy graciosa cuando te pones seria”.

Braxas, ¿no estabas ofendido hace un rato?

“No puedo enfadarme contigo durante tanto tiempo”.

Oh, mi pequeño dragón sigue siendo fiel a su Jinete.

“No me hagas callar de nuevo. Estamos vinculados de por vida, pero bien podría escaparme y buscar un nuevo nido lejos de todo este caos”.

¿En el iceberg de Suhn’ra?

“No me recuerdes a esa fiera”.

Ya entiendo por qué dicen que el fuego y el hielo arden juntos...

Mi dragón vuelve a callar ante mi respuesta, y una pequeña risita escapa de mis labios, casi imperceptible si no fuera por el imponente silencio que se cierne sobre las mazmorras.

Mi padre muestra en su rostro media sonrisa, mientras que mi tío sonríe completamente, convirtiendo un momento oscuro en algo diferente.

El comienzo de una familia, o algo similar.

Sin embargo, de nuevo Herminia comienza a hablar, esta vez en un tono suave pero fiero.

—Te ríes de mi desgracia, pequeña bastarda...—comienza, como si el fuego estuviera ardiendo en mi interior—. Tú me llevaste a esto. Eres un monstruo disfrazado de princesa, pero el mundo se dará cuenta de su error cuando vean tu verdadero yo.

—Mi verdadero yo está unido a una criatura legendaria, Herminia—no puedo evitarlo, ya que aparte de nosotros y la furcia a punto de morir no hay nadie en las mazmorras—. Si el Rey de los Cielos me escogió como su Jinete y me permitió fundirme con él, tal vez mi verdadero yo sea mucho más hermoso de lo que crees.

—El Rey de los Cielos...—susurra, abriendo mucho sus ojos de loca bajo el cabello rubio enredado—. La Tormenta Oscura....

—Ese es mi dragón, Herminia. Ahora podrás morir en paz—murmuro, apenas un susurro, y siento el calor de Braxas en mi interior. Me da fuerza, me alivia y me otorga valor para continuar—. El Jinete misterioso de Braxas se ha mostrado ante ti durante años y no lo has sabido reconocer.

La mujer mantiene el silencio durante unos instantes, mas luego alza la cabeza, en sus ojos llenos de locura un nuevo rencor.

—En la celda que me llevará a mi muerte, maldigo con todo mi corazón a los Jinetes, a los Dragones y, especialmente, a Braxas, el Rey de los Cielos, la Tormenta Oscura, esperando su final tan pronto como llegará el mio—pronuncia esas palabras, y calla de nuevo, asumiendo por fin su derrota.

Sin embargo, un calor nuevo se alza en mi pecho, sabiendo que Braxas es capaz de terminar esta

conversación. De nuevo, sus escamas salen por mi cuerpo, sus ojos verdes brillan con los míos en una muestra de poder y sus garras se muestran en mis manos, como hemos estado practicando desde aquel día en el comedor.

Hemos conseguido crear un híbrido casi completo, aunque aún tengo que ceder el control a Braxas por completo para que ocurra.

Tendré que cambiarme el vestido después de esto.

“Tu intento de maldición no surtirá efecto, bruja de pacotilla”, dice la voz grave de Braxas en mi garganta. “Los Jinetes Originales son humanos con sangre de dragón en sus venas, y tanto los dragones con los que se vinculan como ellos están libres de cualquier maldición que pueda tener lugar”.

De nuevo, Braxas me cede el control de mi propio cuerpo, y observo las rasgaduras en el vestido, mostrando mi vientre plano por el ejercicio, en contra de mi voluntad. Suspiro, pensando en que tendré que cambiarme de nuevo, aunque al menos mi tía Grace ha hecho dos versiones de cada una de mis prendas para asegurarse de que Braxas no haría añicos cada una de ellas.

Vio el espectáculo del comedor. Obviamente ha sido previsor.

—¡Guardias! ¡Buscad un vestido negro para mi hija!—grita mi padre a través de la puerta, y la Guardia Real abandona su posición fuera de las mazmorras de forma sonora. Después, mi padre se enfrenta de nuevo a la celda, donde la mujer con ojos castaños y cabello rubio que hasta hace un tiempo fue su esposa descansa con cadenas haciendo que sus brazos cuelguen—. Tus conjuros ya no funcionan, Herminia. Mantén tu boca cerrada y permite al Linaje Real mantener una vida tranquila.

Ante las palabras de mi padre, la antigua Reina, siempre impoluta y perfecta, guarda silencio, sabiendo que sus manipulaciones y sus intentos de asustarnos no tienen ningún valor. Por fin, tira la toalla, al tiempo que una mano enfundada en un guantelete de hierro forjado trae el mismo vestido negro que llevo puesto sin ningún rasguño.

Entro en una de las mazmorras vacías para cambiarme sin que los ojos de mi padre y de mi tío vean mi cuerpo desnudo, y pronto salgo de nuevo totalmente lista para la ocasión.

Mi padre me observa, con orgullo en sus ojos y nostalgia en su mirada, sé que rememorando los momentos perdidos durante todos estos años, y ordena a los Guardias Reales entrar y sacar a Herminia de su celda.

Capítulo 21

Alana

El sol poniente nos da la bienvenida al salir de las mazmorras.

Es el momento.

No seré yo quien porte el hacha que separe su cabeza de su cuerpo, ni ninguna persona se encargará de ello. La misma Aeldri se ha ofrecido a quemarla en una pira, como a una bruja, y así es como se le tratará en la ejecución.

La Reina Herminia arderá de igual manera que todos sus planes para arrebatarme mi posición y a mi padre.

Aunque la mujer intenta resistirse, los Guardias Reales la arrastran sin condición hacia la pira, donde el Consejo al completo monta guardia como verdaderos Jinetes. Todos estuvieron de acuerdo en que la ejecución pública de la antigua Reina fuera el comienzo de los festejos de mi cumpleaños, salvo yo misma, porque una muerte escasamente coincide con el comienzo de la celebración.

Sin embargo, al ver al pueblo a mis pies, noto numerosas miradas de odio en el patio principal del palacio. Donde antes estaban los puestos de los talleres, se han retirado con cautela para dejar paso a la gente, que se agolpa frente al estrado donde las ramas de la pira descansan con un extraño brillo.

Sé que Aeldri está cerca, por su conexión con mi padre, y que todo el mundo me observa atentamente.

Es la primera vez que me presento ante el público como Heredera, o, bueno, la primera vez que me presento ante el pueblo.

Mi cabello trenzado en dos largas trenzas de raíz que llegan casi hasta mi ombligo, el aire solemne que acompaña a la comitiva que me acompaña y la pira frente a nosotros hace que el silencio tome la plaza, como si incluso el pueblo hubiera dejado de respirar.

Los Guardias Reales atan a Herminia al palo central de la pira, donde aún no hay fuego ni lo habrá hasta que mi padre, Su Majestad, termine de leer los cargos que provocan todo esto.

Su vestido, rasgado en la zona del vientre y lleno de polvo, expone aún más su piel anteriormente perfecta, que ahora tiene una costra sanguinolenta justo encima de su ombligo.

La marca que la delató como impostora.

Mi padre carraspea suavemente, a punto de incriminar a su propia esposa en múltiples cargos contra la Corona y el Linaje Real, mientras ella está presente.

—Pueblo de Wuvia—comienza, de forma suave pero firme en su voz—. Sois testigos de las acciones y fechorías que Lady Herminia ha cometido en contra del pueblo, ya sea apropiarse de sus tierras valiéndose de su condición como reina o maltratar a sus sirvientas creyendo ser superior a cualquier ser humano.

>> Sin embargo, su mayor crimen hasta la fecha fue, durante seis meses completos, fingir un embarazo falso para manipular y embrujar a los Consejeros y convencerme a mi, Vuesa Majestad, y uno más de vosotros, de que mi legítima hija, sangre de mi sangre, no era merecedora del Trono. Esto da lugar a sospechar que la mujer frente a ustedes, conocida también por sus múltiples abortos en la corte, hubo de fingir cada uno de sus embarazos con la intención de retrasar el inevitable nombramiento de mi única hija como Heredera del Reino.

>> Y en este momento solemne, además de presentar sus cargos ante vuestras mercedes y ante el pueblo de Wuvia, también pretendo presentar a mi hija, Alana, como Princesa de Wuvia y Heredera del Reino, de forma oficial y lejos de las intrigas de palacio, siendo ella descendiente de Jinetes Originales y estando ya vinculada a un poderoso dragón.

Sé que esa es mi señal. Doy un paso adelante, y como heredera, tomo la mano de mi padre, que me observa con cariño y orgullo en sus ojos.

—Entiendo que mi presentación ante todo Wuvia es confusa, especialmente en estas circunstancias—comienzo mi propio discurso, sin dejar de pensar en el entrenamiento modélico que recibí de niña—. Mi madrastra hasta hace un tiempo, aquí presente, estuvo abusando de su autoridad para mantener mi presencia lejos de los ojos del pueblo, a quien pertenezco por derecho propio, pues mi madre, Layla, era hija de una costurera y una de las criadas del palacio.

Un nuevo suspiro sale de los labios de los presentes, y yo continúo, aunque sé que mi padre posiblemente no se espere esto.

—. No soy una persona nacida en una cuna de oro, ni entre algodones, ni criada por un montón de niñeras a mi cargo. Soy una ciudadana más del pueblo de Wuvia—declaro, con fuerza y decisión, sabiendo que mis palabras causarán un fuerte impacto en los ciudadanos que se encuentran frente a la palestra—. Nací en medio del bosque, me crié hasta los cinco años allí, y mis recuerdos del mismo son vívidos y dulces. No quiero que mi propia gente me trate de forma diferente por la persona de mi padre, o por mis ancestros más allá de él. No es mi deseo ser diferente, ni cruel, ni quiero que el pueblo se sienta lejano a mi solo por mi morada.

»Por ello, y pese a la insistencia de mi padre, el día de mi cumpleaños el baile estará abierto a cualquier persona que desee asistir, sin importar su condición o título. Si me lo permitís, ustedes, como ciudadanos de Wuvia a los cuales sirvo y obedezco, cualquier ciudadano tendrá comida en su plato al final del día. Mi intención es hacer la vida de los pobladores de mi reino lo más sencilla posible, y no más difícil de lo que Lady Herminia pudo hacerla.

»Por la presente, declaro en mi nombre, como Heredera al Trono de Wuvia y Jinete descendiente de los Originales, que las leyes dictadas por mi antigua madrastra en su posición de poder sean abolidas, por completo—un suspiro sale de mis propios labios antes de que el pueblo aplauda a rabiar, sin saber exactamente lo que estoy ordenando pero sabiendo que no es malo para ellos—. También declaro que las puertas de Palacio estarán abiertas mientras yo viva a quien lo necesite, y a quien pueda necesitar consejo o ayuda en cualquiera de sus tareas, e intentaré asistirles lo más pronto que mis propias tareas me lo permitan.

»No soy superior a nadie, ni en pos de mi sangre ni de mi posición. Solo soy una pobre chica, pronto mayor de edad, que pone todo a su disposición a favor del pueblo al que sirve y obedece, que es el pueblo de Wuvia, y cuya felicidad perseguiré hasta el fin de mis días.

Con esto, termino de hablar, aún sintiéndome cálida por dentro, sabiendo que Braxas ha estado ahí para mí todo el tiempo mientras hablaba, y hago una reverencia hacia el pueblo, poniéndome de rodillas y bajando mi cabeza como muestra de respeto, comprensión y apoyo.

No soy yo a quien ellos deben obedecer. El pueblo es quien debe reinar, y el Rey o Reina decidir en su favor en todo caso.

Herminia no comprendía todo esto, y por ello en su ejecución pública he decidido dejar clara mi posición, para evitar que el pueblo tome una idea de mi descabellada e injusta.

Al levantarme de mi posición, los vítores y aplausos estallan, y de nuevo hago una reverencia completa a las personas frente a mí, que representan el pueblo al que algún día gobernaré.

Mi padre coloca su mano en mi hombro, en señal de apoyo, y al volver unos pasos detrás de él puedo sentir el orgullo emanando por sus poros, junto con algún sollozo ahogado que intenta mantener en su interior para no mostrar debilidad.

“No creo que sea malo que muestre debilidad ante su pueblo. Solo es un ser humano, después de todo”.

Comparto la misma opinión, Braxas, pero no seré yo quien se lo diga.

Cuando por fin retorno a mi posición, unos pasos tras mi padre, siempre a su derecha, él continúa su lectura de cargos contra Herminia, siempre destacando el maltrato y la manipulación que mostró en contra del Linaje Real y del pueblo de Wuvia mientras estuvo en el trono.

Al fin, tras terminar su alegato, actúa a su vez como Juez, habiéndose acordado esto previamente en el Consejo, y yo bajo mi cabeza, ocultando así que ya sabía todo ello y fingiendo dolor por su ejecución.

—Con todo lo acontecido, y los actos cometidos por Lady Herminia, con la potestad que me ha otorgado el pueblo como Rey y el apoyo total y unánime del Consejo Real, emito mi veredicto—continúan las formalidades, y mi tío y yo, que hasta ahora acompañábamos a mi padre en la palestra, bajamos para unirnos al resto de Consejeros que rodean el escenario, hecho con una

placa de metal ignífugo que a lo mucho se calentará un poco con el fuego de Aeldri—. Lady Herminia, arrebatada de su apellido y de su linaje anterior, ha sido condenada como culpable de Alta Traición por sus mentiras y sus conspiraciones en contra del Linaje Real y de los mismísimos dragones, reyes verdaderos del cielo y del mundo entero, ante lo cual será ejecutada por el más honorable verdugo que pueda existir: un dragón.

El pueblo de nuevo guarda silencio, observando como Aeldri, sin volar en ningún segundo, reptar por los muros de palacio y se planta junto a mi padre, que acaricia su largo cuello dorado y baja de la palestra.

La dragona del Rey, la mismísima madre de dragones, toma aire profundamente, y en las mentes de todos los Jinetes del reino resuena su voz femenina, suave pero firme, como una verdadera reina.

“Nadie volverá a atacar a los dragones, al Linaje Real de Wuvia ni a Alana en mi presencia”.

Y tras ello, el fuego comienza a brotar de sus pulmones, encendiendo la pira en apenas un segundo y envolviendo a Herminia en llamas.

Sus gritos silencian la plaza al completo, y observo que en el silencio algunas verduras podridas, tomates o huevos, vuelan en su dirección, manchando la placa metálica del escenario o avivando el fuego.

Me sorprende la puntería de los ciudadanos en este lugar.

Cuando el fuego de Aeldri cesa, la dragona alza el vuelo de vuelta a su nido, junto al nido asignado a Braxas, y cede su protagonismo al fuego que continúa ardiendo, aunque esta vez en completo silencio, pues el alma de Herminia ha abandonado su cuerpo hace ya unos minutos.

Cuando por fin el fuego se extingue, ni siquiera quedan cenizas que barrer de la antigua Reina de Wuvia, y observo la compostura de mi padre, viendo a su esposa ser devorada por las llamas sin ninguna reacción. Alargo mi mano hacia la suya, y él la sujeta con fuerza, como si en algún momento hubiera perdido esa mano y no quisiera volver a soltarla nunca más.

—Este es el comienzo de una nueva era—su voz reverbera en el patio principal, y la gente mantiene ese silencio sepulcral que provocó Aeldri con su fuego—. Que den comienzo las festividades por el nombramiento y el cumpleaños número dieciocho de la Princesa Alana de Wuvia.

Con esas palabras, en el pueblo se desata la locura, entre vítores y aplausos, y en mi camino de vuelta al interior del palacio puedo ver a algunos ciudadanos intentando alcanzar mi brazo o mi mano.

La comitiva que me rodea, compuesta por la Guardia personal de mi padre y los propios Consejeros, me mantiene alejada de ellos, pero consigo escabullirme entre el Consejero Hudson y algún Jinete de la guardia que no consigue atraparme para hundirme entre las masas.

No busco con ello poner mi vida en peligro, sino cumplir mis promesas.

Sonrío a los ciudadanos que alcanzo a tocar o saludar, siendo Braxas quien va revelándome sus nombres, para poder atender uno a uno a aquellos ciudadanos que han decidido acercarse a su nueva Princesa.

No puedo evitar sentirme abrumada en un momento dado, y el Guardia del cual me escabullí antes agarra mi brazo al tiempo que saludo a la multitud con mi mano en alto, moviéndola de lado a lado, como un niño que saluda a sus amigos mientras se marcha con su madre.

La multitud continúa sus vítores y sus aplausos, y sé que hice lo correcto, de alguna manera, cuando escucho mi nombre entre esos gritos de ánimo.

Sin embargo, hoy necesito descansar.

Justo antes de que las puertas del palacio se cierren tras la comitiva, me da tiempo a girarme una vez más, y me encuentro sin desearlo unos ojos tan azules como el hielo en un chico algo mayor que yo, pero mucho más alto de lo habitual.

“Te dije que esos dos seguían aquí”.

Capítulo 22

Olympus

Al ver las puertas de palacio cerrarse tras el cuerpo escultural de Alana envuelto en un especial brillo, la voz de Suhn llena de nuevo mis tímpanos.

“Ese Braxas es un verdadero genio. Su Jinete es una Princesa”.

Coincido contigo, Suhn.

Y sí, he aprendido a comunicarme con Suhn sin hablar en voz alta.

“Leo cada uno de tus pensamientos, Oly. Sé cómo te hace sentir esa chica”.

Sorpresa. Solo eso.

“Soy la Reina de las Nieves, pero no soy tonta, Oly”.

Ya, bueno, puede resultarme intrigante por qué ocultó que era la Princesa del Reino la última vez que nos vimos, y por qué ante el pueblo no revela que su dragón es Braxas.

“Ese cascarrabias odia la atención, y supongo que ella estará en la misma posición. En su discurso revelaba bastante acertadamente que no quiere mucha atención como Heredera”.

Igual que a ti te gusta ser la Reina allá donde vayas, ¿no?

“No soy tan egocéntrica como ese viejo trozo de carbón”.

Tenéis el mismo origen, la misma edad.

“Pero yo soy mucho más hermosa”.

Eso es para gustos.

El silencio de Suhn me dice que está enfadada, y sonrío levemente sin poder evitarlo.

Aunque el comienzo de las festividades con una ejecución pública no me parece exactamente adecuado, mi abuela Norberta arrastra mi brazo de camino al propio escenario donde quemaron a la antigua Reina, y observa las cenizas de cerca, untando sus dedos con ellas mientras dibuja en el metal aún caliente unos símbolos que no soy capaz de reconocer.

—Así las maldiciones que pudiera haber soltado esa bruja no afectarán a nadie—susurra mi abuela, pasando su mano por encima de las cenizas y haciendo que estas se desvanezcan junto

con los símbolos dibujados en el metal—. Era solo una protección al Reino. Esa chica merece un escudo propio.

—¿Hablas de la Princesa, abuela?

—¿De quién iba a hablar si no, niño tonto?—uno de sus famosos capones alcanza mi nuca, provocando apenas un cosquilleo—. Esa chica es un milagro para el reino. Una Reina, digna del trono de este lugar, y del continente entero.

—Jamás te había escuchado decir tantas cosas buenas sobre una persona, Yaya.

—Mi información se quedaba muy corta, pero que muy corta con esta chica—resume, arrastrando mi brazo hacia el Mercado de vuelta—. Es muchísimo más virtuosa de lo que pensaba.

—¿Cómo puedes apreciar eso solo en un discurso, Yaya?—intento ocultar la sorpresa de haber visto a la Ali que conocí en el bosque sobre una tarima, presidiendo una ejecución—. Solo es una chica.

—Por eso, niño tonto—resume, propinándome otro capón—. Se ha ganado el cariño de los ciudadanos del reino con unas pocas palabras, además de ser muy hermosa y mantener su planta y sus modales de forma impecable.

—¿Planta?

—Su posición, idiota—responde de nuevo mi abuela, lanzando otro capón—. Es una Princesa, la Heredera del Trono, y aún así literalmente se ha arrodillado frente a su pueblo. Ya les gustaría a muchos ser así.

—¿El Linaje Real ha sido tan orgulloso desde siempre?

—Solo aquellos que comenzaron a gobernar asumían el papel de sirvientes del pueblo y no de gobernantes, hijo—mi abuela suspira, y Suhn bufa en mi mente—. El resto han sido arrogantes, sintiéndose superiores a los demás ciudadanos y preocupándose solo por sus arcas y su entretenimiento.

—Y ella ha vuelto a las maneras del inicio del Linaje.

—Así es, chico listo—su mano se posa en mi hombro en reconocimiento, como si no me hubiera dado tres capones seguidos en nuestro camino de vuelta al Mercado—. Ahora, eres libre. Sabes lo que quiero, así que ve y consíguelo.

Asiento, sabiendo a lo que se refiere, y una risa melódica se reproduce en mi mente como la nieve al caer del cielo posándose en el suelo.

“Me cae bien tu abuela. Tiene sentido del humor”.

Ambos sabemos que quiere información, Suhn. Quiere saber si habrá revueltas en el pueblo ante el anuncio de la heredera.

“Es una chica. Los más conservadores no creerán que ella deba ocupar sola el trono, y querrán que pronto contraiga matrimonio con algún principito irrespetuoso y pretencioso”.

No creo que ella acepte ese acuerdo.

“Su Majestad ya ha invitado a múltiples príncipes herederos de diferentes naciones vecinas. Incluso de los lugares más allá del mar. En el baile de su cumpleaños estoy segura de que ella recibirá muchas más atenciones de las que pueda llegar a desear”.

Entonces, habrá que asistir a ese baile.

“Pero tú eres el espía de Norberta, no un principito ni un heredero”.

Para que ella se sienta cómoda y no sea acosada por múltiples idiotas, da igual mi posición.

“Tal vez se sienta acosada por ti, tonto”.

Suhn, a veces eres demasiado impertinente.

“Fuiste tú quien le siguió hasta el bosque porque sí”.

Era curiosidad. Mandato de mi abuela.

“Norberta solo es una anciana que cobra por traficar con información privilegiada. No es una Princesa real, y nunca será Reina”.

Ahí tienes razón.

“Como siempre”.

He de decir que Suhn es mucho más sabia que yo, aunque me haga sentir como un idiota cada vez que habla.

Camino por la ciudad como un fantasma, manteniendo mi perfil bajo y evitando las zonas menos concurridas para camuflarme de forma agradable entre la gente.

El ambiente festivo inunda las calles de la capital, las tabernas llenas de caballeros y Jinetes brindando por su nueva heredera sin cesar.

De nuevo, la voz de Suhn llena mis tímpanos, y me indica una dirección concreta, una taberna más discreta sin tanta gente alrededor, a pesar de que ninguna de las tabernas está vacía.

Entro con discreción, apenas provocando el ruido de las bisagras, y coloco mi gorra baja para que me tape los ojos.

Aquí no hay jinetes ni caballeros, pero también el tumulto de la gente es notorio, habiendo mesas que brindan sonoramente por la heredera de Wuvia.

Sin embargo, todos son criados, sirvientes y mercaderes. No hay ni un solo Guardia a la vista, ni una sola armadura, ni más armas que mi daga, oculta bajo las mangas de mi camisa, en el lugar.

Me acerco suavemente a la barra, donde el tabernero conversa alegremente con unos cuantos hombres que brindan por la joven Princesa, y pido una jarra de hidromiel mientras mantengo mi discreción y observo a mi alrededor.

Toda la taberna, aunque escasa la gente que la ocupa, parece continuar la celebración del resto de la ciudad.

¿Por qué me has traído aquí, Suhn?

“La mesa del fondo, a la derecha de la puerta principal, justo detrás de la zona por donde se abre”.

Observo de la forma en que mi abuela me enseñó a los hombres que se sientan en la mesa que me señala Suhn’ra.

Son los únicos con ropajes caros en la taberna, pues el resto de los clientes son pueblerinos con harapos o simples telas cosidas y remendadas mil veces.

Sin embargo, ocultan sus ropajes caros con capas raídas, del mismo tejido que el resto del pueblo, y puedo oler sus joyas ocultas en los zurrones.

Su aire taciturno y observador, sin embargo, es lo que más me llama la atención.

“Son enviados de un reino vecino. Deberías servirles una ronda”.

Suhn me guía en mi misión de obtención de información, y le digo al tabernero, en un tono jovial mientras me quito la gorra, si necesita algo de ayuda con toda la clientela. El hombre me evalúa, de arriba a abajo, pero la alegría contagiosa del pueblo hace que asienta cuando un nuevo grupo de clientes entra en la pequeña taberna, llenándola por completo.

Pronto he saltado la barra y estoy sirviendo cervezas de forma experta, como siempre he hecho en la taberna del pueblo.

Uno mis manos y cuento la cantidad de hombres que hay en la mesa del fondo. Ocho. Tras llenar ocho jarras de hidromiel mientras el tabernero charla con los nuevos clientes y atiende sus mandatos, yo he vuelto a saltar fuera de la barra y llevo las jarras de cuatro en cuatro mientras me acerco a la mesa.

El corazón me late demasiado fuerte. A veces siento que podrían escucharlo.

“Tranquilo. Yo me ocupo del resto cuando tú les sirvas”.

Confío en Suhn y en el calor frío que me invade cuando pasa de mi daga a mi pecho, y observo que las jarras de madera de hidromiel están repentinamente frías, casi congeladas.

Suhn ha medido su poder, por una vez.

“Tú solo escucha”.

Alcanzó la mesa con Suhn en mi pecho, haciendo que mis sentidos se hagan mucho más extensos y que compartamos la capacidad de leer las mentes ajenas.

¿He dicho que me encanta mi vínculo?

Me encanta mi vínculo.

—Una ronda por la Princesa Alana, caballeros—declaro, con la mejor voz de camarero que puedo poner, siempre feliz y felicitando a nuestro pueblo por la misma razón por la que hay festividades por todas partes—. La nueva Heredera de Wuvia, y la promesa de felicidad que nos hacía falta.

Callo el resto de mis pensamientos, pues mi voz casi estaba controlada por Suhn’ra, mientras comienzo a caminar lejos de los hombres sentados en la mesa.

El tabernero vuelve a brindar con el nuevo grupo de aldeanos que ha entrado mientras yo vuelvo tras la barra y permito que Suhn se encargue de transmitirme los pensamientos de esos rufianes mientras continúo colaborando en la taberna.

Al acercarme, Suhn, con sus habilidades especiales y como leyenda, ya ha entrado en su conversación, y en mis tímpanos se reproduce todo lo que están hablando.

—Esa princesa se ve muy hermosa, y fuerte—comenta uno de ellos, con la voz destilando sarcasmo—. Si nuestro príncipe consigue conquistarla...

—El momento de actuar aún no ha llegado, Louis—responde otra voz, más autoritaria pero mucho más mayor—. Necesitamos primero que se relacione con nuestro príncipe, y él dará las órdenes.

—A Su Alteza le gustan las mujeres guerreras, así que no dudes que atacará el día del baile, o incluso antes, cuando lleguen a palacio—responde un tercero, sorbiendo al tiempo de la hidromiel—. Lo malo es ese dragón con el que dice estar vinculada.

—En esta tierra se les da mucha importancia a esas fieras asquerosas—una cuarta voz añade, mucho más joven—. Suerte que nuestro Príncipe ha erradicado a los Jinetes del Reino.

—La pobre mujer que han ejecutado era la antigua Reina, ¿no?—pregunta la voz autoritaria, supongo que el jefe del grupo—. Esa sí que era una verdadera Reina. Sin relación alguna con esos asquerosos monstruos.

—El Rey aquí es un Jinete, y se les tiene en muy alta estima—resume de nuevo el joven de la primera voz, sin ningún tipo de acato a las normas del lugar—. Esa dragona dorada era suya.

—Apuesto a que si vendemos sus escamas una a una se podría comprar el Reino de Torenth entero.

—El heredero de Torenth es fuerte, y respeta a los dragones, a diferencia de Su Alteza—el jefe vuelve a tomar la palabra, suavemente, sin alzar en exceso el tono—. Si la Princesita es tan decidida como parece, seguramente escoja al otro como su consorte y no a nuestro Príncipe.

—Ante la duda, siempre podemos intervenir—las risas masculinas ante una quinta voz, que no intervenía hasta ese momento, pero noto más seria y peligrosa—. La Princesita será un buen entretenimiento mientras matamos a esos bichos uno a uno.

Las risas de los hombres me hacen querer vomitar, y atiendo al resto de la clientela intentando ocultar mi expresión mientras Suhn'ra me hace sentir aún más frío por dentro.

Podría clavarles la daga que la contiene, o unirme a ella y congelarlos uno a uno.

“Podrías, pero quiero saber quién es el Príncipe que los envía. Ningún reino está ordenado por algún Rey que no respete a los dragones”.

Entonces será cosa del heredero, supongo.

“A eso me refería. Chico listo”.

Asiento mientras continúo sirviendo y escuchando la conversación de aquellos hombre a través de Suhn, y antes de que me dé cuenta el día se hace noche y es mi momento de volver al mercado.

Capítulo 23

Olympus

El tabernero me da una buena cantidad de monedas, que a mi abuela le harán sentirse muy feliz, mientras que la información que porto conmigo le hará fruncir el ceño.

Mientras camino entre las calles, ya oscuras pero aún llenas de alboroto, en dirección al mercado, Suhn me avisa de que alguien me sigue y de nuevo pasa de la daga a mi pecho, con un escalofrío recorriendo mi columna.

No me giro para mirar, pues son los ojos de Suhn los que se colocan en mi nuca. No necesito saber quiénes son, pues mi fiel daga helada y la Reina de las Nieves me protegen. Solo continúo mi camino, guardando la bolsa de monedas que el tabernero me pagó en el brazal, junto a la daga fría al tacto.

Antes siquiera de llegar al mercado, me cuelo en un callejón, sabiendo que nada puede evitar un enfrentamiento con los hombres que me siguen y evitando que reconozcan a mi abuela por cualquier razón.

No involucraré a mi abuela con maleantes indecentes.

Me oculto en el hueco de una puerta en el callejón, suponiendo que entrarán tras de mi, y acierto de lleno al ver a los ocho encapuchados de la mesa de antes entrando uno a uno, blandiendo cimitarras con cuidado mientras su mirada llena el callejón.

—Ese ayudante se ha metido por aquí, y estoy seguro de que escuchó parte de la conversación— comenta el hombre más grande, el del tono sarcástico, que aparente no es el jefe—. Necesitamos deshacernos de él.

—Especialmente antes de la llegada de Su Alteza, no podemos permitir que se sepa todo esto— añade la voz joven, que apenas parece temblar en el callejón.

—En este reino solo existe una autoridad superior a Su Alteza, y es Su Majestad Pietro—declaro, antes de salir de mi escondite con la daga brillando con el poder de Suhn de congelar cuerpos con apenas un roce—. Y Su Alteza Alana es mucho más que una Princesa mimada o un juguete.

—Ahí estás, camarero—la voz autoritaria, procedente de un hombre con los ojos oscuros y determinados, brilla en la oscuridad entre los muros—. Sabes de qué hablábamos hasta ahora, ¿no es así?

—Un humano jamás podría compararse a un dragón, y todos vosotros lo sabéis. Vuestro líder debería aprender esa lección también, aunque su intención sea tomar Wuvia y condenar con ello

a los Jinetes—resumo, con la voz de Suhn en mis tímpanos diciendo que le deje el control—. Ni siquiera sabéis reconocer a un Jinete cuando pasa frente a vosotros.

—Tú eres un simple jovenzuelo, un camarero sin entrenamiento ni redención—comienza la voz más rasposa de las ocho que había escuchado, oculta tras unos ojos de color también oscuro—. ¿Qué harás ante ocho soldados entrenados por Su Alteza?

—Dejar que ella tome el control—suspiro, y Suhn toma eso como una indicación.

La primera vez que decidió que mi cuerpo iba a ser suyo no me pidió permiso. Sólo utilizó mi frustración ante uno de los encargos de mi abuela como guía para tomar mi cuerpo, de forma indolora, y cubrirlo de escamas del color de los diamantes y convertir mis manos en garras de color blanco como la luz más pura.

Actualmente, lo hacemos de forma consensuada, porque es muy desagradable que tu dragón se haga cargo de tu cuerpo sin que tu consciencia pueda evitarlo ni hacer nada.

Mi cuerpo muta, de forma irremediable, convirtiendo mi rostro en una pura máscara de diamante. La daga que tengo en mi mano, ahora entre unas garras afiladas como ella misma, comienza a supurar copos de nieve que se deshacen al caer al suelo.

Y tendré que comprarme otras botas.

—¡Es uno de esos monstruos!—grita uno de los soldaditos de madera que se presentan ante mi, pero cada paso que doy hacia ellos refuerza la barrera de hielo que Suhn puso al inicio del callejón.

—Podemos con ello, chicos—resuelve el líder, con su voz rasposa guiando sus cimitarras hacia mi—. Es solo un dragón.

“No soy solo un dragón”, comenta Suhn, su voz seductora saliendo de mi garganta junto con un pequeño hálito de hielo. “Soy la Reina de las Nieves”.

Y con ello, puedo sentir como su aliento helado sale sin pudor de mi boca, y en mi pecho un frío glacial que hace que me sienta seguro me reconforta en parte frente a las cimitarras de ocho soldados entrenados.

Mi daga continúa expulsando hielo, mientras las cimitarras de los soldados, afectadas por el hielo, caen de una en una en trozos diminutos de metal congelado.

El aliento de Suhn hace que a todos ellos se les claven los pies al suelo, y su velocidad de dragona provoca que mis pies se muevan solos mientras bailan entre los soldados, atentos a mis movimientos pero incapaces de soltarse del hielo.

Por cada giro de mi cuerpo, uno de ellos sufre una puñalada mortal, hasta que sólo queda uno de ellos: el líder.

Le pido a Suhn que me devuelva el control, y a pesar de que le ha gustado mucho el espectáculo, lo hace sin vacilar, volviendo a la daga que no deja de soltar nieve.

El hielo en torno a los cuerpos se está derritiendo, pero no el que clava los pies del único soldado vivo al suelo mientras me acerco a él, sin garras y con los ropajes hechos harapos pero con la mirada de Suhn brillando en mis ojos.

—Dime quién es tu líder, y tal vez te dé una muerte menos dolorosa que la congelación de tus venas—mi voz, esta vez dura y firme, sale de mi garganta sin tapujos—. Si no, dejaré que ella te torture hasta que lo sueltes.

—Eres... un... monstruo...—responde el soldado, con su voz rasposa tiritando por el frío. Suhn me pide permiso, pero yo solo la pido que imbuya la daga de su poder, haciendo que el frío metal del filo esté mucho más frío—. Su... Alteza... os erradicará...

—Tu príncipe no está siguiendo las órdenes del Rey en tu tierra, por lo que sé y entiendo, ¿no es así?—su silencio confirma mi pregunta, mientras mi daga se dirige a uno de sus brazos, que comienza a congelarse poco a poco, causándole un dolor lacerante e insoportable—. Y vosotros portáis cimitarras, un arma que solo los soldados de dos naciones pueden llegar a portar, ¿no es así?

—Tu...—intenta murmurar, pero su brazo ya está cubierto de escarcha—. Mi príncipe...

—Tu príncipe es solo un ser humano, es decir, no es un Jinete, porque si lo fuera entendería la importancia del vínculo y el poder de los dragones—deduzco de nuevo, haciendo otro corte en una rodilla con mi daga, que provoca otro escalofrío completo en su cuerpo mientras la escarcha se extiende—, lo cual me lleva a pensar que no es el pobre heredero de Torenth, al cual habéis mencionado antes, y cuyo dragón ya es conocido entre nuestros círculos de informantes.

De nuevo, el hombre intenta morderse la lengua, pero el frío que se extiende por sus extremidades con el siguiente corte se lo impide.

—I...

—Exacto, eso estaba pensando—resumo, dándole el golpe de gracia con un corte en su garganta que congela su respiración, haciendo que su rostro se vuelva morado hasta que pierde completamente la vida.

Suhn está encantada viendo el hielo que ha creado tomar el cuerpo del hombre, y con algunos cortes más, los demás cuerpos, provocando en ellos una escarcha que los congela desde dentro hasta afuera y los convierte en puro hielo, que se derretirá pronto con el calor de Wuvia.

Me siento poderoso con Suhn al lado.

“Mis sospechas eran acertadas, entonces”.

Es hora de decírselo a Norberta.

Capítulo 24

Alana

Tras las múltiples comitivas reales, el día posterior a la ejecución de Herminia, y el banquete que organiza mi padre al día siguiente para darles la bienvenida tras sus largos viajes, algunos príncipes se acercan a mi con la intención de entablar una amistad que pueda llevar a una unión matrimonial.

Sin embargo, en mi mente solo aparecen un par de ojos del color del hielo que han conseguido congelar la llama que llevo dentro y hacer que me comporte como una verdadera estirada con el resto de príncipes.

—En Zoburg, las mujeres siempre se encuentran por encima de los hombres—uno de ellos, creo que el heredero de un reino más allá del mar, comenta en la mesa en la que estamos un dato que me parece completamente irrelevante—. Siempre son ellas las que van a la guerra. Además, los dragones aquí son mucho más grandes. En mi reino tienen el tamaño de caballos de monta.

—Eso es también notorio en Torenth—responde el heredero favorito de mi padre, con un comportamiento ejemplar y la piel de color canela—. Aunque los dragones allí son más pequeños, las mujeres sí que se dedican más a la crianza y al cuidado del hogar. Los hombres al final somos prescindibles, en comparación con ellas.

—Todos estáis dando demasiada importancia a la posición en vuestros reinos de las mujeres en la conversación—una voz masculina, casi a la otra punta de la mesa, llama mi atención, y calla al resto de voces mientras yo continúo comiendo tranquilamente—. En Phurid, las mujeres y los hombres son idénticos, como ocurre aquí. No entiendo la diferenciación que estáis haciendo entre unos y otros, dando más poder a las mujeres en vuestros discursos.

—Las mujeres son el centro de la sociedad, Príncipe Manius—responde el heredero de Torenth, cuyo nombre no me he molestado en recordar—. No es un problema admitir que ellas son las únicas capaces de continuar con una sociedad, y que su fuerza tanto en el parto como en el resto de tareas es imprescindible.

—Incluso las dragonas son en ocasiones más fuertes que los machos—suspira un príncipe que no reconozco, pero cuyas ropas de color azulado me inspiran a pensar que procede del mismo lugar que Suhn'ra—. En Rilt'risii, hay una leyenda que habla de una dragona en un iceberg perdido que puede congelar hasta el alma.

—Escuché sobre la Reina de las Nieves en mis lecciones de geografía, Príncipe Eustace—responde el tal Manius—. Dicen que es poderosa e intrigante.

—Todos los dragones son poderosos e intrigantes—es la primera vez que hablo en todo el

banquete, habiendo terminado ya la comida en mi plato, haciendo que el murmullo en la mesa de los herederos se convierta en un silencio demoledor—. Aquí, la leyenda del Rey de los Cielos y de su fuego abrasador es fielmente reconocida, y dicen que es la mayor criatura jamás vista.

“Suhn’ra es algo más pequeña, y que yo sepa el resto ni se comparan, así que sí, podría decirse que soy el más grande”.

—No quiero imaginar un dragón de mayor tamaño que la propia Aeldri—ríe uno de los herederos, un joven muchacho que no lleva la sangre de los Jinetes en sus venas, al igual que el tal Manius y algunos pocos más, y cojo mi vaso, bebiendo para ocultar mi sonrisa—. La dragona de Su Majestad Pietro es una hermosura por sí misma.

—Los dragones no son de nadie—respondo, de nuevo silenciando sus palabras—. Son criaturas inteligentes, independientes y difíciles de entender. Solo ellos son capaces de elegir si vincularse o no, y de hacerlo con quién en concreto.

“Me gusta que te enfades con estos idiotas. No entenderían nunca lo que un dragón siente y vive”.

Lo sé, Braxi. Por eso no respondo salvo en este tipo de casos.

—Si tal elección únicamente depende de ellos, ¿por qué sólo pueden elegir entre las personas que descienden de los Jinetes?—pregunta el tal Manius, obviamente molesto por mis declaraciones—. No parece justo para el resto de humanos.

No planeo responder a eso.

“No le gustan los dragones. No me gusta él”.

Entiendo tu punto, Braxi.

—Los Jinetes Originales bebieron la sangre de sus dragones para poder establecer un vínculo más estrecho con ellos, o eso dice la leyenda—el heredero de Torenth comienza a hablar, soltando la lección de turno de historia—. Los dragones eligieron a unos pocos clanes para transmitir su legado, sus poderes. Por ello los descendientes directos de los Jinetes Originales son aún más poderosos que los Jinetes normales, que solo han obtenido una porción residual de esa sangre de dragón.

—Eso es solo una leyenda—escupo, casi alzando la voz por encima del tono suave que he mantenido en toda la conversación. Además, el corsé que mi tía me ayudo a ponerme esta mañana para “realzar mis atributos” ante los herederos del resto de reinos me está empezando a asfixiar—. Los Jinetes Originales fueron bendecidos por los dragones por su heroicidad, su carácter o su bondad. Nunca fue por su pertenencia a un clan, ni mucho menos compartieron su sangre con ellos.

“Aunque si tú bebieses de mi sangre ambos nos haríamos mucho más fuertes y el vínculo sería mucho más estrecho”.

—En Torenth, la historia se cuenta así, Su Alteza—baja la cabeza el joven príncipe, algo mayor que yo, pero aun así su mirada grisácea es profunda y sé que será mi mayor problema actualmente—. Sin embargo, vos parecéis conocer más al respecto.

—El Reino de Wuvia es el origen de los dragones, Príncipe Gainniar, y de los Jinetes—respondo suavemente, de nuevo volviendo a mi tono normal, una vez cojo aire tras cubrirme los labios con la servilleta para poder hacerlo sin que se note tanto—. Nuestra historia fue decisiva para la existencia de los Jinetes en el resto del mundo. Por tanto, tenemos más datos fidedignos en cuanto a estas increíbles criaturas.

—Mas, Su Alteza Alana, no vi a su dragón en ninguna parte aún—inquiere el tal Manius, en un tono que me inquieta. Por suerte, hoy decidí llevar el colgante oculto entre mis pechos, donde Braxas me da calor—. ¿Será que no está vinculada a ninguno?

—Tengo un vínculo con un poderoso dragón desde que cuento con dos años de edad, Príncipe Manius—respondo de forma ruda, olvidando los modales femeninos que me han enseñado desde niña—. Podría mostrarle sus escamas, pero habitualmente mi compañero prefiere el anonimato.

El Príncipe anti dragones clava su mirada en mi, y simplemente suspiro antes de centrar mi atención de nuevo en una conversación aburrida que comienza un príncipe de un reino al este de Wuvia sobre el servicio y las criadas.

A mi lado, el Príncipe Gainniar observa atentamente, con sus ojos grises clavados en mis reacciones.

“Al chico le pareces atractiva, enigmática y fuerte. No puedes juzgarlo por querer entrar en tu cabeza”.

Otra cosa es que yo lo vaya a permitir, Braxas.

“A ti te gusta el chico de Suhn”.

Y a ti te gusta Suhn, y yo no lo menciono ni me preocupo por ello.

“Esa impertinente me ha dejado tranquilo durante siglos. Que su Jinete y tú ahora tengáis la misma edad y seáis pareja no me hará cambiar mi opinión respecto a ella”.

Que es una dragona hermosa y la perfecta compañera para el resto de tu vida, Braxi.

“No me agrada, no me gusta y odio que hagas esas insinuaciones”.

Media sonrisa se plasma en mi rostro como consecuencia de la rabieta de Braxas en mi mente, y el calor se instala entre mis pechos, sabiendo que está intentando fastidiarme haciendo que el collar entre en erupción.

Un dragón criado entre lava debería saber que su Jinete es inmune al calor.

“Y tú deberías saber que soy alérgico al hielo”.

No dejo de pensar que sois la pareja perfecta, Braxas.

Su silencio y el calor de mi colgante entre mis pechos es suficiente para saber que he vuelto a hacer que rabie, y la media sonrisa no es capaz de escaparse de mi rostro.

El chico de piel canela y ojos grises que mi padre ha sentado a mi derecha sonríe, sin saber si es por la conversación o por cualquier otra razón.

—Su Alteza, pensé que no podía sonreír.

—Mi dragón y yo tenemos un vínculo muy estrecho, Príncipe Gainniar. Nuestras conversaciones en ocasiones me divierten—declaro, eliminando deliberadamente la sonrisa de mi rostro mientras el calor de Braxas sigue llenando mi pecho—. Es difícil olvidar que hay una criatura atada a ti portando la sangre de los Jinetes Originales en las venas.

—Pues he de decir que, sea por la razón que sea, su sonrisa ilumina el lugar en donde se encuentra—sus zalamerías no me afectan, así que no consigo sonrojarme en absoluto, ni de forma voluntaria. La risa de Braxas resuena en mi cabeza—. Y también es destacable que ni siquiera un cumplido pueda sacarle una reacción ínfima.

Pongo mis ojos en blanco, haciendo que el agradable chico de piel canela ría casi a carcajadas, y observo con mayor atención a las jóvenes criadas que se acercan a traernos el postre, tras el buen banquete servido, y reconozco a la joven Jen portando más platos de los que podría soportar.

Sin pensar en absoluto en mis modales, me levanto y ayudo a la pobre chica, que me agradece con su mirada mientras le sonrío suavemente. Cojo tres de los cinco platos que ella lleva, y con gracia y dulzura me acerco a mi padre, sirviendo su plato de postre y el del rey a su derecha, que me observa boquiabierto.

El tercer plato para en mi propio sitio, haciendo que el resto de Príncipes, que observan con la boca abierta mi comportamiento, tengan aún más sorpresa en su rostro.

Braxas ríe a carcajadas en mi mente mientras me presta su rapidez y poco a poco ayudo a las sirvientas a poner los platos con el postre sobre las mesas. Todas ellas estaban llenas de platos hasta los hombros, y yo no tenía nada mejor que hacer, mucho menos escuchar la insulsa conversación entre dieciséis príncipes obstinados sobre música o artes.

Pronto puedo volver a poner mi trasero en mi asiento, y Braxas deja de hacer que mi pecho se sienta cálido, justo cuando disfrutaba el calor que me brindaba.

—Vaya, Princesa Alana—desde la mesa donde mi padre y el resto de reyes de reinos lejanos se asientan, una voz profunda y jocosa llena la habitación. Independientemente de la posición que acababa de tomar, Braxas se coloca en mi pecho en lugar del colgante, y me otorga valor y compostura—. Nunca pensé que una Heredera al trono me serviría el postre.

—Es mi deber como Heredera servir al pueblo, y no al revés—respondo, de forma elegante, mientras el poder de Braxas me invade el cuerpo. Se está enfadando, y eso no es bueno—. Si un Rey no entiende ese sencillo deber, es tan injusto como lo fue mi antigua Madrastra en los días en que se sentó junto a mi padre en la Sala del Trono.

El silencio llena la sala, de nuevo, todos los Príncipes observando como desafío a uno de los Reyes desde mi posición. Sin embargo, tengo toda su información en mi mente gracias a Braxas, y sé incluso su forma de pelear.

Pero no voy a comenzar una pelea antes del postre, así que simplemente cojo la cuchara de plata que han puesto a mi disposición y tomo un bocado de la dulce tarta de fresas que el padre de Roger ha horneado en mi honor.

Oh, está buena.

Capítulo 25

Alana

De repente, unas carcajadas que reconozco muy bien estallan en la mesa de los reyes, en la silla que lidera el resto, y mi padre, como siempre, observa al resto con sus ojos brillando.

—¿Entienden ahora por qué mi hija es mi mayor orgullo?—resume, con una sonrisa que le inunda el rostro mientras su mano se alza en mi dirección, llamándome—. Alana, mi niña, ven.

Un par de cucharadas más llenan mis carrillos, terminando la deliciosa tarta antes de levantarme, con una servilleta en mano, y me limpio los labios de nuevo mientras me dirijo hacia mi padre.

Doblo la servilleta mientras él me observa, y su mano envuelve mi cintura, con el pecho hinchado al ver mis modales a medio hacer y mi figura alzada sobre el resto de Reyes, aún sentados y boquiabiertos.

—Dime qué desea, Su Majestad—respondo, con elegancia, mientras dejo la servilleta doblada junto a su plato, justo a la derecha, donde me he situado con suavidad.

—Hija mía, deseo que participes por ti misma en el Torneo de mañana, si es posible—responde, y yo asiento. Ya habíamos acordado mi participación, así que esto es solo uno de sus espectáculos para mostrarme como una Heredera fuerte e independiente—. Todos esos Príncipes que te acompañaban a la mesa participarán, en una categoría propia. Puedes sacar a tu dragón o no.

Sus ojos brillan ante esa frase, y casi lo fulmino con la mirada mientras Braxas ríe aún a carcajadas, esta vez en mi pecho.

—Padre, sabe muy bien mi reticencia a mostrar a mi dragón—contesto a sus insinuaciones, y él me observa, de nuevo con sus ojos brillando en anticipación—. No me gusta sentir que mi propia montura es la que me otorga el poder que ostento.

“Tu montura y tu vínculo conmigo fueron una consecuencia de tu poder, no la causa”.

—Pues será en la exhibición a pie, entonces—resume mi padre, y suelto el aire que inconscientemente estaba guardando en mis pulmones—. Tendrás que luchar con algunos de estos príncipes, e incluso montar a caballo.

“Ni se te ocurra montar otra cosa que no sea yo”.

—Me parecen bien las luchas, pero no creo que montar a caballo sea buena idea, padre—contesto a Pietro, cuyos ojos se fijan en los míos—. Mi propio dragón prefiere exhibirse a

permitirme otra montura.

—Pues, ¡que se exhiba!—de nuevo, guardo el aire en mis pulmones, incapaz de respirar—. Solo hay dos modalidades: la exhibición para Caballeros sin Dragón y la exhibición para Jinetes. Vosotros habéis de escoger, mi niña.

—Habrá de ser la exhibición para Jinetes, entonces—respondo, sin estar segura de mi misma, y reverencio a mi padre de forma que mis labios quedan a la altura de su oído, para que pueda escuchar mis susurros—. Conspirador.

Él ríe a carcajadas, mientras yo huelo lo que pretende a kilómetros.

Sabía que Braxas no me permitiría montar en un caballo, menos aún existiendo una silla adaptada a su gigantesco cuello, así que no podría participar en el torneo de no ser a pie o montada en Braxas.

Mi padre quiere que todo el mundo sepa que soy yo quien logró domar a Braxas, pero no entiende que Braxas no puede ser domado.

“Estoy deseando estirar las alas de una vez”.

¡Estabais compinchados!

“No diría tanto, pero sí que me quejé con Aeldri de que me gustaría mostrar a todo el mundo nuestro vínculo. Debió decírselo a tu padre”.

Pero no quiero que piensen que mi presencia y mi poder proceden exclusivamente de ti. Eso me haría parecer débil como humana.

“Siempre podemos rehusar la invitación de tu padre y que todos esos principitos molestos te den sus paños cuando estén luchando esperando tu favor y entrar entre tus piernas”.

Calla, qué asco.

“Entonces vamos a convertirnos en su peor pesadilla”.

Tú eres la peor pesadilla de todo el mundo.

“Pues demos el espectáculo que quieren esos reyes viejos y gordos”.

De acuerdo, de acuerdo. Porque tú estás de acuerdo.

Pero la idea no me agrada.

“Eres aún más celosa que yo”.

Todos van a creer que si estoy donde estoy es por ti, y no por mis propios logros o entrenamiento.

Suspiro al volver a la mesa de Herederos, donde todos ellos parecen haber olvidado su pastel y me miran fijamente a los ojos.

No puedo evitar bajar la cabeza y sentirme frustrada, y en apenas unos minutos tras la vuelta a la normalidad, mientras el resto de principitos toman su porción de postre, yo me excuso suavemente y me levanto, huyendo a toda prisa del comedor.

Necesito hablar con mi tío Vector. Es muy urgente.

Nemyan puede no ser una leyenda como tal, pero es lo más similar que tengo cerca.

“Me gusta que no cuentes a Suhn”.

Gracias, Braxas, por la idea.

“No pienses en lo que creo que estás pensando”.

Tarde. Solo voy a pedirle al Consejero Mayor de mi padre un permiso chiquitito.

¿Quieren espectáculo?

Pues toma espectáculo.

Capítulo 26

Olympus

Cuando el Consejero Mayor del Reino se presenta en el Mercado, Suñn ríe en mi cabeza.

“Oh, ese viejo Nemyan, siempre intentando rivalizar con Braxas cuando no le llega ni a la punta de las garras”.

Suñn, ¿quién es Nemyan?

“El dragón al que monta ese hombre. Una bola roja que calcina todo lo que quiere y se reprime más bien poco. No es de mis favoritos, pero al menos no es un ególatra como Braxas”.

El mismo Braxas del que no paras de hablar, ¿no?

“El mismo Braxas al que monta cierta princesa de cabello rojo y cuerpo escultural, chico”.

Qué bien se te da dar la vuelta a las cosas, Suñn.

“Son muchos años de experiencia, Oly. Déjame disfrutar de nuestro vínculo”.

Nuestro vínculo, claro.

El hombre, idéntico a su Majestad en muchos sentidos, baja del dragón rojo de gran tamaño y se acerca al puesto de mi abuela, que me ha dejado al mando mientras ella esparcía el rumor de un posible ataque del Heredero de Phurid hacia la corona de Wuvia, tal y como le informé cuando mi enfrentamiento con los soldados hizo desaparecer sus cuerpos en forma de agua.

“Agua sucia en un callejón”.

Su barba y su cicatriz en el ojo son las únicas características que lo diferencian de su Majestad Pietro, mientras porta una armadura real de Jinete, y sonrío de forma extraña al acercarse a mi con decisión.

Al momento, mi abuela Norberta entra en el mercado, y corriendo se coloca en su puesto como tendera, mientras mi afilada daga invernal talla una pieza de madera con forma de dragón para exponerla ante el público.

—¿Qué se le ofrece, Consejero Vector?—comienza mi abuela, de forma dura y contundente—. ¿Alguna petición especial?

Mi abuela desvía la atención de mi persona hacia ella, a sabiendas de que Vector no es un cliente fácil. Sabe que si quiere algo, lo conseguirá.

Y desde que mi Yaya sabe que soy un Jinete y que la Reina de las Nieves es mi montura, ha decidido ocultarlo y mantenerme a su lado como informante, como su guardaespaldas personal.

Esa información no la compartirá con nadie, por muy orgullosa que estuviera cuando le conté la existencia de Suhn'ra y que ella misma me había elegido como su Jinete.

—Esta vez no requiero de tus servicios, anciana Norberta, aunque me sorprende que tus productos sigan siendo tan interesantes como lo son ahora—responde, observando el puesto como un cliente más, pero hablando en clave para mi Abuela, sabiendo que tiene información fresca que contar a un Consejero Real—. Esta vez vengo a por un tal Olympus. Me envía Su Alteza, la Princesa Alana.

—Vaya, Oly, la princesa se fijó en ti—el tono de mi abuela, lejos de la sorpresa o de la alegría que podría reflejar, es más bien un tono de regaño, por no haberle contado mi encuentro con Alana a pesar de que sabe que Suhn no llegó a mí por pura suerte—. ¿Qué necesitaría Su Alteza de mi nieto?

—Una colaboración tan antigua como los dragones, si me permite—resuelve el Consejero Vector, observándome con sus ojos del mismo color verde que los de Alana—. Su Alteza Real invita a su nieto a participar en el Torneo que ha de celebrarse mañana, y desea entrenarlo personalmente para ello.

—¡Solo un día antes!—mi abuela exclama, mostrando su disgusto—. Mi nieto no es un soldado, y no está preparado para luchar en un Torneo de príncipes, Caballeros y Jinetes. No sé por qué Su Alteza podría invitarlo personalmente al Torneo.

El Consejero Real baja su tono, convirtiendo sus maneras oficiales en apenas un murmullo al oído de mi abuela, casi en tono conspiratorio.

—Norbi, ambos sabemos que tu nieto es el Jinete de una leyenda. Mi sobrina, la Princesa, es consciente de ello, igual que tú y que yo, y ha decidido mostrar a su propio dragón frente al pueblo en ese Torneo—el tono de Vector vuelve a ser jocoso, y deja la seriedad y los murmullos de lado para volver al tono oficial y serio de antes—. Solo quiere entrenar a un jovencito con potencial, Norberta. El viejo Hudson nos informó sobre tu nieto, y no tiene mal ojo para escoger a los reclutas.

Mi abuela mantiene la seriedad absoluta tras escuchar sus palabras, y me observa con ojos lacrimosos. Sé que no llorará, porque sé que será fuerte y tiene que aceptar casi de forma obligatoria que me vaya, pero no quiere perderme. Soy su única familia.

—Yaya—me levanto de mi asiento, y tomo lugar junto a ella, sujetando su hombro—. Volveré tan pronto como termine el Torneo, lo prometo.

—Más te vale, chico tonto—mi abuela no puede contenerse, y me abraza con fuerza. Al ser mucho más bajita que yo, mi cuerpo oculta sus lágrimas y sus balbuceos, mientras llora como una niña al pensar en la mínima posibilidad de perderme.

No prometo nunca en vano, gracias a sus enseñanzas, así que volveré al puesto tan pronto como termine el Torneo. De todos modos, Suhn y sus peculiares habilidades pueden hacer que me escabulla de la arena del Torneo con facilidad, una vez termine lo que sea que deba hacer.

No voy a dejar a mi abuela sola, y menos aún ahora, que los mercenarios de Phurid buscan a sus compañeros en la ciudad, al tiempo que los Guardias les ponen las cosas muy difíciles por la información de mi abuela.

—No te preocupes por mí, abuela—susurro, mientras ella cesa sus lágrimas tras un rato llorando en mi camisa—. Saldré del Torneo más rápido de lo que crees, y sin un solo rasguño.

—Más te vale volver pronto, Oly—mi abuela, recuperando su compostura, me golpea en el pecho, rompiendo nuestro abrazo y dejándome ir suavemente—. Solo tú puedes cargar todos esos sacos de semillas y frutos secos de vuelta a Heathmaw. Y Greta se moriría de pena si no vuelves.

El rebuzno de la mula de mi abuela me hace sonreír, y le doy un beso en la mejilla antes de salir del puesto y enfrentarme al Consejero Vector.

A pesar de ser un hombre de gran tamaño, no alcanza mi altura, y me observa desde abajo con media sonrisa.

—Tienes la misma nobleza que mi sobrina, chico—extiende su mano, y estrecho la suya con un movimiento de cabeza a modo de saludo—. Ahora entiendo muchas cosas.

“Dile de mi parte que si pensaba que Braxas era un pretencioso, Nemyan le ha vencido pero con creces. No es más que un crío”.

Una carcajada sale de los labios del hombre, imagino que también esté hablando con su dragón, y me observa con un nuevo brillo en los ojos.

—Parece que tendremos una buena relación, Consejero—respondo, sin mencionar las palabras despectivas de Suhn hacia su dragón—. Iré al palacio a pie, si no le importa.

—Me parece que eso era una acción muy obvia, chico, así que te acompañaré hasta allí—tras un silbido, su dragón alza el vuelo, y escucho un suspiro en mi cabeza que me indica el alivio de Suhn al ver desaparecer al dragón rojo de gran calibre—. Daremos un paseo, e intentaré entender el interés que mi sobrina puso en ti.

—¿Es usted su guardia personal o solo el Consejero Mayor?—pregunto, en un tono bromista, pero su rostro serio me frena de hacer bromas de nuevo—. Lo siento, Consejero.

—Es mi sobrina de quien hablamos, chaval—responde él, como un vendaval saliendo de sus labios—. No quieres enfadarme si quieres acercarte a ella.

—Fue ella quien me llamó—contesto suavemente, haciendo que media sonrisa se plasme en sus labios—. Lo que no entiendo son sus repentinas ganas de mostrar a su dragón en público

mañana.

—No creas que desea hacerlo, ni mucho menos—aclara, y yo frunzo el ceño, confuso—. Su Majestad le puso en un aprieto frente a los Príncipes y Reyes extranjeros y ella no tuvo más remedio que aceptar mostrar todo su esplendor en el Torneo, además de que su propia montura quería participar.

—Ahora entiendo sus acciones, aunque sigo sin entender por qué me llamó.

—Porque llevas la misma carga que ella formando parte del pueblo llano, chico—responde suavemente el Consejero, y Suhn muestra un mohín en mi cabeza—. Entiendes su posición, al menos la que tiene fuera del palacio, y eso le ayudará a marcar su propio terreno frente al resto de príncipes.

—Entonces, quiere que demos un espectáculo, ¿no?—pregunto de nuevo, sabiendo a qué se refiere el Consejero—. Quiere mostrar que su fuerza no procede exclusivamente de su vínculo.

—Quiere mostrar que se ha ganado ser la Heredera por sí misma, sin ocultar más su interior—contesta Vector, haciéndome entender todo—. Más allá de una Jinete y de llevar la sangre de los Originales en sus venas, es una persona, y esa persona es increíble y ha recibido una bendición al mismo tiempo. No quiere que se le conozca por ser la Jinete de una Leyenda, sino por ser la Reina que Wuvia merece.

Callo ante esa afirmación, entendiendo completamente lo que quiere decir.

Todos los poros de Alana exhuden poder, fuerza y temple. Su vida ha sido caótica, con una madrastra constantemente fingiendo embarazos para evitar que ella tomara su lugar y su madre muriendo cuando era apenas una niña. Ahora, con una nueva fuerza, todos la juzgarán si libera a Braxas como su montura, y querrán aprovecharse de Braxas a través de ella.

“Y tú no tienes ninguna posición, pero sigues siendo el Jinete de una Leyenda”.

Por eso quiere que tú y yo nos mostremos en el Torneo.

No tengo su posición real, pero tengo el mismo vínculo. No tengo su fuerza, su temple ni su carácter. No soy ella, pero aun así he podido establecer un vínculo con una dragona legendaria.

“Ese es su punto”.

Cuando por fin llegamos a palacio, veo en el patio a muchísimas comitivas, acompañantes todos ellos de los Príncipes y Reyes que han acudido al cumpleaños de Alana.

No puedo evitar pensar en la cantidad de personas que hay aquí, pero mi mirada gélida se posa en la comitiva con las mismas ropas que aquellos mercenarios a los que Suhn congeló en aquel callejón.

Unos cuantos de ellos me devuelven la mirada, y Suhn pasa a mi pecho en lugar de a mi daga, y

provoca que mi mano se gire suavemente, haciendo que una corriente de aire frío se lleve sus tiendas con facilidad. Veo a la comitiva huir tras sus tiendas y sus enseres, y sonrío levemente, mientras Vector observa el espectáculo casi a carcajadas.

—Dicen que el príncipe de ese reino era un bastardo de la reina y no comparte sangre con su padre—comenta, apenas en un susurro que mi fino oído me permite escuchar con claridad—. Que el Rey se negaba a compartir cama con su madre por ser demasiado fea, y que por ello el Heredero no puede montar a un dragón, a diferencia de su padre.

—Ya le gustaría saber cómo se siente el viento en el rostro mientras tu dragón vuela libremente por los cielos—suspiro, y Vector continúa carcajeándose, esta vez limpia y sanamente.

—Es una sensación única, ¿verdad, chaval?—añade, con su palma golpeando mi espalda—. Sobre todo cuando es una Leyenda lo que estás montando.

Asiento suavemente tras su afirmación en apenas un murmullo, sabiendo que no quiere que los demás lo sepan en absoluto, y observo el interior del palacio cuando abre las puertas a nuestro paso.

Capítulo 27

Olympus

Los tonos dorados y rojizos, junto con las banderas de color verde y los adornos oscuros, llenan la sala en la que entramos. Las alfombras de color rojo, las paredes blancas con enormes ventanales y la escalera de barandilla oscura y peldaños adornados con tela del color de los ojos de Alana entran en mi visión, en una impecable combinación idéntica a la existente en el escudo del Reino.

Mi guía para durante un segundo, analizando mi reacción, que no puede ser inferior a mantenerme boquiabierto durante unos cuantos segundos, y después de que cierre mi boca ante el despliegue de esplendor él gira hacia la derecha, llevándome hacia una puerta de madera de pequeño calibre.

Tras ella, las paredes de piedra grisácea, en contraste con el propio palacio, me dan la bienvenida, y el Consejero Vector, hermano gemelo del Rey, me indica que pase a través de las puertas, que dan paso a unas escaleras descendentes hacia una especie de mazmorras, que no son realmente mazmorras, sino un laberinto de pasillos de piedra grisácea con muchas ramificaciones que supongo dirigen a muchas partes del palacio.

Supongo que esta es la parte del castillo que frecuentan los soldados, los Jinetes y la propia Realeza, y que no mostrarán a los Herederos y Reyes que asistieron a la invitación de Su Majestad.

Vector me guía pasillo tras pasillo, y yo no me atrevo a perder su paso, pues las escasas antorchas que iluminan el camino no indican dónde nos dirigimos.

Tras unos cuantos giros y muchos pasillos a nuestros lados, un portón de madera con cráneos de dragón a modo de aldabas recibe nuestras sombras, iluminadas por el escaso fuego de las antorchas.

No sé a quién se le habrá ocurrido la horrible idea de inspirarse en el esqueleto de un dragón para crear esas aldabas, pero no son muy acertadas en el lugar donde nos encontramos.

El Consejero Vector abre las puertas con un empujón que saca sus fuerzas más ocultas, pues aparentemente la puerta es dura como piedra, y puedo ver dentro de ella una enorme arena, en cuyo centro está Alana, siendo la princesa guerrera cuyo carácter tiene dentro.

Lleva puesta la armadura de los Jinetes Originales, de cuero, con pantalones y una camisola dura con placas de cuero y metal cubriendo su cuerpo, hecha a su forma y medida.

Junto a los pantalones de cuero castaño, la camisola de color verde como sus ojos y las correas

negras que adornan su cuerpo, en su cintura cuelga la funda de un mandoble, que adornado con una esmeralda en su empuñadura parece una extensión de su mano con el filo brillando como la propia gema.

Su cabello de color rojizo está trenzado en su cabeza, colgando de una única trenza que se balancea en sus caderas al ritmo de sus movimientos, haciendo que parezca que el fuego la envuelve mientras ataca de forma certera con su mandoble a un muñeco de entrenamiento, habiendo a su alrededor varios Guardias Reales que temen acercarse al mandoble que porta.

Cuando entro, con mis ropas andrajosas y sucias, Vector me indica con un gesto una especie de mazmorra, oscura y apartada, a la que me dirijo en apenas unos pocos pasos, atravesando la arena sin hacer ruido para que la joven en el centro pierda la concentración de su macabro baile.

Allí, junto a la entrada, aún visible por el sol que ilumina el anfiteatro,, observo un conjunto de ropa similar al que lleva Alana en estos instantes, pero con una camisola de color azul claro, casi blanco, y las correas de color castaño.

Me sorprende la facilidad con la que las prendas se adaptan a mi cuerpo, y pronto me veo envuelto en ellas a la perfección, sabiendo de forma inconsciente que se han hecho a mi medida.

Grace, la costurera, es tía de Alana.

Cierto.

También encuentro unas botas de punta de hierro, del tipo que las garras de Suhn no podrían romper, y las visto con el resto de la armadura, incluso unos guantes flexibles hechos de cuero castaño, que supongo tampoco se romperán tan fácilmente.

La escasa iluminación en la mazmorra me permite observar un estante con armas de muchos tipos, y no sé si coger un mandoble, al igual que Alana, u otra de las expuestas en el estante.

Mis ojos recorren el estante, suavemente, analizando cada arma, y pronto la voz femenina de mi dragona resuena en mi cabeza, entusiasmada.

“¡Esa!”.

Agarro con fuerza el mango del estoque, ligero y suave de manejar, pero elimino la posibilidad en cuanto siento su tacto.

No, Suhn. Es demasiado ligero.

“Pero era la más elegante”.

Pero yo no soy elegante. Soy el nieto de la señora Norberta, de Heathmaw. Un simple mercader.

“Pues prueba con un sable”.

Observo el sable, con su empuñadura de color negro, y extendiendo mi mano para probar su peso y su agarre.

Me siento cómodo con él, así que no le doy más vueltas y salgo de la mazmorra con el arma empuñada. Tiene el mismo peso que la daga que guardo en mi manga, pero es bastante más grande y amplio.

“Y a mi me gusta. Es elegante”.

Deja la elegancia para la princesa, Suhn. Soy un simple mercader.

Vuelvo a la arena, iluminado por el sol, y coloco una de las cintas de cuero que vi junto a la camisola con un nudo a modo de diadema. Si voy a entrenar con esa bola de fuego como oponente, no dudo que sudaré a mares, y probablemente mucho más.

“Tiene un aspecto feroz envuelta en su propio cabello”.

“Es mi Jinete. Es aún más feroz que ese lobezno que dormita junto al muñeco de madera”.

Mis ojos se posan en la bola de pelo grisácea que duerme junto a la destrozada figura, como si las astillas que cayesen en su pelaje fueran simples gotas de agua.

Cuando me acerco a la tormenta de fuego que es la Princesa atacando de forma incesante al muñeco de pruebas, paro inmediatamente uno de sus ataques dirigido esta vez hacia mi, manteniendo mi fino sable en contacto con su mandoble.

—Ya era hora de que llegaras, Olympus—saluda ella, con la cinta de cuero oscuro en la frente, igual que la coloqué yo, para que guarde el sudor lejos de mis ojos—. Estaba cansada de no tener un rival que me devolviese los golpes.

—Está usted rodeada de Guardias entrenados, su Alteza—respondo, parando otro de sus golpes con la parte plana del sable, intentando mantener su ritmo a pesar de saber que ella tiene mucha más técnica que yo—. ¿Qué puede hacer un simple mercader por usted?

—Deja las formalidades conmigo, chico. Para ti soy Ali, la chica del bosque—ella propina otro golpe con el filo de su mandoble que de nuevo freno con el plano del sable, como un escudo—. Un sable no es una mala elección, la verdad.

—No lo escogí yo solo, y eres consciente de ello—contesto de nuevo, evitando un golpe directo a mi cabeza al agacharme—. ¿Es tu intención matarme o prepararme para el Torneo?

—Con la primera no gano nada—otro embiste de su mandoble se dirige hacia mi, pero pronto lo bloqueo con mi sable—. La segunda es puro espectáculo.

—Y quieres saber si estoy listo para el espectáculo, ¿no?—resumo, parando otro golpe de forma inconsciente y barriendo con mi pierna el suelo, haciendo que la princesa deba saltar para esquivarme—. No tengo un entrenamiento de soldado, Su Alteza.

—Pero no es la primera vez que peleas con alguien experimentado—resuelve, y media sonrisa se plasma en mi rostro mientras una de sus trenzas rojizas hace cosquillas en mi nariz con su nuevo giro, que esquivo suavemente y bloqueo el golpe de nuevo con la misma fuerza que ella está empleando.

—Pero sí es la primera vez que lo hago sin ayuda de Suhn—contesto, susurrando, mientras es mi turno de atacar en lugar de defenderme—. Habitualmente solo uso mi daga y un par de cortes congelan a mis adversarios.

—Tener un arma como reliquia tiene que ser impresionante—resume ella, con tono soñador, mientras esquivo de forma grácil y elegante mi estocada y devuelve el golpe con su mandoble—. Aunque el colgante es mucho más discreto.

—La que llama la atención eres tú, no el colgante—de nuevo, gano algo de terreno a mi oponente, cuyas trenzas bailan a nuestro alrededor—. No tendrías que usarme para mostrar tu fuerza.

—Pero igual no quiero que piensen que mi posición la garantiza Braxas—resume, apoyándose en el mandoble para lanzarme una patada, como una bailarina—. Y tú tienes el mismo respaldo sin una posición prominente.

—Entiendo tu punto, y participaré en tu juego—sonrío, esquivando su patada echando mi tronco hacia atrás mientras ataco su punto de apoyo, desequilibrando el mandoble antes de que ella pueda adquirir de nuevo el equilibrio. Por fin deja de atacar, con una sonrisa en sus labios llenos y su mirada esmeralda analizándome con un brillo peculiar—. Pero habrás de acatar mis condiciones.

—Exponlas, y veré si puedo cumplirlas—dice, levantándose del suelo y limpiando sus pantalones con un par de manotazos—. No pidas la luna, aún no hemos llegado a tal punto.

—Quiero que se proteja a mi abuela—explico, en primer lugar y por encima de todo—. Es una anciana, aunque se conserve bien y tenga una fuerza extrema para su edad.

—Trato hecho—un movimiento de su cabeza, de nuevo moviendo sus largas trenzas rojas, hace que un par de Guardias salgan corriendo de la arena, con sus armaduras resonando como campanillas a su paso—. ¿Algo más?

—No voy a atarme al palacio—incluyo, haciendo que ella sonría—. No me gustan las intrigas y las cortesanas de turno. Prefiero una vida tranquila en la frontera, sin muchos revuelos.

—Eso lo daba por hecho—sonríe, con una pizca de nostalgia en sus ojos, y algo me dice en mi interior que ella no ha tenido opción al respecto—. No sé si tienes alguna petición rara, pero todas las que has hecho por el momento son razonables.

—Desapareceré tras terminar el Torneo—establezco de nuevo, haciendo que ella asienta encogiéndose de hombros—. Preferiría mantener mi anonimato, pero supongo que no puedo

cubrir mi rostro, así que simplemente voy a pedirte que cubras mi salida y que nadie me siga después de ello.

—Hecho, también—ella asiente de nuevo, y sus brazos se cruzan sobre su pecho—. ¿Una última voluntad antes de continuar con el entrenamiento?

—No es tanto una voluntad, como un aviso—contesto, haciendo que ella frunza el ceño—. El Heredero de Phurid está conspirando para asesinar a todos los dragones y poner tu reino bajo su propio mando, intentando extinguir a los dragones. Mandó mercenarios antes de su comitiva para que se infiltrasen en el Baile de tu cumpleaños y pudieran someterte, mientras que él intentaría conquistarte para evitar el conflicto directo. Si no lo conseguía, el malnacido iba a matar a tu padre y a obligarte a casarte con él, pensando que eres débil por ser mujer.

Su silencio me indica que está pensando en concreto a qué Príncipe me refiero, lo cual provoca un extraño calor en mi pecho que no sé identificar. De igual modo, pronto un brillo de reconocimiento se posa en sus ojos de color verde, y me mira de vuelta con furia ardiendo en su interior.

—De momento, voy a necesitar tu ayuda también en el Baile, si no te importa—asiento, sabiendo que ya iba a asistir—. No te olvides de tu sable, y tampoco de tu daga.

Asiento de nuevo, haciendo que ella suelte media sonrisa, y la nostalgia vuelve a inundar sus ojos antes de mirarme de nuevo a los ojos, directamente.

—. Tal vez no pueda garantizar mi segunda promesa ahora que me revelaste todo esto, Olympus, pero me aseguraré personalmente de que tu libertad quede intacta—sus palabras me dejan confundido, pero continúo escuchando atentamente sus palabras—. Tengo un plan para destapar sus intrigas, pero si lo hago, no puedo prometerte que no quedes atado al palacio de alguna manera.

—Aceptaré tus condiciones, siempre y cuando mi abuela esté conmigo y a salvo.

—Entonces todo está establecido—ella suspira, y yo hago lo mismo, sintiendo que mi libertad está perdida por completo—. Lo siento, Oly, en serio, pero no puedo hacer más.

—Estás haciendo todo lo posible, Alana. Eres la esperanza de todo el Reino. Has puesto tu vida en servicio del pueblo. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

—Tristemente, no es algo de mi agrado, y tampoco creo que pudiera ser del tuyo—responde ella, con una sonrisa triste en sus labios, y siento el ansia imperante de abrazarla y decirle que todo saldrá bien—. Sin embargo, no tengo elección si quiero eliminar las amenazas de Wuvia.

Sus palabras me tocan el corazón, y Suhn, de forma seria, suspira en mi mente.

“Despídete de toda tu vida hasta ahora, chico. Esto va a ser tremendo”.

Capítulo 28

Alana

Mi respiración acelerada antes de que anuncien mi participación en el Torneo delata mis nervios, mientras Braxas parece estar deseando salir del colgante con fuerzas renovadas.

Tras el entrenamiento de ayer con Olympus, está deseando mostrar su propia fuerza, lejos de no confiar en mis propias habilidades.

El mandoble de mango negro adornado con la esmeralda y con un cordón dorado y rojo en torno al propio mango envía a través de mi brazos escalofríos, esperando entrar en acción, especialmente teniendo en cuenta quién será mi primer contrincante en este Torneo.

Una vez el vocero anuncia mi nombre, salgo con una armadura idéntica a la que utilicé ayer para practicar la técnica de Oly, mientras mi respiración comienza a calmarse.

El Príncipe de Torenth, también a pie, con una cimitarra en sus manos y su dragón de color plata rodeando su figura, acaricia suavemente con su mano libre la cabeza de la criatura, supongo que calmando sus propios nervios y los de su compañero.

Mi colgante arde en perspectiva.

—Princesa Alana, debe mostrar a su dragón—me recuerda un Guardia, consciente de que Braxas es mi montura, y mi cuerpo comienza a temblar—. Tan pronto como sepan que usted es una Jinete Legendaria, es posible que el mismísimo Príncipe Gainniar decida renunciar a la lucha.

—Lucharé, independientemente de su decisión—resumo, y pronto suspiro e invoco la figura de Braxas.

Casi estoy en el centro del anfiteatro que han preparado para albergar el Torneo, y cuando me coloco en esa posición, la gente comienza a murmurar a mi alrededor. Sin embargo, al ver el brillo saliendo de mi pecho, mis ojos cerrados permitiendo a Braxas tomar su forma física, los murmullos cesan, y pronto siento el calor de Braxas a mis espaldas. Abro mis ojos de color esmeralda, idénticos a los de mi dragón, y él envuelve con su cuello mi cuerpo, alzando sus alas hacia el cielo.

El Rey de los Cielos, en toda su gloria, intenta reconfortarme, transmitiendo calor a mi pecho, y pronto tomo aire profundamente y me digo a mi misma que esto pasaría tarde o temprano.

El momento de la verdad comienza, mientras el Príncipe Heredero frente a mi abre la boca en sorpresa, y su dragón se hace pequeño frente a Braxas.

Un par de Guardias traen la montura hecha a medida para Braxas, pero hago un gesto para que no se la pongan. Llevo años montándolo sin ningún tipo de ayuda, y eso sólo conseguiría incomodar a mi mejor amigo.

No quiero asfixiar a Braxas en su primer día frente al público como dragón montado.

“No sabes lo que me enorgullece ser tu montura, Alana”, su voz profunda llena mis tímpanos, y su cuello se estira para soltar una beligerante llamarada que el público aplaude de forma excesiva.

—¡Que comience la pelea de exhibición entre el Príncipe Gainniar, de Torenth, y la Princesa Alana, de Wuvia!

Ni siquiera es necesario que el vocero anuncie los nombres de nuestros dragones, especialmente del mío. Mientras Gainniar sale del agarre de su dragón para enfrentarse a mi con un hacha, yo muestro mi mandoble, que sujeto solo con mi mano izquierda, mientras en la derecha guardo parte del poder de Braxas, cuyo vínculo conmigo me permite crear y lanzar bolas de fuego a distancia.

—Jamás pensé que fuera la Jinete Legendaria del gran Braxas, Su Alteza—habla el joven de color canela y ojos grises, lejos del plateado de las escamas de su dragón—. El Rey de los Cielos ha hecho que mi pobre Okmag se sienta intimidado.

—Espero lograr por mi misma el mismo efecto sobre vos, Príncipe Gainniar—resumo, con un suave murmullo, manteniendo mi posición y parando con el plano de mi mandoble el primer golpe de la pelea.

Apenas unos segundos después, mi mano izquierda, envuelta en llamas, alcanza el mango del hacha de mi oponente, haciendo que la madera arda en apenas un suspiro.

Cuando solo la parte metálica del arma cae a la arena con un chasquido, el chico frente a mi muestra pánico en sus ojos, y yo solo apunto mi mandoble hacia su garganta, mostrando mi superioridad táctica en todo caso.

—No esperaba que la Princesa más hermosa que mis ojos han podido ver también fuera la más fuerte—resume, con la punta de mi mandoble en el gaznate—. No dudo que Braxas hizo una elección magistral de su Jinete.

“Las leyendas solo se relacionan con leyendas”.

Mi dragón, acurrucado como un gatito en el lateral de la arena, simplemente suelta humo por sus fosas nasales, mientras el dragón plateado muestra su miedo a través de sus ojos de color oscuro. Pronto ha alzado el vuelo, huyendo con pánico hacia los nidos de la Montaña, mientras Gainniar se mantiene en su posición.

El vocero pronto anuncia mi victoria en la pelea, y me dirijo al público tras guardar mi mandoble, con una reverencia, mientras Braxas mantiene su lugar en el lateral del que había

salido. Me acerco a él, y baja su cuello, como estamos acostumbrados a hacer, alzando sus alas tan pronto como mis piernas se colocan en la posición habitual.

El aire me golpea el rostro cuando despega, mostrando su superioridad, y quiero gritar de la emoción al sentir la libertad, pero no puedo huir con tal facilidad.

Pronto Braxas se posa en la zona de descanso, preparada para mi enorme dragón, donde el resto de dragones habían tomado vuelo para permitir que Braxas se posara. Una vez él se sitúa en un rincón y vuelve a acurrucarse en posición de descanso, por fin con la capacidad de estirar libremente sus alas, yo acaricio sus escamas, oscuras como el ébano y duras como el acero.

Sonrío al sentirme en casa, con Braxas a mi lado.

“Ya hemos dado el espectáculo. Lo siguiente será esperar a Olympus y Suhn’ra”.

Espero que no tarden mucho.

“Suhn estaba deseando salir, aunque Olympus se veía reticente”.

Lo sé, amigo mío. Supongo que será difícil para él que todo vaya tan rápido.

“Se ha fusionado con Suhn ya varias veces, y controla a la Reina de las Nieves con una facilidad absurda. No le veo demasiado incómodo al respecto”.

Desde luego, parecen la pareja perfecta.

“Igual que tú y que yo”.

Sonrío de nuevo, viendo a mi dragón en todo su esplendor, flexionando sus alas y moviendo su cola como un gato, mientras ronronea ante mi toque.

El patio se ha llenado de curiosos rodeándome, algunos jinetes que no reconocieron las escamas el día de la fusión en el comedor y otros que no habían visto absolutamente nada. Sin embargo, nadie se atreve a acercarse, más por el peligro que supone la cola de Braxas moviéndose de forma suave.

Braxas, la cola.

“Perdón, pero quería estirarme”.

Una vez el movimiento de su cola para, noto una presencia a mis espaldas, y me giro con un movimiento de cadera para observar a mi nuevo acompañante.

El Príncipe Manius observa con un nuevo respeto a Braxi, mientras la mole oscura a mis espaldas comienza a echar humo por sus fosas nasales. Pronto mi mano derecha se posa, de forma casi inconsciente, en mi mandoble, mientras el único lo suficientemente valiente como para acercarse es el mayor conspirador que ahora mismo amenaza mi reino.

“Nunca me cayó bien ese chico”.

Antes siquiera de que pueda hablar, Olympus llega, vestido con una armadura muy similar a la del entrenamiento, pero con la camisola del mismo color del hielo, tal y como mi tía aceptó con gusto.

Corre hacia mi, su sable tintineando al golpear con sus botas, y sonrío al verle alcanzarme, parando para sonreír suavemente.

—Braxas ha estado genial, Su Alteza—el chico me hace una reverencia cuando recuerda los modales, y una pequeña risa sale de mis labios antes de obligarle a incorporarse—. Esperamos estar a la altura de su presencia.

—Oly, deja las formalidades—me muestro coqueta, dejando salir las emociones que había intentado encerrar en lo más profundo de mi ser desde nuestro encuentro en el bosque, y toco su brazo de forma íntima—. Sabes que prefiero que tú me llames Ali.

—A veces se me olvida—se rasca la nuca, actuando tal y como acordamos, y ruborizándose ligeramente ante mis palabras—. En serio, Braxas es impresionante. Esa llamarada me ha provocado escalofríos.

—¿Seguro que no era tu montura quien los envió por tu espina dorsal?—él ríe, de forma suave, mientras escucho un mohín de Suhn y un quejido de Braxas en mi mente—. Vale, vale, ya sé, seguiréis negando que estáis hechos el uno para el otro, lo pillo.

—Al menos nosotros podemos acercarlos—susurra Oly, lo suficientemente alto como para permitir al público escucharlo. Conoce el papel que desempeñamos, aunque inicialmente sea sólo eso—. Me alegra haber visto tu pelea, Ali. Espero que veas la mía.

—No lo dudes, Olympus—sonrío, y tomo su otro brazo, mientras él agarra mis manos con fuerza—. Estaré expectante de veros luchar. ¿Quién es tu contrincante?

—El Príncipe de Zoburg, creo—frunce el ceño, intentando recordar su nombre, con una expresión verdaderamente divertida—. Tiene un dragón de color bronceo, alargado y con escamas con forma redondeada.

—Sí, ya sé de quién me hablas—respondo, con una risita—. Lo fundirás en un combate. Solo ten cuidado con su red.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta—murmura de nuevo, y su mirada color hielo se clava en mis ojos verdes, provocando que me pierda de alguna manera—. Ten cuidado, Ali.

—Tú también, Olympus—resumo, soltando sus manos y buscando en el zurrón de una de las cintas el lazo con el escudo de Wuvia que había preparado—. Déjame tu sable. Así todo el mundo sabrá que gozas de mi favor.

Él pronto alcanza la empuñadura de su sable, y ato el lazo con la insignia de nuestro reino bien

visible, y sobre todo el borde dorado que indica que fui yo quien se lo dio.

El chico toca con su dedo índice el suave tejido, creado específicamente por mi tía Grace, y su mirada se fija en él como si fuera el mayor tesoro del mundo.

Interpreta bien su papel, y yo también debo interpretar el mío.

Mientras está distraído con la seda, poso mis labios en su mejilla, y de nuevo sus mejillas se vuelven rojas de nuevo. Sonrío, y él asiente con decisión, aunque sus mejillas mantienen aún su tono rojizo y nuestra cercanía puede dar lugar a confusiones.

Pronto anuncian su nombre, y junto a él me acerco a la puerta de salida a la Arena, a donde nos sigue Braxas con suavidad, intentando ocupar el menos espacio posible.

Aseguró el lazo en la empuñadura de su sable, mientras él suspira y susurra, esta vez asegurándose de todo esto antes de salir a la Arena.

Capítulo 29

Alana

—No sé si estoy preparado para esto, pero allá vamos—suspira, y yo palmeo su espalda con confianza, haciendo con ello que dé su primer paso firme sobre la arena del anfiteatro.

El vocero anuncia su nombre, al igual que anunció el mío, pero sin títulos ni florituras. Oly solo es “Olympus Granweath, de Heathmaw”. Para mi, es mucho más, pero pronto lo sabrán justo como yo lo sé.

El chico de Zoburg, su dragona de color ocre posándose a sus espaldas cuando sale, porta una red de guerra, con espinas y pinchos que podrían hacer temblar al más pintado. Sin embargo, Oly ya está en el centro del lugar, justo en el mismo lugar que yo marqué suavemente con mi mandoble justo antes de invocar a Braxas.

El cuello de mi dragón se asoma junto a mi, observando la arena, y sus escamas comienzan a temblar en expectación. Sonrío acariciándolo, de forma distraída, mientras el brillo que reconozco desde hace años envuelve a Oly igual que lo hizo conmigo.

“Con lo que le gusta a Suhn la atención, esto será más que un espectáculo”.

Eso espero, Braxi.

La dragona de escamas del color del diamante y los ojos de hielo se coloca en una posición dominante, siempre envuelta en ligera escarcha, y haciendo que el cabello de Oly repentinamente esté cubierto de una fina capa de nieve que apenas parece un adorno. Sus ojos idénticos a los de su Jinete se muestran feroces, reivindicando su posición como Reina de las Nieves, al tiempo que Oly toma posición de lucha frente al Príncipe cuyo dragón ocre ya ha tomado vuelo, huyendo del lugar.

Sonrío, sabiendo que Suhn y Braxas portan un poder similar, y observo como atención como ella forma alrededor de los dos contrincantes un muro de hielo, evitando la huida del Príncipe, que ya parecía sopesar sus opciones.

En una mano, Oly porta su sable, adornado con el lazo que le indica como el favorito de la Princesa, mientras que en la otra una bola de hielo duro se forma completamente esférica, sin mostrar vacilación.

Una vez el Príncipe de turno decide atacar en lugar de huir, Oly ya está preparado. Él es mucho mejor defendiéndose que atacando, igual que yo soy mucho más apta para atacar en lugar de defender mi posición. A pesar de compartir un fondo similar, Oly es más rápido, más sibilino y mucho más inteligente en sus movimientos.

Yo soy una soldado entrenada para una guerra fiera y cruda, sabiendo que un buen ataque también constituye una buena defensa.

El primer movimiento de Oly es tan grácil como su dragona, que observa la pelea sin miedo de intervenir con sus carámbanos y sus estrategias.

Sin embargo, tampoco pasa mucho tiempo desde que el sable de Oly se alza para enredarse en la red, y la mano izquierda del joven mercader vuelca el hielo sobre la misma, haciendo que el entresijo de alambres y pinchos se congele por completo antes de caer en pedazos de hielo que se derriten al tocar el suelo.

El Príncipe de Zoburg, habiendo perdido su arma y con el sable de Oly en el gaznate, alza las manos y pronuncia unas suaves palabras, que hacen que Oly ría y quite su sable de su garganta, haciéndole una reverencia más por respeto que por modales.

El vocero, sorprendido, anuncia el nombre de Oly como ganador de su batalla, y aplaudo cuando monta a Suhn del mismo modo que yo lo hice sobre Braxas y ambos vuelven a la zona de espera junto a la plaza.

Cuando baja de Suhn, Braxas y ella tocan sus morros entre sí, en una especie de gesto de reconocimiento mutuo, y aunque el resto de dragones han tenido que dirigir su figura hacia los muros o los cielos, ambos se acurrucan el uno junto al otro, observando como Oly entra corriendo sin una gota de sudor en su frente, sonriendo como un niño, y me alza en un abrazo que yo no esperaba en absoluto.

Podría haber formado parte del plan, pero cuando me da vueltas siento que es por la emoción de haber conseguido ganar el combate, y de nuevo le devuelvo la sonrisa.

—¡Lo conseguimos, Ali!—dice cuando por fin me baja, y de repente se da cuenta de sus movimientos y se sonroja de nuevo—. Digo, Suhn y yo también hemos ganado nuestra pelea.

—Entonces, podemos tranquilizarnos hasta que el resto de peleas se produzcan—respondo, riéndome a carcajadas, mientras ambos nos sentamos en el suelo y comenzamos a hablar de nada y de todo, de lo bonito del bosque bajo el sol, de la forma de agarrar un sable o un mandoble y de la sensación de euforia que nos llena al montar sobre el lomo de nuestros dragones.

De nuevo, nos vemos rodeados por curiosos, algunos atraídos por Braxas, otros por Suhn, y otros por la relación que mostramos un simple mercader y la Princesa del Reino ante sus ojos.

Ambos nos miramos a los ojos al sentir que un grupo de pasos se acercan, y mientras Braxas comienza a soltar humo por sus narinas, Suhn crea una pequeña nevada sobre el patio completo, evitando las palabras.

Sin embargo, cuando veo a mi padre, acompañado por otros reyes, abrirse paso por el patio en nuestra dirección, con un gesto de mi mano ambos dragones dejan su instinto de lado, y miro a Oly mientras me levanto con suavidad y reverencio a Su Majestad, Pietro, y al resto de regentes.

—Bienvenido, su Majestad—resumo, en mi posición suave, sabiendo que Oly está a mi lado haciendo exactamente lo mismo—. ¿Qué lo hizo bajar del palco?

—La unión de dos leyendas en mi reino, hija mía—responde, observando con atención a Suhn, que con ojos coquetos observa a mi padre—. Jamás pensé que un simple mercader fuese el Jinete de la Reina de las Nieves.

—S—Su Majestad...—Oly continúa reverenciando a mi padre, y tras propinarle un codazo, consigo que se alce de nuevo en toda su altura, casi media cabeza mayor que la mía—. Fue Suhn'ra quien me eligió a mi.

—Sé que los dragones legendarios escogen a sus propios Jinetes y tienen habilidades extraordinarias, aunque nunca había visto tanto hielo en mi reino durante tanto tiempo—mi padre suelta una risotada, y mira a Olympus a los ojos—. Si me permites, y ella me otorga su permiso, ¿puedo tocarla?

En los ojos de hielo de Oly se forma una sombra oscura, pero desaparece al instante, y sé que Suhn le está indicando que acepte de la forma correcta.

“Si escuchases a esa zalamera ahora mismo, vomitarías”.

Basta, Braxas. Nos están ayudando.

“El chico me cae bien. Ella sigue siendo un grano en el trasero”.

Sonríó suavemente, en dirección al resto de reyes, que observan a las dos grandes criaturas justo a nuestras espaldas, mientras mi propio padre se acerca a Suhn con cautela.

La dragona, sin embargo, se hace la difícil, no estirando su cuello hacia él, sino haciendo que una ligera capa de nieve se pose sobre los hombros de su armadura, enviando sobre mi padre un escalofrío.

Sin embargo, el Gran Rey Pietro no se ve afectado por ello, sino que sus ojos brillan con aún más curiosidad, y alza su mano suavemente antes de rozar un poco las escamas de Suhn, que se alzan a modo de defensa ante su toque.

—Parece puro hielo—susurra, retirando su mano casi de inmediato, y ella se acurruca junto a Braxas, que actúa como su hermano mayor—. Braxas es la lava de un volcán, y Suhn'ra el hielo de un iceberg.

—Allí nacieron ambos, su Majestad—declaro, suavemente, con mi mano derecha sobre mi estómago—. Y ambos decidieron establecer un vínculo al mismo tiempo, con diferentes Jinetes, pero del mismo reino.

—Y tan diferentes—suspira Oly, apenas en un susurro, mientras yo sonrío al escuchar su declaración.

—No pensé que hubiera más leyendas que el Rey de los Cielos, pues la Reina de las Nieves apenas se ha dejado ver salvo en las historias más antiguas—otro de los reyes, que puedo reconocer por su piel canela como el Rey de Torenth, observa mi cercanía con Oly, y analiza al chico—. Ya veo, Pietro, que tu hija es verdaderamente poderosa, pero no sólo por su dragón.

—Mi hija ha sido fuerte desde que era una niña, viejo amigo—responde mi padre con orgullo, sabiendo mi estrategia al compararme con Oly—. Braxas solo eligió a la persona más fuerte en la que pudo confiar.

“Alana curó mis heridas con apenas dos años de edad, y en su interior ya ardía una llama muy intensa antes siquiera de establecer un vínculo”, declara Braxas, en mente de todos los presentes, con su voz más profunda y regia posible. “Tal vez apenas fuera una niña cuando nos conocimos, casi un bebé, pero eso no significa que no se más poderosa que cualquier Jinete con los que me crucé en todos estos siglos de vida”.

“Oh, y ella me presentó a Olympus”, añade Suhn, a la que miro de vuelta con afecto. “En Olympus encontré el calor que podía derretir mi hielo, y mis murallas, y con ello todas las restricciones que podría tener para crear un vínculo. Esa chica sabe lo que hace”.

Todos los reyes ante nosotros guardan silencio, y mi padre, orgulloso de mi, se acerca a mi posición y coloca su mano en mi hombro.

Ahora sí que no dudo sobre mi vínculo con Braxas. No me hace más fuerte, porque por mi misma soy fuerte. Sin embargo, sí que hace que me sienta segura, que la llama en mi interior sea más fuerte y que pueda controlar por mí misma cosas que jamás habría pensado en controlar.

—Si bien es cierto que soy una persona independiente de mi dragón, he de reconocer que mi vínculo con él me ha hecho aprender muchas cosas, entre ellas a reconocer a los Jinetes Originales que se encuentran ocultos entre la servidumbre—añado, sin pensar exactamente en mis palabras—. Si bien su sangre no ha llegado a muchas familias nobles, hay algunos Jinetes, como Roger u Olympus, con sangre en sus venas tan fuerte como la mía, o incluso más. Sé que Olympus procede de otra rama de los Jinetes Originales, mientras que Roger es familiar mío de algún modo, pero en todo caso es reconocible que las personas con sangre de los Jinetes Originales tienen habilidades especiales y mucho poder por sí mismas, aunque mueran pronto porque no pueden sobrevivir sin un vínculo con un dragón.

Todos los reyes me observan directamente ahora, fascinados por mi discurso suave y en un tono obediente, y puedo sentir el pecho de mi padre hinchado como el de un palomo.

—La Princesa Alana es la mejor Heredera al Trono que podría desear Wuvia—añade Oly, justo a mi lado, haciendo una reverencia en mi dirección, aunque sé que más que sus palabras, son de su abuela Norberta y de aquellos lugareños que me han aceptado como heredera—. Su Alteza no merece nada más que devoción.

Con esas palabras, sí consigo sonrojarme, observando el cabello moreno del chico adornado con algunos copos de nieve que se resbalan entre las hebras de pelo.

“Ese chico te gusta, y lo sabes”.

Cállate, Braxas.

“No admitiré un no por respuesta”.

Pero no puedo decidir mi destino romántico, ya te lo he dicho más veces.

“Siempre puedes hacer lo posible para luchar por aquellas personas que te importan, Alana”.

Suspiro, y pronto vuelvo a mi posición de Heredera al Trono, y no de amiga del mercader y Jinete de Braxas.

Tanto Braxas como Suhn se miran el uno al otro, y puedo sentir el calor intenso que se instala en mi cuerpo cuando mi dragón decide que mi cuerpo es su mejor morada. De igual modo, puedo notar que a Oly un escalofrío le recorre la columna, y pronto el patio parece completamente vacío sin sus cuerpos físicos a la vista.

—Pensé que la Princesa Alana sería débil por ser mujer—admite aquel rey que en el comedor se rió de que ayudase a las sirvientas—. Sin embargo, ahora reconozco que me equivocaba, con creces.

Sus palabras parecen calar en el resto de mandatarios, y en un abrir y cerrar de ojos se dispersan por el patio de espera, buscando cada uno a su propio Heredero con ansia y sin dudar.

Mi padre continúa sujetando mi hombro, orgulloso al ver que su única hija es el centro de atención de todos los reinos existentes, pero pronto su atención pasa de mi hacia Oly, y el chico de nuevo hace una reverencia completa en dirección a mi padre, arrodillándose frente a él.

—Su Majestad, mi nombre es Olympus, y soy el nieto de Norberta Granweath, mercader de profesión—omite que su abuela es la mayor traficante de información del Reino, pero no es necesario que lo mencione cuando el nombre de Norberta sale de sus labios—. No conocí a mis padres, mi abuela me recogió en el bosque siendo apenas un niño y no sé de dónde saqué mis propias habilidades, pero su hija vio mi potencial y Suhn decidió aceptar formar un vínculo conmigo.

—Chico, levántate—mi padre ordena, con la voz del rey impregnada de poder, y Oly alza su cuerpo, haciendo que mi padre mire hacia arriba para poder observarlo—. Eres el Jinete de la legendaria Reina de las Nieves. Tu origen, al igual que el de mi hija, es completamente irrelevante. Ciertamente es que tú eres mucho más invisible, en comparación con la mismísima Heredera de Wuvia, y que tu fuerza es incomparable con la de mi hija, pero no dejas de tener mucha relevancia para el Reino como Jinete.

El agarre de mi padre sobre mi hombro se retira, y su mano derecha se dirige al joven frente a nosotros, siendo que el muchacho de cabello oscuro tiene una expresión de sorpresa en su rostro que no esperaba.

—Su Majestad, yo no soy nadie...

—Te mudarás al palacio, y entrenarás con el resto de Jinetes y con mi hija como uno de nuestros soldados principales, chico—resuelve mi padre, y yo pongo mis ojos en blanco. Había esperado esto—. Tu abuela también vendrá contigo, aunque no lo desee así, aunque llevo años intentando que su persona colabore con el Gobierno del Reino de forma directa y no sólo a través de su red de contactos.

Mi padre sonríe, estrechando la mano de Oly, mientras él parece estar obnubilado por la presencia real ante sí, y yo solo puedo sonreír al igual que mi padre, sin poder evitar mirar al chico con nostalgia.

Pese a todo, será más libre que yo, sin dudarlo.

Capítulo 30

Alana

—De acuerdo, su Majestad—responde Oly, mirándome con sus penetrantes ojos—. Muchas gracias por la oportunidad, su Alteza.

—Prepara tus cosas, y las de tu abuela, por favor, y mudaos cuanto antes—mi padre ordena con su voz pronto a un par de Guardias acompañar al chico—. Tendré vuestras habitaciones listas para esta tarde.

Oly solo asiente, mirándome con un brillo peculiar en sus ojos, y se dirige hacia la salida, escoltado por los dos Guardias de mi padre y por dos dragones de pequeño tamaño de aspecto fiero.

—Padre, no era necesario...—intento comenzar, pero pronto me veo interrumpida por la voz de mi padre.

—Es la primera persona que conozco con la que muestras una cercanía similar a una amistad, o incluso a un romance, mi pequeña Alana—su afirmación es rotunda, firme y dulce, sabiendo que ahora mis lazos familiares con él son más relevantes que los modales y las formas de la realeza—. No pienso dejar que esa sensación escape de ti, igual que se marchó de mi pecho con tu madre. El chico se mantendrá a tu lado todo el tiempo que yo pueda garantizarlo, lo prometo.

Mis ojos se llenan de lágrimas de agradecimiento, casi completamente derramadas, pero no permito que salgan de allí.

Mi padre, por una vez en muchos años, muestra su cariño de forma permanente y constante, y, por una vez en muchos años, siento en mi pecho que realmente me aprecia, más allá de que intente compensar los años perdidos con su hija biológica.

Una bola de pelo errática y en crecimiento corre y se estampa en mi pierna, sentándose de forma automática con el golpe. Ríe sin poder controlarme al ver a Side, que me mira con la lengua fuera y algo de paja en su pelaje, tan pícaro como siempre.

—Este bicho ya se ha metido en el corral de los cachorros de caza—resumo, y mi padre se carcajea junto a mí mientras lo recojo y limpio con cuidado el heno de su suave capa de pelo—. Yo que tú iría a revisar los daños que pueda haber causado.

—No sé a quién se le ocurrió regalarte un lobezno por tu nombramiento—pone los ojos en blanco, y sonrío cuando el pequeño intenta lamer mi rostro—. Siempre está armando algún desastre.

—Al menos es más dócil que la antigua Reina—recrimino de forma irrisoria, haciendo que mi padre ría a mi son—. Hay que admitir que sus desastres se pueden solucionar fácilmente, y que me hace caso cuando lo llamo, a diferencia de esa bruja asquerosa.

—Un poquito de respeto, por favor—mi padre suelta casi en tono sarcástico, y sonrío de nuevo—. En realidad, ni muerta merece respeto, por todo lo que te hizo.

—Prefiero hablar de momentos más agradables, como por ejemplo la preparación del nido de Braxas—mi padre frunce el ceño, y yo río de nuevo—. Aún no está listo, ¿no?

—Sigue siendo demasiado pequeño, aun siendo el más grande de la montaña. Y la petición del fuego cerca es un poco compleja, hija mía.

—Pues deja ese nido para Suhn, que no es tan grande y puede llenarlo por sí misma con todo el hielo que quiera. Ya buscaré algo más apto para Braxas.

—¿No es un volcán entero suficiente para tu montura?—mi padre sonrío, indicándome el camino de vuelta al interior del palacio, y no entiendo sus palabras hasta que me indica un punto en un mapa del Reino, no muy lejos de aquí, detrás de las montañas—. Hemos decidido que Braxas se instale por sí mismo aquí, en este volcán, que es aún más grande que la montaña y seguro es de su gusto.

Abrazo a mi padre en apenas un impulso, mi cabellera roja soltándose de su sujeción, y él me devuelve el abrazo riendo, como un loco.

Apenas puedo soltarme de sus brazos antes de que el vocero, aun audible desde aquí, anuncie que el Torneo ha finalizado, y siento que algo ha cambiado en mí.

“Has conseguido abrirte, en canal, ante un público muy amplio, Alana”.

Me siento más fuerte.

“Lo eres, mi pequeña”.

Capítulo 31

Olympus

El mundo comienza a dar vueltas a mi alrededor en cuanto salgo de palacio, acompañado de dos Guardias Reales, y del sable con el lazo de Alana atado en su empuñadura.

Siento las miradas de ambos sobre mi, su ansia de preguntarme mil cosas sobre Suhn, pero mi daga helada me pone los pies en el suelo y siento que mi compañera quiere mantener el misterio a su alrededor.

Para todos, ella y Braxas son la pareja idónea, al igual que la Princesa Alana tiene un interés en mi por encima de la amistad.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

Era todo una actuación. No por mi parte, sin duda, porque Alana me parece una pequeña diosa fuera del alcance de cualquier ser humano.

Sin embargo, por su parte parecía una actuación total, salvo la conversación vana y amistosa que tuvimos en el patio hasta que los Reyes se presentaron ante nosotros.

Los Reyes de quince naciones diferentes.

Quince reyes, cada uno con un territorio bastante amplio, y líderes por nacimiento de dichos territorios, mostraron amplio respeto en mi dirección.

Aún me mareo solo de pensarlo.

“No es menos de lo que mereces, Oly”.

La voz de Suhn intenta reconfortar mi revuelto estómago, pero no puedo evitar sentir miradas muy intensas en mi dirección mientras dos Guardias con la estola real me escoltan en nuestro camino al mercado.

Solo cuando entramos en el recinto del mercado mi abuela, que parecía estar esperando mi llegada con ansias, sale de su puesto, ignorando por completo sus mercancías, para colgarse de mi cuello con la energía que la caracteriza.

—Niño tonto—susurra en mi oído, con una risa alegre—. No vuelvas a dejarme sola. ¡Apenas vendí nada sin tu cara bonita cerca!

—Ambos sabemos que eso no es cierto, abuela—respondo suavemente, haciendo que ella ría, la emoción reflejándose en sus ojos mientras me examina en busca de marcas o cicatrices—.

Abuela, estoy bien. Sabes que puedo defenderme.

—Esos príncipes han entrenado desde que sostenían una espada, niño tonto—resuelve, de nuevo buscando alguna herida en mi cuerpo, sin fijarse siquiera en mis ropajes extraños a ella—. ¿Seguro que no te han hecho nada?

—He ganado mi pelea en el Torneo en apenas unos segundos—resumo, y ella me mira a los ojos, sus ojos castaños frunciendo el ceño—. Sabes que no lo hice yo solo, y ya es conocido mi vínculo con Suhn. No necesitas callar más esa parte de la información.

—Vaya...—suspira, y apenas deja de examinarme, se fija en mi armadura y en los dos Guardias reales a mis espaldas—. Entonces, supongo que irás al palacio y no volveré a verte.

Las lágrimas llenan sus ojos, esperando que le diga que desapareceré de su vida, y eso me hace sonreír. Un capón de su parte y un “No te rías de tu abuela” sale de sus labios, lo cual me hace reír aún más, y los dos Guardias tras de mí sonríen ante la interacción familiar de las dos personas ante sí.

—Abuela, Su Majestad ha ordenado que empaquemos nuestras cosas—susurro, sobando aún el brazo donde me golpeó—. Ambos vamos al palacio, no solo yo.

—¿Cómo...?—de sus ojos desaparecen las lágrimas, sustituidas por una expresión de sorpresa y asombro muy amplia—. ¿Podré vender mis mercancías en el patio del palacio?

—Su Majestad ha solicitado tus servicios como Consejera Real, además de que yo entrenaré con los Jinetes reales.

Mi abuela se congela durante unos segundos, y me mira con los ojos brillantes y expectativas altas.

—No es posible que ese jovencito orgulloso quiera proponerme ser su Consejera—contesta, completamente confusa ante mis palabras—. Cuando su reinado comenzó me pidió ser su confidente, pero, ¿su Consejera?

—Ese “jovencito orgulloso”, como vos decís, ha establecido que sus pertenencias estén listas para su traslado a palacio esta misma tarde—uno de los Guardias habla, con toda la autoridad a la que puede tener acceso, y mi abuela lo observa con atención—. Venimos a colaborar con el traslado.

Sonrío a mi abuela, que piensa en mil cosas antes de asentir de forma completamente obnubilada.

En algún momento, mientras los Guardias recogen nuestras mercancías, ella sale de su estupor inicial, y me mira con atención.

—Has sorprendido a los quince regentes que están en el palacio, ¿no?—asiento suavemente, sin emitir una sola palabra, y ella me golpea de nuevo el brazo con fuerza—. A veces me planteo si

eres demasiado idiota o demasiado listo.

—No fue idea mía, lo confieso—observo a los guardias envolver las sacas de cereal y frutos secos en las propias telas que formaban el puesto y dárselo a sus dragones, que lo llevan como si fueran simples plumas en dirección al palacio—. La Princesa Alana quería remarcar que su fuerza como Heredera no procedía de su dragón, y al mostrar junto a sí a un Jinete Legendario de origen humilde y sin ningún tipo de posición oficial, su vínculo con Braxas quedó casi en segundo plano por debajo de su propia presencia e inteligencia.

—¿Es la Jinete misteriosa del Rey de los Cielos?—pregunta mi abuela, y asiento de nuevo sin emitir una sola palabra, viendo el lugar donde había estado nuestro puesto hasta hace segundos. Los Guardias reales vuelven a nuestra dirección, mientras ella pone sus ojos en blanco—. Lo sospechaba, pero aun así era algo que debía confirmar.

—Eres demasiado inteligente, Yaya—resuelvo, poniendo mi brazo en torno a sus hombros en un abrazo dulce y familiar—. Nuestras vidas han cambiado por completo.

La mujer asiente, y una risotada sale de sus labios justo antes de comenzar a caminar en dirección al palacio, sujetando mi brazo y la cuerda que los Guardias han atado en torno al cuello de Greta.

—A buenas horas van a intentar enseñarme modales.

Llegamos al palacio en apenas un suspiro, y mi abuela entra por las puertas principales como si fuera su propia casa de la que hablamos.

Suhn ríe en mi mente, con una carcajada limpia y dulce, que siento en mis carnes y me hace soltar una sonrisa.

“Tu abuela me cae bien”.

Sonrío, sabiendo que la anciana Norberta es la reina de la información en el reino, y sigo su camino, manteniéndome a cierta distancia de ella mientras recorre los pasillos hacia el salón del trono.

Ni siquiera llama a la puerta, sino que entra a través de los portones sin ningún tipo de decoro. Los Guardias que nos seguían intentan detenerla, pero no llegan a tiempo, y ella se sitúa en el centro del salón del Trono, donde Alana y su padre parecían tener una reunión privada en la que la sonrisa de ella era patente mientras ambos hablaban en murmullos sobre un mapa del reino.

—¡Su Majestad! Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro—mi abuela grita en medio del Salón del Trono, y el Rey y la Princesa se giran sorprendidos. La diversión en los ojos de Alana es evidente cuando me ve tras mi abuela, intentando parar su entrada magistral, y el Rey también sonrío como si fuera un niño siendo regañado.

—Tras dieciocho años de reinado, usted continúa siendo mucho más regia que cualquier Rey que haya conocido—el Rey Pietro, ante la visión de mi abuela, se acerca a ella y sonrío, sabiendo que

mi abuela no va a doblar su espalda para hacerle una simple reverencia— ¿Qué tal le ha ido todos estos años?

—Pues poco después de volver tras su petición, volví a mi Heathmaw natal, y allí impuse un negocio de cereales—mi abuela guiña su ojo, y todos en el salón sabemos a qué se refiere—. Es sencillo obtener todo lo necesario si eres invisible, Pietro. Y aun así, jamás pude vencerte en el asunto de Layla.

—Oculté nuestros rastros de forma irónicamente concienzuda, Norbi—responde el Rey, sonriendo y sujetando los brazos de mi abuela en un gesto de cercanía—. Cuando viniste personalmente a preguntarme por su “desaparición”, lo único que tuve que hacer fue ignorarte y decir que tenía demasiado trabajo del que ocuparme.

—Eres un hueso, jovencito—jamás pensé que uno de los famosos capones de mi abuela caería sobre el propio Rey, lo cual me asombra y me divierte al mismo tiempo—. Ahora que ya lo sé todo, he de reconocer mi derrota.

—Norberta, fuiste mi nana durante quince años, y la de Vec también—sonríe el Rey, y ahora entiendo muchas cosas sobre mi abuela—. Ya deberías saber que nos has educado en tus mismas mañas.

—Apuesto a que no conoces la información más fresca del momento—mi abuela, con la barbilla alzada, se aparta del Rey y camina directa al trono, en el cual asienta sus posaderas y se mantiene recta y expectante—. Salvo que tu hijita te haya contado todo lo que sabe.

Alana cambia su sonrisa de diversión por una mirada fulminante, y yo también me pongo serio.

Mi abuela está utilizando un tono demasiado alto como para difundir su información. Sabe que alguien nos escucha, y con ello pone alerta a los tres Jinetes que nos hallamos en la habitación, mientras los Guardias permanecen impassibles ante sus palabras.

—Fuera—ordena el rey, con un gesto de su mano, y ambos guardias salen de forma obediente ante su aura de poder. Sin embargo, la que mantiene el poder es mi abuela, actualmente sentada en el Sacro Trono, como si fuera su mecedora habitual—. Norberta, todos en palacio reconocen tus maneras, mas has de cuidar tus palabras.

Suhn alerta de oídos indiscretos, mientras mi abuela por fin levanta su trasero del trono y observa a su alrededor, fijando la vista en Alana.

—Ella es la esperanza del reino, y mi nieto con su dragona también—suspira, en alta voz, mientras el aura de poder de Alana se manifiesta junto con el mío—. Esa es toda la información que puedo darte ahora, mi querido Pietro.

El Rey suspira, aliviado de que sus palabras premonitorias sean suaves y no den pie a mayor indiscreción, pero Alana y yo mantenemos la alerta. En mi caso, porque Suhn así lo desea. En el de Alana, porque es ella quien ha captado el significado oculto en las palabras de mi abuela.

Una vez se levanta mi abuela, hace una reverencia a Su Majestad, tal y como es debido, al tiempo que un tumulto extraño se concentra en torno a las puertas del Salón del Trono. El padre de Alana corre en dirección al trono, al igual que Alana, que se encarga de hacer arder el mapa del reino y la mesa que lo sostenía con un solo toque, y mientras yo me coloco frente al trono de rodillas, fingiendo jurarles lealtad, al igual que mi abuela, paso al lado de las cenizas y las hago desaparecer con un simple movimiento de mis dedos y la colaboración de Suhn.

Capítulo 32

Olympus

Cuando quince reyes con sus herederos, rodeados de sirvientes cargando regalos, irrumpen sin aviso en el Salón del Trono, solo pueden apreciar dos figuras humildes jurando lealtad al Rey y a la Princesa, que con su armadura del Torneo aún mantiene la compostura a la derecha de su padre.

—Bienvenidos, camaradas—el Rey Pietro hace un gesto con su mano para que mi abuela y yo alcemos la cabeza, y con ello que nos levantemos—. Guardias, escolten a la anciana hasta sus aposentos. Su nieto será el Guardia personal de mi hija, así que se quedará junto a nosotros por el momento.

Mi abuela sale del salón del trono acompañada de dos Guardias Reales, siendo que tras ellos las puertas se cierran, y la enorme comitiva cubierta de regalos y bienes queda encerrada con nosotros.

La voz de Suhm resuena en mis tímpanos, y decido hacer caso a sus mandatos y colocarme junto al trono de Alana, sujetando mi sable, y de vez en cuando pasando mis dedos por el lazo que lleva su favor asociado.

Ella me mira al colocarme en mi posición, y sonrío con la mitad de su rostro mientras yo hago lo mismo. Nuestros ojos se cruzan en esa mirada, y no puedo evitar perderme en los densos bosques que albergan sus iris, mientras ella en algún momento decide volver a mirar hacia el resto de príncipes, sin siquiera hacer un gesto a su favor tras haberme dado su sonrisa como regalo.

“Esa princesa te ha enamorado por completo”.

No sé si es amor, pero una diosa caída del cielo es imposible de esquivar cuando te tienta de tal modo.

Pronto cuadro mis hombros, y junto a Alana observo y analizo a los diferentes reyes y regalos que traen.

El Rey de Torenth, acompañado de su hijo de piel canela y ojos grises, como él, tienta la suerte con un collar de diamantes para la Princesa, a modo de regalo del reino a cambio de la paz.

La princesa, sin embargo, desdeña los diamantes, resolviendo con voz dura que no suele utilizar joyas en ningún momento de su vida, y que eso no va a cambiar ahora.

Sé que miente, porque vi el colgante donde se aloja Braxas, pero no diré nada en su contra.

Uno tras otro, los regalos se suceden, cada cual más ostentoso que el anterior, y aunque no hubiera visto tales riquezas en mi anterior vida, he visto las escamas de Suhn, mucho más valiosas que cualquiera de las joyas y presentes que pueden presentar ante Alana.

Ninguna de ellas, sin embargo, es aceptada por la princesa, que mantiene la calma ante el ofrecimiento de una Isla privada para ella sola o la presentación de una estatua de hielo por su cumpleaños.

Su cachorro, suave y dulce, se acurruca entre sus piernas con docilidad, sin prestar atención a ninguno de los presentes.

Cuando llega el turno del heredero de Phurid, mis ojos se achinan, observando al chico rubio de modales precisos y ojos de color negro.

No me gustan sus ropajes, ni su mirada calculadora mientras saca una caja de tamaño considerable de las manos de su sirviente, aparentemente pesada, y su padre le observa con orgullo.

El Heredero, presentado como Manius, de una tierra tan pequeña como Phurid, apenas un islote en un mundo rodeado de tierra, abre la caja con despreocupación, mostrando una escama verde del color de las esmeraldas en un anillo, finamente trabajada y tallada para parecer una joya.

Sin embargo, todos los Jinetes de la sala, incluida la Princesa, suelta un suspiro ahogado ante el anillo.

—¿Qué clase de herejía es esta?!—Alana no puede contenerse, y su furia sale a través de sus ojos de color verde, que comienzan a brillar en un signo de peligro—. ¿Quién osó retirar una escama de un dragón y convertirla en un simple adorno?!

Capítulo 33

Olympus

El Rey de Phurid observa con el ceño fruncido la reacción de Alana, mientras el heredero toma aire con fuerza, de forma apenas perceptible, e intenta explicarse.

—La escama procede del cuerpo de un dragón asesinado en batalla, su Alteza—comienza, intentando mantener un tono dócil y dulce hacia Alana—. Murió con el honor de un guerrero, junto a su Jinete, y a modo de homenaje a ambos una de las escamas del cuerpo ya fallecido del dragón se tomó para crear este anillo, siendo nuestro mayor orgullo artesanal.

Alana no es tonta, y también detecta la mentira en su voz. Arrancó la escama a un dragón aún vivo, lo cual para la criatura sería como la pérdida de un brazo para un ser humano.

No puedo evitar unirme a Alana cuando ella se levanta de su asiento, y con un toque reduce la caja a cenizas, haciendo que el anillo caiga al suelo ante la atónita mirada de todos los presentes.

Coge el anillo, hecho de metal forjado al fuego de un dragón, y me mira, dando una orden implícita que acato sin pensar.

Toco con la punta de mi dedo índice el anillo, congelándolo por completo, y pronto se deshace en agua en manos de Alana, que reza suavemente una oración por el dragón herido.

—Su regalo era una ofensa para cualquier Jinete, Príncipe Manius—la furia de Alana, combinada con la grave voz de Braxas, llena el Salón del Trono, cuya temperatura comienza a subir espontáneamente. Yo mismo me encargo de mantener la cabeza fría y regular el calor que Alana emana, aunque ella no sea consciente de ello—. Un dragón es una criatura viva, inteligente y muy valiosa, y sus escamas no son objeto de artesanía en absoluto. Los dioses que nos acompañan nunca, jamás, deberían ser profanados de tal modo, ya sea en vida o en la muerte.

El Príncipe de cabello rubio da unos pasos hacia atrás, sintiendo el miedo al vez los ojos de Alana, y yo coloco una de mis manos en su hombro, calmando suavemente su furia hasta que la llama ardiente se convierte en cenizas apenas visibles en su interior.

Ella me observa al reconocer el gesto, y coge mi mano, aferrándose al frío que consigue calmarla suavemente, mientras inhala aire de forma profunda.

Estaba a punto de fusionarse con Braxas y arrancar la cabeza a ese bastardo de un zarpazo, pero tenemos otros planes de contingencia contra sus intrigas.

—Por voluntad de mi hija, Príncipe Manius, y tal y como ella ha expresado, su regalo ha sido

destruido y devuelto a donde debería haber estado siempre: en el polvo, junto a su legítimo dueño, el dragón al que se le arrancó la escama que lo conformaba—el Rey Pietro declara, y después observa al Rey de Phurid, con disgusto en sus ojos—. Jamás pensé que un Jinete fuera capaz de permitir una ofensa de tal calibre, Haimas.

—Mi hijo solo pretendía honrar la belleza y el poder de su Alteza Alana, Pietro—intenta el Rey Haimas apaciguar los ánimos, pero con la vista fija en mi mano sobre el hombro de la princesa—. Sin embargo, parece que ella ha adquirido una actitud muy hostil ante un pequeño fallo de Manius.

—Cualquier Jinete adquiriría esa actitud de recibir una burla de tal calibre, Rey Haimas—el Rey Pietro ha empezado a adoptar formalidades, lo que de alguna manera significa algo mucho mayor a punto de pasar—. No dejaré pasar esta ofensa, y sería un necio si lo hiciera. Quiero que los enviados de Phurid, incluyéndolos a usted y a su hijo, se marchen de mi Reino hasta el fin de las festividades del cumpleaños de mi hija. Recibirán mis noticias cuando sea preciso.

Los Guardias Reales, ante un gesto del Rey, envuelven a la comitiva del Reino de Phurid, manteniendo una formación cerrada en torno a ellos mientras hacen que abandonen el salón.

La mirada oscura del Heredero se fija en mi, y sin embargo mi único ansia es congelarlo, desde dentro hacia afuera, y convertirlo en un charco de agua en un callejón vacío.

“Cálmate, Oly. Ese chico al menos estará fuera del reino en unos instantes”.

Asiento suavemente, pensando en las posibilidades que hay de que se mantenga aquí por mucho más tiempo, y me mantengo firme junto a Alana, que vuelve al trono junto a su padre tras su ataque de ira.

Cualquier ser humano normal con su temperatura corporal ya habría muerto, con lo cual me encargo personalmente de reducirla, de forma suave y gradual, hasta que finalmente la Princesa suelta un suspiro de alivio.

—Gracias, Oly. Eres un buen amigo—me mira, y siento mi corazón acelerarse de nuevo cuando asiento con mi cabeza mientras nuestros ojos continúan cruzándose.

No sé en qué estoy pensando. Está totalmente fuera de mi alcance.

“Más bien diría que tú eres quien la tiene al alcance, en comparación con el resto de principitos de por aquí”.

Ya sé que esos idiotas no tienen ninguna posibilidad, Suhn, pero yo aún menos. Solo soy un comerciante.

“Ahora eres su Guardia personal”.

Suspiro, centrándome de nuevo en proteger y calmar a Alana, que continúa rechazando los regalos uno a uno, incluyendo una estatua de hielo de Suhn que me gustaría haberme quedado

yo, pero ella funde con apenas un gesto.

Es puro fuego, en su totalidad, y no puede evitar actuar como el fuego, de forma impredecible y cambiante.

“Es bastante estable y templada en comparación con Braxas”.

Continúo observando el desfile de pretendientes con regalos absurdamente caros que a ella no le interesan en absoluto, siendo que su única reacción fue la que le provocó el anillo del Reino de Phurid.

Cuando el último de ellos es rechazado de forma apenas consciente, los Reyes se unen en un consejo, siendo que los Herederos salen con los hombros caídos en su mayoría.

—Pietro, ¿cómo pudiste ser tan duro con Haimas? Él solo quería establecer una correcta diplomacia con Wuvia, y especialmente con la Princesa, al igual que todos—dice uno de ellos, firme en sus convicciones.

—Haimas debió revisar el regalo de su hijo antes de permitirle entregar tal blasfemia—comenta el Rey de Torenth, también regio y duro—. Una escama de dragón reconvertida en joya... ¡Qué osadía!

—No es bueno que su hijo considere que los dragones son simples herramientas para la guerra o materiales para hacer artesanía burda y asquerosa—concuerta otro Rey, esta vez el de Zonburg—. Si el Heredero al Trono se comporta así con permiso de su padre, está buscando formar una guerra contra los dragones de la que Phurid no saldrá vivo.

—Haimas siempre ha sido un poco ingenuo, y Manius, a pesar de no ser un Jinete, siempre ha sido el niño de sus ojos—añade un tercero, que no sé reconocer, pero Alana continúa sin haber movido un músculo, relajada con mi mano en su hombro—. No deberían haber osado cometer tal blasfemia en el Reino de Origen de los Dragones, y menos aún ante dos Jinetes Legendarios, siendo uno de ellos la Heredera al Trono.

—Ya expresé mi disgusto hacia ese regalo, mientras que el resto los hubiera aceptado de buen gusto de no ser porque habitualmente no uso ese tipo de excesos en mi vida pública o privada—la voz de la Princesa, la única Heredera aún presente ante los Reyes, toma fuerza y se impone entre sus murmullos—. No me negaré a que los repartan entre las cortesanas o artesanos, pues ellos los apreciarán mucho más de lo que yo podría hacer. Sin embargo, una escama arrancada del cuerpo de un dragón y utilizada para hacer una joya es, tal y como dijo Su Majestad Jorban, una blasfemia, y no permitiré la existencia de ese tipo de herejías mientras viva.

El Rey Pietro se vuelve a mirar a su hija, con sus ojos brillantes y llenos de respeto, mientras Alana, comenzando a calentar de nuevo su temperatura corporal, y la del cuarto entero, me obliga a colocar una mano en su hombro, de modo que Suhn y yo bajamos su temperatura y hacemos de nuevo el Salón del Trono un lugar habitable para el ser humano, y no la boca de un volcán.

—Si se me permite, sus Majestades—comienzo, de forma humilde, con la mano sobre el hombro de Alana, que ha parado de forma brusca al sentir mi toque y se apoya en mi mano para poder calmarse, con los ojos cerrados para mantener la compostura y no perder los nervios por completo—. Entiendo el punto de Su Alteza Alana, pues comparto con ella la gran estima por la legendaria raza de los dragones y el vínculo que a ella y a mi nos une a dichas criaturas es verdaderamente peculiar.

Los Reyes me miran, guardando silencio, mientras comienzo a dudar de mis palabras, aunque Suhn me anima a continuar suavemente.

—. A través de una simple escama, nuestros compañeros, ya sea el Rey de los Cielos o la Reina de las Nieves, pueden sentir el sufrimiento de un dragón, su vida o muerte, sus pensamientos e incluso la fuerza de su vínculo con su Jinete. No me malinterpreten, pero he de reconocer que la escama de color verde que formaba parte de esa joya macabra había sido arrancada de un dragón vivo, y no de un cuerpo muerto, tal y como el Príncipe Manius ha intentado convencer.

»Alana así lo ha sentido, y la pasión y el fuego que habitualmente mantiene bajo control han salido en una explosión que bien podría haber derretido por completo el Salón del Trono—omito mi participación en que ese caso no se diera, pues Suhn así prefiere mantenerlo—. Si se dieron cuenta, toda la sala se caldeó, y ella misma me ordenó destruir esa mera burla hacia la divinidad de los dragones para darle una lección al Príncipe.

—Sé que su Majestad Haimas no tenía nada que ver en el regalo, Sus Majestades—completa Alana, con una voz mucho más suave y dulce—, y agradezco todos y cada uno de sus presentes y la intención con la que sus hijos me los entregaron, a pesar de mi rechazo, pues en verdad no necesito tales riquezas. Sin embargo, no pude soportar pensar cómo podría haberle dolido a un dragón vivo que le arrancasen una de sus escamas mientras le ataban en cadenas como si fuera una simple mina de material.

Los Reyes, estupefactos aún ante nuestra extraña sincronía, se ven satisfechos con la explicación de Alana y sus agradecimientos tiernos y propios de una Princesa, aunque algunos me miran con una nueva pizca de respeto al notar que de nuevo estoy calmando la ira de Alana y su posible fiebre violenta con mi toque.

—A modo de agradecimiento por sus buenos deseos y sus regalos, la Princesa Alana me transmitió su deseo de hacerles un presente a cada uno, imperecedero a pesar de la apariencia frágil que pueda tener, y único en su especie—añado, y Alana mantiene una expresión estoica, pues en mi mente Suhn sabe lo que pretendo y se lo habrá transmitido a Braxas con facilidad—. Su Alteza, si me permite.

En mis manos hago aparecer junto con Suhn un bloque de hielo eterno, algo que solo Suhn puede crear, y cuya pura esencia es la duración eterna. Paso el bloque a las manos de Alana, con cuidado de que sus altas temperaturas no derritan el hielo al primer toque, mas ella suspira y controla su calor, dándole forma al bloque hasta obtener la figura que mi cabeza había ideado mientras los Reyes hablaban sobre la escama de dragón.

En sus manos, y con ayuda de mis bloques de hielo, una estatuilla tras otra de puro hielo, indestructibles por su método de creación, con forma de dos dragones alzando sus alas en el cielo, uno lanzando fuego y la otra con una armadura de hielo, son entregadas a los Reyes presentes en la Sala, con suavidad y una sonrisa, mientras la mismísima Alana da forma a una estatuilla al tiempo que los Reyes observan la primera de ellas, idéntica a la segunda, y así hasta quince de ellas.

—Este es un regalo del Reino de Wuvia, una insignia de nuestras relaciones diplomáticas con ustedes, y una muestra de respeto eterno hacia los dragones—suspira Alana, con tono solemne, mientras la última estatuilla, idéntica a la primera, es entregada al último Rey, el de Zonburg, pues ella misma decidió entregarlas en orden alfabético según el nombre de sus Reinos y no en un orden que pudiera dar lugar a confusiones—. Espero que con este ligero presente artesanal puedan disculpar mis acciones de hoy y mantener tan buenas relaciones con mi Reino como se han desarrollado hasta ahora.

Todos los Reyes, aún confusos por la repentina muestra de voluntad de paz, estudian a fondo las estatuillas, que cubren de escarcha sus manos tras un tiempo sujetándolas, pero no hacen daño alguno. Solo pueden llegar a esparcir esa escarcha, dulce como el azúcar, que otorga una sensación de frescor similar a la menta como condimento.

Al tacto, parece tallada por el mejor de los artesanos, cada uno de sus detalles impolutos, mostrando lo que sería una batalla entre Suhn y Braxas en los tiempos antiguos.

“Nunca hemos llegado a pelearnos en tales circunstancias, realmente”.

“Ojalá pudiera haber pateado tu trasero cuando eras joven, carámbano”.

“Siempre podemos recrear la escena bajo un entorno controlado, ¿no crees, Braxi?”.

El tono seductor de Suhn y la violencia incesante de Braxas me divierten, aunque lo único que espero ahora es un comentario positivo hacia las estatuillas, únicas en su especie, e irrompibles al tacto.

Uno de los Reyes deja caer la estatuilla al suelo de baldosas, causando un estruendo procedente de la ruptura de la propia baldosa afectada, y no de la estatuilla. No sé si lo ha hecho a propósito o solo tiene las manos resbaladizas, mas acaba de comprobar que la estatua sobrevive a cualquier banalidad, salvo que se enfrentasen al mismísimo fuego de Braxas.

—Vaya, sí que son duras—comenta el Rey de Torenth, observando la suya propia y sintiendo la escarcha entre sus dedos—. Parece azúcar, no están frías y de hecho proporcionan un frescor muy agradable al tacto.

—Son verdaderas obras de arte, la verdad.

—¡Y realmente duraderas!—el Rey de Zonburg, asombrado, observa su propia estatuilla—. Son hermosas, Su Alteza Alana. Muchas gracias por los regalos.

Todos los Reyes agradecen el detalle, apenas ideado en unos segundos y creado en minutos, y pronto mi respiración vuelve a la normalidad.

Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo empecé a contener mi respiración, esperando los halagos de los reyes a los presentes de Alana.

Cuando por fin todos ellos hincan la rodilla y juran, en virtud de las estatuillas que descansan en sus manos, mantener la paz con Wuvia, Alana también suspira de alivio.

Tal vez haya rechazado sus regalos, y haya humillado duramente a uno de los Reyes y, en especial, a su Heredero, pero ha logrado el apoyo del resto de naciones con apenas un simple esfuerzo.

Las habilidades de Alana, sin embargo, son mucho más notorias que las mías, que con un paso atrás observo como los quince Reyes presentes le juran lealtad uno a uno, como si ella fuese la mayor Reina de todos ellos.

El Rey Pietro observa el intercambio encantado, como si su hija fuera la Emperatriz del resto del continente.

Sin embargo, ambos sabemos que Alana no desea tales atenciones. Su único objetivo es mantener a su pueblo a salvo, y mantener la esencia de los dragones en un buen lugar.

Es la Heredera idónea para Wuvia.

Capítulo 34

Olympus

Cuando todos los Reyes se marchan, aún comentando la belleza de las estatuillas, Suhn me pide crear un último bloque de hielo, y mis manos lo hacen de forma suave y tierna, algo más grande de lo que hice las estatuillas de los otros Reyes.

Las manos de Alana me arrebatan el hielo de las manos, con una rapidez asombrosa, y sé que ha sido Braxas quien le pidió a Suhn otro bloque de hielo.

Esta vez, el hielo toma la forma que Alana quiere darle, y no la idea que yo mismo había formado en mi mente para los Reyes extranjeros. Esta vez, Alana crea una figura única, en el mismo hielo que el resto, pero diferente a las demás.

La silueta de Braxas, con todo el detalle que puede tomar el hielo bajo las manos ardientes de Alana, se forma en la parte baja de la estatua, como base, y la figura de Suhn, enroscada con sus alas extendidas, roza el morro de Braxas, apenas un contacto visible que permite que todo el peso de la representación de Suhn se apoye sobre Braxas. No es una lucha entre fuego y hielo, sino su unión dulce y tierna, junto con una dragona que reconozco como Aeldri volando sobre ellos y dándoles su bendición.

Una vez la estatuilla cobra forma, Alana extiende su mano, en dirección a su padre, que ha observado el proceso de creación con atención, sin conocer las intenciones de su hija en el proceso.

Esta vez, Alana solo quería tener un detalle especial con su padre.

Sonrío cuando ella extiende sus brazos con la estatuilla en ellos, y dando unos pasos, coloco mi mano sobre ella, otorgándole vida propia al crear una ligera nevada permanente sobre ella, que se deshace al tomar contacto con la forma que representa a Braxas.

—Padre—dice Alana, deshaciéndose de las formalidades y de su anterior preocupación—. Esto es para ti.

Su padre, aún atónito ante la figura única en su especie, la toma entre sus manos, sintiendo la escarcha igual que el resto de monarcas, y sus ojos se llenan de lágrimas.

Él también merecía una de esas estatuillas, aunque con un cáriz especialmente tierno.

Con sus dedos, el Rey repasa la forma de Aeldri, inquietantemente idéntica a la dragona, y sus lágrimas comienzan a desbordarse mientras abraza a Alana con fuerza.

No es un rey débil ahora, sino un padre orgulloso de su hija y sus habilidades.

Sin embargo, al notar el calor en el cuerpo de Alana, toca su frente, con un ceño fruncido de preocupación, pensando que ella puede haber enfermado y contraído fiebre.

—¿Alana? ¿Te encuentras bien?—pregunta, con sus manos y su mirada llorosa aún brillante y suave sobre su hija—. Estás ardiendo, hija mía.

—Padre, me encuentro bien—dice ella, suavemente, antes de mirarme por apenas un segundo, haciendo que mi mano toque su hombro con suavidad—. Es el efecto de la ira de Braxas, que hace que mi piel y mis órganos ardan por dentro y la temperatura a mi alrededor se convierta en algo insoportable.

Al sentir su temperatura descendiendo de forma brusca, el Rey me mira a mi, mientras continúa comprobando que su hija no está herida ni padece ninguna enfermedad.

—E imagino que tú estarás siempre helado—añade Pietro, y me encojo de hombros mientras controlo la temperatura de Alana—. Y puedes conseguir que su fiebre disminuya.

—Puedo aliviar el calor que Su Alteza desprende, Su Majestad—resumo, bajando mi cabeza en señal de respeto—. Suhn me permite bajar su temperatura a unos valores normales.

—Acompáñala a su habitación, entonces, y no permitas que salga hasta que su fiebre haya desaparecido por completo—resuelve, y suaviza su voz, mirándome a los ojos una vez me alzo para poder acompañar a Alana—. Cada día agradezco más que aparecieses, chico.

No emito sonido alguno, pues mi garganta parece atascada, al recibir un agradecimiento directo de la persona que tiene el Reino entero en sus manos.

Suspiro, y sigo a Alana a su habitación, mientras ella bufa al sentir mi mano helada sobre su hombro.

Solo suspira cuando llegamos a sus aposentos, tranquila por fin, y me pide un segundo para darse un baño. Espero en la puerta oscura, sin mucha preocupación más allá del lobezno de pelaje gris que me observa con sus ojitos castaños moviendo su cola de forma alegre.

“Parece que le gustas hasta a su mascota”.

Sonríó al escuchar a Suhn, y doblo mis rodillas con suavidad para tocar la cabeza del lobezno, con suavidad y cariño. El animal tarda más bien poco en acurrucarse a mis pies, lamiendo mis botas, y continuo rascando tras sus orejas de forma distraída mientras compruebo que nadie está cerca de la habitación de Alana.

Soy su Guardia personal, después de todo. Debo mantenerme fiel a mi juramento.

“Te gustaría ser su príncipe encantador, pero por el momento guardaespaldas no es una mala idea”.

Bufo al escuchar a Suhn, sin responderle, antes de escuchar la luz voz dulce de la joven de vuelta llamándome desde dentro.

No puedo evitar echar un último vistazo a nuestros alrededores mientras abro la puerta, viéndola ya vistiendo un hermoso vestido suave y dulce de color malva, apenas un atuendo de diario para una diosa como ella.

El lobezno corre a sus pies, que descalzos caminan por la habitación ordenada y decorada con los colores de Braxas, y admito que siento una punzada de celos cuando el animal comienza a dormitar, ya en sus brazos, siendo que su cabecita se apoya sobre la piel desnuda de ella.

El colgante que retiene a Braxas parece cobrar color por unos instantes, rojizo y suave, mientras Side está colocado de forma que los tres forman una familia idónea.

—Pasa, Oly—su voz dulce, por una vez tímida y suave, llena la habitación aunque apenas habla en un murmullo—. Si has de ser mi guardaespaldas, tendrás que entrenar para ser la fuerza invisible de mi brazo, los oídos donde los míos no lleguen y la cúpula que me proteja.

Asiento, suavemente, aun sorprendido por la escena, mientras ella saca de su armario algunas cosas, sin llegar a soltar al cachorro que duerme en sus brazos.

Entre ellas, saca un sable, también adornado con una esmeralda, con apariencia de ser mucho más duro que el que he estado utilizando hasta ahora.

—. Dormirás en mis aposentos, en la habitación contigua—resume, con su voz de nuevo llena de autoridad—. He dispuesto que cambien la disposición y te traigan un jergón y lo adapten a lo necesario para que vivas. También comeremos juntos a diario, sea que desee bajar al comedor o no. Ah, y necesitarás ropa adecuada para el baile, si vas a estar constantemente a mi lado.

Una capa de color plateado brilla entre sus manos al extenderla, y al mismo tiempo la dobla y la une a un traje—armadura de estilo caballeresco, o más bien incluso real, en tonos blanquecinos y negros.

—Ali, creo que estás exagerando...—susurro, observando la cantidad de cosas que saca del armario de madera oscura—. No necesito todo esto...

“Créeme, chico, lo necesitarás”.

Braxas inunda mi mente con su voz grave y profunda, al tiempo que Alana observa suavemente mis movimientos.

—Vas a ser mi acompañante en el Baile por mi cumpleaños, Oly—declara, y el calor comienza a subir por mi cuerpo, provocando que me ruborice—. No solo mi guardaespaldas, ni mi Guardia personal. Mi acompañante. ¿Lo entiendes?

“Su cita, memo”, comenta Suhn, y mi rubor se extiende hasta mis orejas.

—Pero, su Alteza, yo solo soy...

—El único otro Jinete Legendario, el que descubrió la conspiración del Heredero de Phurid y el que me ha mantenido a salvo desde que nos conocimos—responde ella, sin mirarme directamente, un hermoso color rosado cubriendo sus mejillas—. Serás mi acompañante en el Baile, y eso alejará al resto de Herederos de mi persona.

“Además, sabemos que el Príncipe Manius sigue en el reino, a pesar de las órdenes de su Majestad”.

—¿Cómo puede ser que ese idiota continúe aquí?—mi pregunta no se hace esperar, al igual que olvido toda la educación que puedo llegar a tener. La ira comienza a consumirme y me congela, de dentro hacia afuera, casi provocando la fusión con Suhn que tanto hemos practicado y que siempre evito por temor—. ¿Los Guardias Reales no lo echaron definitivamente?

—Así es, pero volvió unas horas después disfrazado como parte de la comitiva del Príncipe Gainniar—el iluso príncipe de Torenth ni siquiera se habría fijado en un sirviente, supongo—. Con los mismos sables que Torenth, y un grupo de soldados de Phurid a su servicio, pretende asistir al baile y tomar Wuvia por el desprecio que se le hizo en la ceremonia de regalos.

—Ni siquiera fue una ceremonia como tal—farfallo, y una sonrisa con dos hoyuelos se posa en su rostro—. Entraron todos al Salón del Trono sin avisar y se propusieron hacerte mil ofrendas como quien ofrenda sus posesiones a un dios.

—Ahora mismo, probablemente sea la heredera más poderosa de todos ellos—responde ella, aún con una sonrisa nostálgica—. Hemos firmado la paz gracias a tus estatuillas con quince de los dieciséis reinos, pero aún queda saber si Phurid se rendirá y buscará también la paz o querrán hacernos sus esclavos por las malas.

—Con la mentalidad del Principito, apuesto más a lo segundo—bufo de nuevo, y su sonrisa mirándome es impecable—. Bueno, entonces, ¿qué he de hacer?

Capítulo 35

Alana

Mi mundo da mil vueltas mientras escucho la música sonando.

Tras intentar mostrar a Oly los pasos más básicos ayer, que terminaron más bien en un entrenamiento de piernas como los soldados, el baile por fin ha llegado.

Hoy cumplo dieciocho años.

Esta mañana, me despertaba un Side enérgico saltando sobre mi jergón, como celebrando mi cumpleaños, y no pude evitar sonreírle.

Oly ya llevaba despierto un rato, y junto con Suhn habían ideado un regalo idóneo: una tiara de hielo puro, infinita, con algunas de las esmeraldas que estaban incrustadas en las armas que no utilizaba ahora adornando la suave corona que se trenza con mi cabello y lo adorna con una hermosa escarcha que le da brillo y hace que destaque.

A juego con la tiara, mi tía Grace, avisada por la señora Norberta, había preparado un vestido opulento para el baile, pero se ha presentado en mi puerta esta mañana con un nuevo vestido, mucho más cómodo, en el cual se incrustan los diamantes que formaban el collar que intentó obsequiarme el Rey de Torenth.

El vestido es cómodo, con mis hombros al descubierto y dos tiras de tela de color blanquecino en torno a mis brazos, y permite mantener el fajín de la armadura oculto mientras a su vez protege mi torso, estando los diamantes en su borde superior y en mi cintura.

Las faldas son amplias, formando un suave aleteo cada vez que me muevo, pero cómodas, y con su amplitud mi mandoble permanece oculto a la vista. En ellas, mi tía ha bordado con hilo puramente blanco figuras similares a dragones, de las cuales se intuye mi vínculo y la importancia de los mismos, y sin embargo el tejido pulcro similar a las escamas de Suhn'ra brilla suavemente bajo el bordado, que apenas ocupa la parte de la cintura y algo inferior.

Me siento envuelta en un vestido matrimonial, ideal para ese tipo de compromisos, pero no es así.

Es el regalo de mi tía por mis dieciocho cumpleaños.

De nuevo, el colgante en el que Braxas se oculta se guarda entre mis pechos, suavemente oculto, mientras en mi cuello Jen y el resto de criadas, a las que ayudé con los platos, han decidido colocar una fina cadena de perlas, otro de los regalos de uno de los Príncipes, pero que con la escarcha que desprende la tiara parece más de diamantes que de perlas.

Ellas fueron quienes peinaron mi cabello, haciéndolo totalmente liso salvo las trenzas que sujetan suavemente la diadema sobre mi cabeza.

De igual modo, mi tía previó la posibilidad de que quisiera ponerme mis confiables botas, y las faldas alcanzan el suelo, sin problema para ocultarlas en este caso.

Además, tengo a Olympus a mi lado.

Él lleva una camisola del mismo tono que la tela de mi vestido, unos pantalones de cuero negro y el sable que mi padre incluyó en mi porte de armas, que tiene una esmeralda incrustada y el lazo que le regalé el día del Torneo enredado concienzudamente en su empuñadura.

La armadura que lo envuelve, también en un tono blanquecino, se resuelve con un gran peto de metal bajo la propia camisola, y aún así las correas negras que cruzan su pecho y las hombreras de cuero en forma de escamas de dragón que adornan su cuello le dan un aire real.

Incluso se ha puesto la capa plateada, dándole aún más misterio a su persona, atándola a las hombreras de forma que parezca mucho más amplia.

Junto con unas botas negras de combate, y el pequeño Side a nuestro lado, parecemos realmente un matrimonio real.

—Siento haberte metido en esto, Oly—suspiro, aún mientras en mis aposentos coloco suavemente las correas para que formen una cruz sobre su pecho antes de colocar en el centro la insignia del Reino—. No quería involucrarte en una Corte llena de mentiras, falsedades y conspiraciones.

—A partir del baile, seré tu prometido, Alana—suspira él, y yo frunzo el ceño. Si bien es cierto que elegí a Oly porque es mucho más fuerte y útil que el resto de principitos que han elegido para atender a mi cumpleaños, siento algo en mi pecho cada vez que nuestras pieles se rozan. Elegí a Oly casi en un impulso, y aunque no nos conozcamos desde hace mucho tiempo, sé que será mejor un Jinete Legendario como esposo que cualquiera de esos pretendientes que mi padre quería observar—. Hemos de recordar el plan, en todo momento, y también seguir el plan B si es necesario.

—Tengo hasta un plan Z, Oly—suspiro, haciendo que una sonrisa se plasme en mi rostro—. De momento, he tomado una decisión clara. Nadie podrá cambiarla.

—Eres la Princesa Alana de Wuvia—resuelve él, su altura permitiéndole darme un beso en la frente—. Nadie cuestionará tus decisiones.

Asiento, algo confusa por el contacto que deja una combinación de frío y calor en mi frente, y confirmo mis sospechas.

Siento algo más profundo por Olympus de lo que pensaba, y sin duda será un buen esposo.

“Los Jinetes Originales, con dieciocho años, empezaban a sentir un vínculo con su pareja

predestinada, como un lazo que los envolvía a ambos. Tal vez tú puedas sentir lo mismo”.

Hoy es el día de mi cumpleaños, Braxas, pero aun así sé que nací en el momento del ocaso. Aún no he cumplido dieciocho años de vida, aun queden unas horas.

“Tal vez sintáis ese lazo cuando llegue el ocaso”.

Confiaré en tus palabras, pero no sé si tras tantas generaciones podamos ser la excepción.

“Yo tampoco estoy seguro. Los dragones no sentimos esa atracción, en principio”.

¿Cómo que en principio?

“Escuché historias de los primeros dragones vinculados que también sentían ese lazo con alguna dragona cuando sus Jinetes cumplían los dieciocho, pero hablo de la época de los Originales y apenas fue un rumor”.

Esperemos que tú también lo sientas esta noche, amiguito.

“Soy una montaña de carbón, Alana. No soy amiguito”.

Eres mi amigo, y ahora estás oculto en un colgante chiquito.

“Buen punto”.

Cuando quiero darme cuenta, Oly y yo, seguidos de cerca por Side, que persigue los trozos de carne braseada que Oly lleva en su zurrón negro, ambos llegamos a las puertas del Salón de Bailes, en la parte más cercana a los nidos del Palacio.

Mi estómago revuelto comienza a hervir, de forma innata, y a mi alrededor la temperatura sube al ver las puertas ornamentadas frente a nosotros.

Los Guardias Reales me observan, esos que ya han esperado suficiente, espero que sea la última en llegar. Cuando Braxas y Suhn me confirman mis temores, es el momento de la entrada triunfal.

Miro a Oly en un impulso, y su mano toca la piel desnuda de mi hombro, calmando el volcán que se estaba formando a mi alrededor. Sin darme cuenta, había empezado a hacer calor por todas partes.

Tiene ese efecto relajante que jamás había sentido antes.

Siempre he mantenido mis emociones bajo control, pero últimamente se están descontrolando, y tener a Oly a mi lado hace que me recupere, incluso cuando él es aún más impulsivo que yo misma.

“Mantener tus emociones controladas y reprimidas constantemente no es bueno, Alana. Deja que

fluyan como la lava”.

Braxas, tus comparaciones no ayudan.

Sé que los guardias, dos Jinetes experimentados, han avisado al vocero de nuestra llegada a través de sus dragones, y al observar a Oly siento calidez en mi interior, pero no la desbordante, sino una calidez reconfortante.

Es mi único amigo real, y puede que sea mi pareja predestinada.

Tampoco sé si quiero averiguarlo.

Las puertas se abren tras el anuncio del vocero con nuestros nombres, y doy un paso adelante tan pronto como veo las insignias que adornan el enorme salón del baile.

Habitualmente vacío, aquí es donde yo misma di mis primeras clases de baile, y ya me impresionaron sus ventanales gigantescos, que permitían la entrada de algunos dragones a su libre albedrío.

Hay unas amplias escaleras que bajan un piso, siendo el Salón de Baile el más amplio salón del palacio. Dos pisos, ventanales que permiten la entrada y salida de dragones sin problema, en unas paredes pintadas en tonos dorados y con pocas ornamentaciones, dándole un aire sencillo y elegante.

Desde el inicio, me pareció hermoso, mas con los adornos de hoy y las mesas de comida en torno al centro del salón, está aún más hermoso que lo que recordaba.

—¿Estás lista?—Oly, con brazo enredado en el mío, mantiene su expresión suave y me observa con sus ojos helados.

—Siempre he estado lista para algo así, Oly—respondo, con una sonrisa natural al ver al guapo chico junto a mí—. ¿Tú estás listo?

—En absoluto, pero estoy contigo—dice él, su voz cargada de cariño, y de nuevo ese calor reconfortante llena mi pecho—. Si algo he aprendido de tus lecciones es que estando contigo no habrá ningún percance.

Mi sonrisa al mirarlo no se borra, al tiempo que los dos tomamos nuestro primer paso en dirección al salón de baile.

Suenan trompetas a mi alrededor. De nuevo, el vocero anuncia nuestra llegada, como siempre dos veces por cada uno de los invitados, y en mi caso, por ser la Princesa, aún resuenan las trompetas con fuerza.

Soy el centro de atención del baile tan pronto como entro en el Salón. Mi padre, ya allí y con una copa de vino en la mano, observa con orgullo mi figura, y puedo ver a algunos de los Reyes babear directamente, ignorando a sus Herederos.

Otros, más sabios y concienzudos, hablan con sus hijos, de forma que ellos me observan con atención.

La música animada se sustituye por el himno de Wuvia, elegante y suave, al tiempo que Oly aprieta su agarre en mi brazo.

Al igual que él hizo durante estos días, yo infundo algo de calor en su cuerpo, sintiéndolo extremadamente frío, y pronto su agarre se afloja, con una mirada agradecida que devuelvo a sus ojos de hielo sin pensar.

El espectáculo comienza.

Capítulo 36

Alana

Oly y yo bajamos las escaleras, yo haciendo que mi vestido haga los pertinentes movimientos para darle mayor elegancia, Oly comportándose como un verdadero príncipe sujetando mi mano y preocupándose por mi.

Quien diría que este chico ha sido criado en el campo.

Una vez en el piso del Salón de Baile, mi padre se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja, el pecho hinchado como el de un palomo y su mirada brillando ante mi presencia.

—Hija mía, eres perfecta—resuelve, dándome un beso en la mejilla de forma suave y dulce. Sonrío ante su roce, todo ante la atenta mirada de Olympus, a quien sus ojos se dirigen justo después de evaluar por completo mi vestido—. Oly, cuida bien de Alana, por favor.

—Esa era mi intención, su Majestad—responde mi acompañante suavemente, con una media reverencia a mi padre pero sin soltarme en absoluto—. Nada le pasará si me encuentro ante ella.

Mi padre asiente, con su sonrisa brillando en la multitud, y de nuevo ordena que la música continúe.

Una melodía animada empieza a sonar en la zona tras las escaleras, donde sé que mi padre ha metido a la banda, y no puedo evitar pedirles que salgan y se muestren. La música cesa por completo, antes de que los músicos salgan casi de forma vergonzosa de la zona tras la escalera, y yo misma les ordeno que se muestren ante el público.

Su habilidad no debería pasar desapercibida.

Cuando de nuevo colocan sus instrumentos y comienzan a tocar, la música se escucha con mayor nitidez, más fuerte y con mucha mayor alegría.

—Padre, ¿por qué los metiste ahí dentro?—pregunto, y mi padre frunce el ceño—. Son músicos, adquirirán renombre si se sabe que son ellos los que tocan en los Bailes Reales.

—Fue decisión de tu tío, pequeña—resume, señalando a Vector, que bebe con algunos de los barrigudos reyes que me miraban de forma lasciva—. Decía que aparentaría más elegancia si la música venía de ninguna parte.

Un rumor extraño se instala en mi pecho.

Vector conmigo se comporta como un verdadero caballero, accediendo a todas mis peticiones y siendo realmente amable.

Sin embargo, no he visto nunca cómo trata a los súbditos del reino.

Tengo que revisar eso.

—Padre, no dejan de ser nuestros súbditos, e invitados todos ellos al Baile—respondo, con una cara seria—. No puedo dejarlos ocultos, perdiéndose la diversión.

—Eres mucho más sabia que yo, hija mía—mi padre sujeta mi rostro con sus dos manos, y yo sonrío—. Me encanta tu tiara, hija.

—Es uno de los regalos de mi cumpleaños—observo a Oly, con una sonrisa, y él vuelve a realizar esa media reverencia dulce mientras me mira a los ojos—. Oly y Suhn la crearon sólo para mi.

—Entonces, será una de las Joyas del Reino a partir de ahora—declara, viendo en sus ojos la curiosidad mientras sonrío al ver la tiara—. Entiendo que ya tomaste una decisión, por tanto.

—Así es, padre.

—No voy a intentar que cambies de opinión, pues tu decisión es la mía—resume, sonriendo—. Príncipe Olympus, futuro consorte de la Princesa Alana de Wuvia, bienvenido a la familia real.

Mi padre sonrío y estrecha su mano, colocándolo así en la misma posición que yo, y sonrío suavemente antes de observar a Oly con ojos brillantes.

No puedo evitarlo. Su roce me provoca calma, y sus palabras hacen que mi estómago hierva como un volcán.

Mi padre me ha permitido elegir tanto en los asuntos reales como en los románticos, y esta es mi decisión.

Una vez decidido todo, mi padre vuelve con los Reyes con los que estaba, y brinda con ellos por el futuro del Reino. Me siento libre, por una vez, siendo la Princesa de Wuvia, y la Heredera de una carga tan pesada. Oly toma mi mano, con cariño implícito, y no puedo evitar estar deseando que llegue el ocaso.

Arrastro a Olympus hasta la mesa más cercana, donde la comida brilla con su presencia. No hay criadas, ni segundos en este baile. La puerta del Salón de Baile está custodiada porque quise que todos los asistentes se sintiesen verdaderamente relevantes.

Sin embargo, no pruebo la comida. Sirvo un vaso de vino a Oly, y me sirvo otro, que Oly toma antes en sus manos, congelándolos por completo antes de devolvérmelos para que les dé su temperatura idónea.

El vino que nos servimos no tiene veneno, pues al congelarlo Oly de forma suave y yo calentarlo de nuevo hemos eliminado todo rastro de veneno o droga que podría haber en él.

Mantendremos nuestros sentidos al máximo, pues al hervirlo suavemente también eliminé todo alcohol que podría contener.

—Estamos seguros, por ahora—resuelvo, sabiendo que mi mandoble descansa en mi cintura de forma pesada pero reconfortante—. Podemos bailar, divertirnos y disfrutar hasta que Manius quiera poner el espectáculo a su favor.

—Ya veo dónde está—dice Oly, con una voz suave a mi oído, y una sonrisa se plasma en mis labios, formando parte de la actuación—. Junto a varios soldados de Gainniar, con una capucha cubriéndole el rostro.

—Está bien tenerlo localizado—menciono, y un dragón verde del tamaño de un caballo se posa justo a nuestro lado, atacando el pollo sobre la mesa y llevándoselo de forma suave. Sonrío de forma inconsciente—. Vaya, un ladronzuelo se coló en mi baile, cariño.

Su sonrisa se refleja divertida en sus ojos azules, que ven el plato vacío donde el ave asada estaba antes, y le sonrío de forma natural de vuelta.

—Aquí los dragones pueden entrar y salir con libertad, ¿no?—Oly pregunta, observando las enormes ventanas—. ¿Crees que podríamos dejar salir a Braxas y a Suhn?

“¡Por favor! Quiero estirar mis alas”.

“Nosotros también queremos hacer nuestra entrada triunfal”.

Analizo las ventanas, calculando que incluso ellos podrían volar suavemente con el resto de dragones, y que podrán al menos colarse en el salón o situarse junto a las escaleras.

El Salón de Baile es el centro de la montaña tras el palacio. El nido más grande es una décima parte de este salón.

Se preveía que los jinetes pudieran hacer un baile volando si lo deseaban, y así se creó este sitio.

Sonrío, y asiento suavemente mi cabeza, haciendo que Oly haga lo mismo.

Sujeto mi pecho y cierro los ojos, sujetando la mano de Olympus, que hace exactamente lo mismo, y pronto noto ese calor envolvente a mi lado, sabiendo que la forma física de Braxas se muestra en su esplendor. También siento la ligera escarcha de Suhn sobre mis hombros, y una vez abro los ojos, veo los de Oly, tras los cuales su dragona gigantesca está libre y alza sus alas casi por completo.

Braxas estira las alas, provocando un efecto sombrilla sobre los asistentes, y un grito ahogado sale de algunos, mientras que otros vitorean y aplauden el espectáculo.

La música se hace aún más alegre, y arrastro a Oly a la pista de baile tras unos minutos. Bailamos junto a algunas criadas, caballeros y jinetes, e incluso algunas cortesanas que intentan acercarse a los Herederos del continente.

Sin embargo, nosotros solo nos unimos a los bailes grupales, pues la música activa implica los bailes del pueblo, no los elegantes que pueden atraer al resto príncipes.

Incluso mi padre, en algún momento, se une a nosotros, bailando con algunas cortesanas y con mi tía Grace, haciéndole reír y sonrojarse.

No hacen mala pareja, ahora que lo pienso.

Braxas y Suhn vuelan libremente en el exterior del salón, haciendo al ritmo de la música un verdadero espectáculo de hielo y fuego, y pronto me hallo algo cansada, pero no ha llegado aún el ocaso.

La diversión acaba de comenzar.

Capítulo 37

Alana

Cuando todos los dragones salen del Salón y la música cambia a esa música elegante y lenta más típica de los bailes reales y la Corte, yo misma me alejo hacia una de las mesas, cogiendo una copa de vino que comparto con Oly suavemente.

Solo Braxas y Suhn vuelven a entrar al lugar, sabiendo que es el momento idóneo.

El ocaso, tan esperado, comienza a reflejar un fulgor anaranjado a través de los cristales de las ventanas, y sé que es el momento exacto para mostrar el espectáculo que habíamos preparado. Oly me mira, con el hielo en sus ojos, y pronto Suhn y Braxas se posan en el centro del Salón de baile, antes lleno de gente disfrutando, ahora lleno por nuestros dos dragones.

Observo sus alas alzadas, a modo de muestra de su altura, rozando incluso el techo de la sala, y mi padre, casi en éxtasis y sumamente borracho, se coloca en el centro, carraspeando al tiempo que alza su voz.

—Ha llegado el punto álgido de la última semana, mi pueblo, mis invitados—sonríe, visiblemente rojo, y sus ojos se posan sobre mí—. Hija mía, tu cumpleaños se cierra ahora, en el punto en el que el ocaso da paso a la luna más llena que he visto desde que naciste. Mereces todo lo bueno que te depare el destino, y mucho, mucho más.

Sonrío, viendo el aplauso general mientras me acerco a mi padre seguida de Oly.

—Gracias, padre, por organizar todo esto—digo, con voz suave y dulce, haciendo una reverencia a Su Majestad, lo suficientemente alto mi tono para que toda la sala me escuche—. He disfrutado cada momento, y, bueno...

Miro a Oly, sabiendo que esa es su señal, y él se acerca y toma mi mano de forma dulce, haciendo que un rayo suba hasta mi hombro y acelere mi corazón.

—Su Majestad, si me permite—Olympus comienza con su propio papel, y saca de su bolsillo un anillo sumamente sencillo, en plata, con una pequeña piedra de obsidiana adornándolo, al tiempo que se arrodilla—. Princesa Alana de Wuvia, Heredera del Reino y Jinete Legendaria del Rey de los Cielos, Defensora del Reino y su más hermosa habitante, ¿acepta el corazón y el alma de este sirviente, apenas un huérfano hijo de mercaderes, como suyo para el resto de su vida?

Yo misma asiento, formándose lágrimas en mis ojos. Su discurso, aunque breve, ha tocado una fibra sensible en mi alma, que dudaba que existiera.

Las lágrimas bien podrían ser falsas, pero no lo son en mi caso.

“Mi niña, te has enamorado”.

La grave voz de Braxas toma mi mente, mas yo no lo siento así.

¿O tal vez sí?

No lo sé, estoy tan confusa ahora mismo que desearía que me tragase la tierra.

Con mi asentimiento, Oly se levanta y me abraza, alzándose del suelo y haciendo que dé vueltas de nuevo, sin pensar en nada más que en nosotros dos.

Por fin, algo bueno ocurre.

La música lenta y romántica resuena en mis oídos, sabiendo que es el momento del Baile principal, de mi baile con Oly. Cuando me sujeto a su cuello, él agarra mi cintura, y me dirige en el baile de una forma que jamás había visto.

De alguna forma, me sorprenden sus movimientos, pues nada de esto se lo enseñé ayer. Supongo que Suhn lo guía, en sus pasos y en su mente, dándole una seguridad que otros no tendrían.

El ocaso apenas comienza, y nuestros cuerpos empiezan a brillar. Sé que es el momento que mencionó Braxas, que sabré ahora si Oly es mi alma predestinada, y él también.

No puedo evitar mirarlo a los ojos, mientras él mira los míos, pero no siento ese tirón en mi estómago que puede dar lugar a un vínculo más profundo.

Por el contrario, observo cómo la mirada de Olympus se apaga, de forma prudencial, hasta que su brillo se pierde por completo y su alma escapa de su cuerpo.

La espada que atraviesa su nuca y llega hasta su boca hace que Suhn, en su dolor, convierta todo en hielo, y congele todo a nuestro alrededor, suplicando clemencia para Oly.

No, no puede ser.

Olympus era mi plan, mi protector, mi amigo.

“Ha sido Manius”, dice la voz de Braxas, cuyos ojos de color esmeralda están fijos en la espalda del Olympus sin vida que aún mantengo en mis brazos.

Observo la punta afilada de la espada. Un sable, como el que esperaba que apareciese, pero en mi distracción por aquel vínculo del que Braxas me habló no me había dado cuenta de que se había acercado lo suficiente y había alzado su espada contra Oly.

La agonía de Suhn me llega a los tímpanos, y solo puedo hacer hacer una cosa antes de permitir que Oly, sus ojos aún abiertos, y su dragona mueran por completo.

“¡Sálvala!”, ordena Braxas, al tiempo que meto la mano entre la camisola de Oly y arranco la

funda con la daga con la que Suhn tiene su vínculo. Me pongo el brazal, sin dudarlo, y ordeno a Braxas que entre en mi colgante, mientras corro hacia Suhn sin dudar un segundo.

No dejaré que la Reina de las Nieves muera tan fácilmente.

Su resistencia como dragona legendaria hace que siga viva, pero sus rugidos en agonía están reventándome los tímpanos, uno tras otro. El hielo ha rodeado a Manius, quien con una sonrisa extraña se mantiene cercado pero valiente, y yo mientras tanto alcanzo a la dragona agonizante frente a mí.

Suhn'ra casi me suplica, con sus ojos como el hielo, y yo misma hago lo que mi cuerpo y mi corazón me piden por completo.

Mi frente se une a su morro, y puedo sentir el brillo de Suhn rodearme, gracias a la fuerza de Braxas, que por unos instantes me presta para recuperar la libertad de la dragona y transmitirla a la daga que ahora porto, de nuevo.

Con extraño sentimiento en mi interior, hago que Suhn forme un vínculo que pueda mantenerla viva, pero esta vez conmigo en lugar de con Oly, que yace en el suelo del Salón de baile con sus ojos abiertos de par en par.

La dragona, una vez ha recuperado su vínculo con un Jinete vivo, suaviza la ventisca que arreciaba en la habitación, y hago que tanto Braxas como Suhn'ra vuelvan a sus reliquias mientras saco la daga de Oly, como respuesta.

Esta vez, soy yo quien se acerca a Manius, frente al cadáver de Olympus, observándolo mientras limpia su cimitarra con el paño que colgaba del sable de mi amigo.

“Alana, espera”, ordena Suhn, ahora también mi dragona, mientras observo su comportamiento seguro.

Me sorprende que los Guardias Reales aún no lo hayan apresado, pero al mirar a mi alrededor veo que no hay ninguno de ellos a la vista. Sin embargo, los mercenarios de Phurid, que sí se sitúan por todas partes, han rodeado a mi padre, que intenta plantarles cara con la espada real honorífica.

También han rodeado a los otros Reyes, pero el Rey de Torenth y Gainniar se encuentran alejados del resto, ocultos bajo una mesa, mientras observaban toda mi reacción.

Han tomado por completo el Salón de Baile. Por ello Manius está tan tranquilo.

Los Guardias Reales observan a Su Majestad con un filo en la garganta, mientras intentan sobrevivir ellos mismos.

Sabía que le había echado algo a la comida y a la bebida.

—Interesante—dice, tirando al suelo el pañuelo y acercándose a mí, con una mirada intensa—.

La mayor parte de la gente vive sin un vínculo, pero tú, pequeña bastarda, ¡tienes dos! Y con dragones legendarios, quien lo iba a decir.

No respondo en absoluto a sus provocaciones, la ira de Suhn concentrándose en la daga y el calor de Braxas haciendo que mi pecho arda.

“¡Mátalo ya!”.

“Aún no, Alana”.

La furia de Braxas, en comparación con la calma de Suhn, solo hacen que me quede quieta como una estatua, ante lo cual el Príncipe frente a mí ríe.

—Ni siquiera sabía que eso era posible, pero has demostrado muchas cosas en muy poco tiempo—el chico continúa, casi en un murmullo, pero toda la sala está en silencio, y por tanto resuena en las paredes como si su voz fuera un grito—. Eres un espécimen digno de estudio, Princesa Alana.

—No soy ningún espécimen, Manius—respondo, alzando mi barbilla—. Soy un ser humano, al igual que tú.

—Pero, ¿cuál es la causa de que un ser humano, idéntico a mí en todos los sentidos, pueda establecer un vínculo con un dragón, y yo no sea capaz? Como tu padre, por ejemplo—un gesto de su mano hace que los mercenarios que sujetan a mi padre hagan que caiga de rodillas—. Un hombre común, mucho más común de lo que yo podría ser jamás, pero unido a una dragona de escamas doradas que ha criado miles de criaturas en su seno. ¿Cómo es eso posible?

—Los dragones decidieron sobre la virtud de los hombres para escoger a sus Jinetes—bufo, la furia apoderándose de mí al ver como amenazan a mi familia mientras doy un paso hacia el chico—. Los Jinetes Originales son el origen de todo, pero ninguno compartía tu sangre envenenada.

—Vaya, con que la sangre es el precio...—esa frase hace que me estremezca, y Braxas toma mi cuerpo sin dudar. Sus escamas rasgan mi vestido, fundiéndose con el calor que nos rodea, y pronto siento una nueva sensación de frescor, que se une al calor de Braxas y llena mi cabeza.

—La virtud es la verdadera causa del vínculo, Manius—la voz de Braxas y de Suhn salen al mismo tiempo de mi garganta, mientras mi cuerpo transformado muestra por igual escamas de color diamante y de tono oscuro—. Jamás lo entenderás porque careces de ella.

—Vaya, dos reyes enfrentándose a mí—responde el chico, en tono bromista, y pone su cimitarra en posición defensiva—. Si vas a atacarme, princesita, recuerda la muy alta estima en la que Su Majestad Pietro te tiene.

Pronto, los mercenarios que sujetan a mi padre tienen sobre su cuello una de sus cimitarras, y ante mi propia mirada, y la de mis dos dragones, la sangre comienza a salir de su cabeza cercenada por completo, salpicando el suelo del Salón de Baile.

—¡Papá!—mis cuerdas vocales reproducen mi voz, al tiempo que Aeldri suelta un rugido en los exteriores del salón. La dragona dorada de mi padre, al ver a su Jinete muerto, infla sus pulmones, y se apresura a quemar todo a su paso.

Ella es la que tiene ahora el poder, y no nosotros.

Braxas y Suhn hacen que dos alas aparezcan en mi espalda, y junto a su velocidad y su vuelo puedo rescatar a los Reyes y Herederos que nos juraron lealtad del fuego vicioso de Aeldri, sacándolos a través de las ventanas con ayuda de algunos de sus dragones. Sin embargo, Manius queda dentro del Salón, junto con sus mercenarios, y los cadáveres de mi padre y de Oly.

La sangre se me sube a la cabeza y, una vez veo que la los invitados y los Reyes y Herederos están a salvo de Aeldri, entro yo misma en el salón, con las faldas rasgadas y mandoble en mano, decidiéndome a acabar con la vida de ese hijo de puta.

El Salón de Baile se ha convertido en un infierno. Las llamas descontroladas de una Aeldri furiosa llenan el salón, haciendo arder estandartes, insignias e incluso las mesas sobre las que estaba la comida. El fuego de dragón ha destruido todo, y sólo cuando nota mi presencia, la dragona parece calmarse un poco y me mira con sus ojos de color castaño como si llorase.

Rozo sus escamas con mi mano, llena de escamas oscuras y adornada con las garras casi transparentes de Suhn, mientras observo el fin del reinado de mi padre.

Los cadáveres de Oly y de mi padre están hechos cenizas, y no culpo a Aeldri por ello. Hacer arder un cadáver con su fuego era el mayor homenaje que podría darles jamás.

Sin embargo, escucho voces aún en el lugar, y consigo que Braxas y Suhn me dejen recobrar el control de mi cuerpo bajo el vestido completamente rasgado, y utilizando a la dragona que merodea en torno a las cenizas de lo que hasta hace unos segundos era el cadáver de mi padre como escudo.

Braxas y Suhn ocultan mi presencia de forma deliberada, uniendo sus poderes para mantenerme invisible a otros dragones.

Solo Aeldri sabe que estoy aquí, pero prefiere acurrucarse y llorar la muerte de su Jinete.

—Hijo, lo has hecho mejor de lo que pensaba—una voz grave, muy familiar a mis oídos, me sorprende, y tapo mi boca con la mano para evitar cualquier sonido—. Tus habilidades serán recompensadas debidamente.

—De acuerdo, mi señor—la voz de Manius, aparentemente arrodillado frente a su interlocutor, denota respeto y admiración—. Mi lealtad siempre estuvo con vos.

—No lo dudo, chico, y has tenido mucho valor presentándote como el villano en mi lugar—mi tío Vector posa su mano cálida sobre el hombro del Príncipe, que sonrío de forma maquiavélica—. Matar al mercader e intentar retener a Alana... La mejor actuación que he visto en mucho tiempo, chaval.

—Siempre a su disposición, Su Majestad—ante ese título, las lágrimas comienzan a llenar mis ojos—. La línea hereditaria de Wuvia ha sido devuelta a su cauce.

—Agradeceré a Phurid su buena ayuda cuando por fin haya recobrado lo que me pertenece por completo—responde Vector, con una voz mucho más intrigante de la que utilizaba ante mi hasta ahora—. Eres digno hijo de tu padre, chico.

—Muchas gracias, su Majestad—Manius continúa sus halagos, y yo siento cómo una cuchilla me atraviesa el corazón.

—El único fallo de nuestro plan fue pensar que una chica tonta como Alana no reaccionaría y sería dócil y sumisa ante la verdadera línea de sucesión—mi tío, con cara seria, toca a Manius en la frente, y mantiene su poder—. Aunque se haya mostrado obediente ante su padre, Pietro era el único al que guardaba respeto.

“Es fácil confundir el amor filial con el respeto, Vector”, menciona Braxas en mi mente, pero como un susurro sólo dirigido a mi.

Estoy de acuerdo, amigo mio.

—De igual modo, tan pronto como muestre su rostro en el reino, será ejecutada con premura—responde Manius, actuando como el escudero fiel de mi tío, y mis ojos no pueden evitar comenzar a soltar miles de lágrimas, una tras otra—. Su Reinado no será cuestionado por nadie.

—Ya lo sé, chico—responde mi tío, con su voz marcadamente seria, y por unos instantes pasea en torno al salón del baile—. La furia de Aeldri es difícil de contener, sin duda, pero encontraste el mejor escondite ante su fuego cuando me arrastraste al cuarto tras las escaleras. Suerte que mi sobrina sacara a esos músicos de tres al cuarto de allí.

—Era el mejor escondite ante el fuego, mi Señor—la voz de Manius rezuma lealtad oculta, mientras que mi respiración se entrecorta aún más—. Y vos estabais lo suficientemente cerca como para ocultarnos a ambos.

—Sin duda, todo esto es obra mía—una carcajada sale de los labios de mi tío Vector, que ahora muestra sus verdaderos colores, mientras yo misma intento mantener la calma y no arrancar su cuello aquí mismo—. Esa estúpida no tendrá posibilidades de reinar. Pensar que los sirvientes están a la altura de un rey... Patético.

—Su Majestad, una mujer no será nunca capaz de gobernar el Reino de Wuvia—revela Manius, y yo siento ganas de vomitar—. Solo son capaces de parir y criar a sus hijos, no de inferir en asuntos de Estado.

—Ni siquiera Herminia pudo con ella, chico. Debemos tener cuidado mientras siga viva y lejos de nuestro alcance—mi tío, con un movimiento de mano, le quita importancia al asunto—. Sin embargo, esa bastarda no se atreverá a pasarse por aquí en un tiempo, seguro. Aún estará llorando la muerte de su padre y de su noviecito.

—Su Majestad, ¿no le apena la muerte de su hermano?—Manius, con ojos maliciosos, observa a Aeldri, y el temor a que me descubran se asienta en mi estómago mientras continúo llorando—. Al fin y al cabo, eran gemelos.

—Pietro era débil, y no sabía gobernar—resume Vector, antes de acercarse a la dragona moribunda que llora sin lágrimas sobre las cenizas de su Jinete fallecido—. Era blando, fácil de aplastar. Wuvia necesita un regente duro, dispuesto a tomar el continente en su totalidad, y no sólo un Rey pacífico y dulce.

Su despreciable tono hace que sienta nauseas de nuevo, y ante ello Braxas y Suhn despliegan sus alas en mi espalda para sacarme del salón, justo antes de que una espada se clave en el pecho descubierto de Aeldri, haciendo que la dragona suelte su último suspiro junto a un gruñido de aceptación.

Deseaba reunirse con su eterno compañero, mi padre, en el otro lado.

—Solo le hizo un favor, Su Majestad—alaba Manius, con su voz calculadora y fría, al ver morir a la dragona.

No puedo evitar dejar de sentir su calidez y empezar a sentir sus escamas frías.

En mi espalda surgen las alas de mis dragones, ahora dos pares de ellas de colores diferentes y entremezclados.

“Ya has escuchado suficiente, mi niña”, dice Suhn’ra, como una madre que cuida de sus cachorros.

“No es necesario saber más”, añade Braxas, con su voz grave emitiendo un aura de furia. “Esos dos sufrirán una muerte lenta y dolorosa”.

Primero, sin embargo, tengo que armar mi plan.

La voz de Suhn, al posarme sobre el suelo y permitir que las alas desaparezcan junto con un pequeño fulgor, rebosa mi cabeza y mis tímpanos, sabiendo que ahora mismo yo sola no soy rival para su inteligencia.

“Tengo una idea, pero posiblemente no te agrade”.

Epílogo

La habitación del palacio en el centro del desierto apenas permitía en su interior un tenue rayo de luz del sol, que se colaba entre las cortinas cerradas casi por completo.

Una figura femenina, con una daga atada en su brazo y un colgante con forma de dragón, daba vueltas en la cama, sin poder descansar reviviendo las palabras de aquel falso familiar que mostró sus colores el día de su cumpleaños.

“Una mujer nunca será capaz de gobernar”.

“Pietro era débil y no sabía gobernar”.

“Tan pronto como muestre su rostro en el reino será ejecutada”.

La joven sentía náuseas al recordar cómo llegó a confiar en aquel hombre, y el lobezno, ya en su época adolescente, que acompañaba sus días en la oscuridad, lamía suavemente sus lágrimas, a modo de consolación.

A las puertas de sus aposentos, un Rey de piel color canela y ojos grises se mantenía alerta, junto con su heredero, un chico de escasos veinte años con mucho que aprender.

—Esto es lo que ocurre por confiar en la familia, Gainniar—comenzó el Rey, tomando el hombro de su heredero con su mano—. Por eso es que tus tíos están lejos de palacio, y no tienen permitido volver salvo para jurarte lealtad.

—Lo sé, padre—respondió el chico, con una seguridad impropia de su edad—. Ese hombre era un demonio disfrazado de cordero, sin duda.

—Sin embargo, hay que atender las peticiones de la Princesa mientras se quede aquí, hijo mío—el Rey observó la puerta, que dejaba escapar los sollozos de una voz dulce y frágil—. Necesita una razón para luchar de nuevo.

—Entiendo, padre—el chico miró también a la puerta, con su corazón ligeramente hundido, mientras establecía la conexión con su dragón, de color plateado y alas casi transparentes—. Brutus, busca al resto de Dragones legendarios. Necesito saber cuáles de ellos tienen Jinete y cuáles continúan en estado salvaje. Hazles saber a todos ellos que el Rey de los Cielos y la Reina de las Nieves han encontrado una Jinete mutua, y que ésta tiene poderes incalculables en sus manos.

El dragón obediente salía ante la orden de su nido, en una de las dunas cercanas, y alzaba el vuelo sin necesidad de jinete sobre sus hombros.

El Rey suspiró suavemente, sintiendo el dolor que emanaba de la habitación cuyo ambiente era

frío y árido al mismo tiempo.

Para cualquier humano normal, hubiera sido imposible entrar en ella, por las temperaturas cambiantes al extremo que llenaban las cuatro paredes, fundían parte del mobiliario y provocaban desmayos a los escasos criados que se atrevían a entrar.

Su Heredero se retiró con una reverencia, conociendo las intenciones de su padre, sin poder evitar que su corazón se contrajese una vez más por la joven acurrucada en aquel cuarto de su Palacio.

El Rey se preparó mentalmente, antes de llamar a las puertas de la habitación, pero los sollozos continuaron, incesantes, a pesar de la llamada.

—Princesa Alana, ¿permite que entre?

—Es su palacio—la voz tomada por el llanto ni siquiera se tomó la molestia de ocultar su incomodidad, pero Su Majestad sabía que no debería entrar sin avisarle—. Deme un segundo, si es posible.

—Tranquila, hija—el Rey claudicó, y la joven en el interior hizo que la temperatura fuese más adecuada. Una vez Su Majestad sintió a través de la puerta que se le permite el paso, agarró el pomo y lo giró, haciendo que la puerta cerrada pasase a estar abierta.

El olor a tristeza y penuria llenaban la habitación. La joven llevaba una semana sin salir, sin comer, sin tocar nada del exterior. El Rey sabía que tenía agua por su conexión con la Reina de las Nieves, y que ésta no dejaría que se deshidratase. De no saberlo, habría pensado que estaba muerta.

Las cortinas ocultaban todo rastro de la luz del sol, salvo un pequeño resquicio que entraba en la habitación.

El Rey pensó al notarlo que ese pequeño rayo de sol era la luz de la esperanza, y que en el corazón de la muchacha apenas quedaba una luz tan tenue.

Sin embargo, sabía que había tres criaturas en esa cama, aunque solo una tenía figura pudiera vislumbrarse a través de aquella rendija de luz

De inmediato, su Majestad abrió las cortinas de par en par, obteniendo un quejido por parte de la figura femenina enroscada en la cama. La luz llenó la habitación, e hizo que el polvo bailarín en el aire fuera visible por fin. Había mucho que hacer, pero lo primero era lo primero.

El Rey descubrió las sábanas, adquiriendo una visión miserable de una jovencita lloriqueando, acompañada por un lobeño que gruñó ante la presencia de Su Majestad, hecha apenas un ovillo en una cama demasiado grande para ella.

Su cuerpo, aún parecido al de una escultura, había perdido mucho peso, y su cabello rojo como el fuego parecía apagado y sin vida.

Su pena no podía compararse con ninguna fuerza en el mundo.

—Reina Alana de Wuvia, levántese—ordena el Rey, con voz firme, pero suave al mismo tiempo. La joven, al ser denominada de ese modo, alza ligeramente su cabeza, saliendo del trance en que se encontraba, y miró con sus intensos ojos verdes al Rey frente a ella, de igual a igual—. Tras la muerte de su padre, vos sois la única persona que puede ocupar ese trono. Sus súbditos esperan su llegada, Majestad, mas vos permanecéis en un cuarto de un Reino alejado del suyo propio permitiendo a un traidor ocupar su puesto.

—Me han vencido, su Majestad—derrotada, la joven se cubrió de nuevo con las sábanas, y de nuevo el Rey las retiró por completo, lanzándolas a un lado de la habitación, donde un armario prácticamente nuevo descansaba inclinado por haberse fundido una de sus patas—. He perdido a mi padre, a mi mejor amigo, mi reino y mi corona. Solo me quedan mis dragones, su Majestad.

—Recuerde, Reina Alana, ¿cuáles fueron sus orígenes?—la joven sorbió sus lágrimas, en un intento de recordar lo que el Rey mencionaba—. Es usted una Reina, hija de un Rey digno y poderoso, pero su madre no era más que una criada.

—La criada más poderosa del Reino—pronunció ella, apenas en un susurro, mientras alzaba su voz de forma fiera—. No trate a mi madre como si no fuera absolutamente nadie.

—No lo era, a ojos del reino—el Rey ante ella respondió, con una sonrisa incipiente bailando en sus labios—. Mas dio a luz a la persona más poderosa que ha conocido el continente.

—No soy poderosa—la joven bufa, sus ojos llenándose de lágrimas de nuevo—. Solo soy una idiota crédula.

—Nadie lo habría predicho, mi Reina—el Rey, mostrando deferencia por la joven, dio un paso atrás, haciendo una perfecta reverencia—. Es usted la persona más poderosa del continente, y aún está dispuesta a dejar a sus súbditos, a personas como su madre, en manos de un tirano que solo desea riqueza y poder.

—No mencione tan a la ligera a mi madre—susurró la joven, la temperatura de la habitación caldeándose de nuevo—. Ella dio su vida por la mía.

—Y usted no está dispuesta a entregar la suya propia por los ciudadanos que confiaban en usted—el Rey, acertado en sus palabras, dejó a la joven pensativa, mientras salía de la habitación caliente como un infierno—. Tal vez pueda hacer cosas extraordinarias, Reina Alana, mas es inútil si pasa el resto de sus días llorando en una cama en medio de la nada.

La habitación, por completo iluminada, daba dolor de cabeza a la joven, que esta vez ya no lloraba, sino que observaba la puerta con un semblante imperturbable.

El Rey de Torenth tenía razón. No podía permanecer allí durante más tiempo.

Con ayuda de Suhn, llenó la tina de hielo, y con el calor de Braxas lo deritió hasta convertirlo en un baño caliente, sin espuma. Se despojó de las ropas que habían envuelto su cuerpo durante

aquella semana: el vestido que le había regalado su tía Grace, roto por la fuerza de las escamas de sus dragones y con dos grandes rasgaduras en la espalda cuando la sacaron con sus alas, y bajo él la armadura de Jinete que también estaba hecha añicos.

Introdujo su cuerpo en el agua templada, con calma y recobrando sus sentidos, seguida en todo momento por Side, que como un buen cánido acompañaba a su ama a todas partes.

Los lametazos de su lobo y su mente pensativa hicieron que pasase más tiempo en la tina del necesario, pero pronto su cabello rojo volvió a brillar con la decisión que también iluminaba sus ojos de color esmeralda.

“Soy la Reina Alana de Wuvia”, se dijo a sí misma, mientras abría el armario y cogía una nueva armadura para colocarla sobre su piel. “Recuperaré lo que es mío”.

Índice

[Prólogo 9](#)

[Capítulo 1. Alana 17](#)

[Capítulo 2. Alana 23](#)

[Capítulo 3. Alana 29](#)

[Capítulo 4. Alana 35](#)

[Capítulo 5. Alana 41](#)

[Capítulo 6. Alana 49](#)

[Capítulo 7. Alana 53](#)

[Capítulo 8. Alana 59](#)

[Capítulo 9. Alana 63](#)

[Capítulo 10. Alana 69](#)

[Capítulo 11. Alana 75](#)

[Capítulo 12. Alana 81](#)

[Capítulo 13. Alana 85](#)

[Capítulo 14. Alana 93](#)

[Capítulo 15. Alana 99](#)

[Capítulo 16. Olympus 105](#)

[Capítulo 17. Olympus 109](#)

[Capítulo 18. Olympus 113](#)

[Capítulo 19. Olympus 117](#)

[Capítulo 20. Alana 129](#)

[Capítulo 21. Alana 137](#)

[Capítulo 22. Olympus 145](#)

[Capítulo 23. Olympus 153](#)

[Capítulo 24. Alana 159](#)

[Capítulo 25. Alana 165](#)

[Capítulo 26. Olympus 169](#)

[Capítulo 27. Olympus 177](#)

[Capítulo 28. Alana 185](#)

[Capítulo 29. Alana 191](#)

[Capítulo 30. Alana 199](#)

[Capítulo 31. Olympus 203](#)

[Capítulo 32. Olympus 209](#)

[Capítulo 33. Olympus 213](#)

[Capítulo 34. Olympus 221](#)

[Capítulo 35. Alana 227](#)

[Capítulo 36. Alana 233](#)

[Capítulo 37. Alana 239](#)

